

Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino

VOLUMEN 13 | NUMERO 1

Santiago, 2008

ILUSTRE MUNICIPALIDAD DE SANTIAGO
FUNDACION FAMILIA LARRAIN ECHENIQUE



Contenido

7 **Presentación**

Foreword

9-34 **La figura de las largas cejas de la iconografía santamariana. Chamanismo, sacrificio y cosmovisión calchaquí**

The figure with long eyebrows in Santamariana iconography.

Shamanism, sacrifice and the Calchaquí cosmovision

Javier Nastri

35-50 **Tarapacá en Atacama. Arte rupestre y relaciones intersociales entre el 900 y 1450 DC**

Tarapacá in Atacama. Rock art and intersocietal relationships between AD 900 and 1450

Gonzalo E. Pimentel & Indira Montt S.

51-70 **Sugerencias desde un contexto funerario en un "espacio vacío" del desierto de Atacama**

Suggestions from a funerary context in an "empty space" of the Atacama Desert

Bárbara Cases, Charles Rees, Gonzalo Pimentel, Rafael Labarca & Daniela Leiva

Presentación

El primer número de este volumen 13 del *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* incluye dos artículos y un reporte de investigación. Se inicia con el trabajo de Javier Nastri, quien analiza el tema de lo que llama la figura “de las largas cejas” sobre la base de una muestra de 756 urnas santamarianas completas. Su objetivo estratégico es contribuir al estudio de los principales cambios históricos producidos en la organización social y política de la sociedad calchaquí del Noroeste Argentino entre los siglos XI y XVII. La investigación iconográfica e iconológica de este signifiante, sus variaciones y motivos asociados, conducen al autor a sostener que ciertos elementos del simbolismo calchaquí responden a una cosmovisión chamánica y sacrificial. La relevancia más amplia del artículo reside en el planteamiento de que esta sociedad habría transitado desde una religión más institucionalizada, representada por un sacerdocio o chamanismo vertical, a otra menos compleja encarnada en un chamanismo de tipo horizontal.

El artículo de Gonzalo Pimentel e Indira Montt aborda el tema de la naturaleza de las relaciones entre las sociedades tarapaqueñas y atacameñas, norte de Chile, desde el siglo X hasta la víspera de la invasión incaica. Su análisis se centra en el traslado de bienes entre ambas regiones como objetos de intercambio, en la circulación de ideas a través del arte rupestre y en el espacio como una construcción social. Los autores concluyen que la presencia tarapaqueña en Atacama se da en un clima de coexistencia pacífica, tanto en las zonas nodales como internodales del desierto central. Interesantemente, en los espacios de tráfico y articulación intersocietal observan un mayor protagonismo y expansión de los contenidos ideales e imaginarios de Tarapacá.

Cierra este número del *Boletín* un detallado reporte interdisciplinario de Bárbara Cases y coautores sobre lo que podríamos denominar un “entierro de circunstancia”, esto es, un individuo muerto y sepultado durante el Período Formativo en una ruta de tráfico del desierto de Atacama. Los restos humanos y su ajuar funerario son analizados desde la bioantropología, el análisis textil, la zooarqueología, la vialidad asociada y las dataciones absolutas. Una de las conclusiones más importantes del estudio es que el malogrado viajero transitaba esta ruta a pie, lo que relativiza la ecuación que a veces se hace en la arqueología del norte de Chile entre tráfico y traslados con recuas de llamas. Este reporte es pionero en su tipo y se constituirá en un útil antecedente para entierros similares que la arqueología ha ido revelando recientemente en los así llamados “espacios vacíos” o internodales.

LA FIGURA DE LAS LARGAS CEJAS DE LA ICONOGRAFÍA SANTAMARIANA. CHAMANISMO, SACRIFICIO Y COSMOVISIÓN CALCHAQUÍ

THE FIGURE WITH LONG EYEBROWS IN SANTAMARIANA ICONOGRAPHY. SHAMANISM, SACRIFICE AND THE CALCHAQUÍ COSMOVISION

JAVIER NASTRI*

El género discursivo de las urnas funerarias santamarianas, producido en el marco de la sociedad calchaquí, estuvo en vigencia entre los siglos XI y XVII a lo largo de una extendida sección de la Subárea Valliserrana del actual Noroeste Argentino. Su aspecto temático principal está dado por una figura central denominada "de las largas cejas". El presente texto analiza las características que asume la representación de esta figura en una amplia muestra constituida por piezas enteras de museos. Se propone que elementos tales como arreglos cefálicos, cabezas trofeo y otros referentes significativos del simbolismo calchaquí, constituyen indicadores de una cosmovisión de tipo chamánica y sacrificial.

Palabras clave: urnas funerarias, sacrificio, chamanismo, iconografía, simbolismo, cosmovisión

The Santamariana discursive genre funerary urns produced by the Calchaquí society were used from the 11th to 17th century in a vast part of present-day Northwest Argentina's Valliserrana sub-area. The genre's main subject is a central figure referred to as "of long eyebrows". The present text analyzes the characteristics of this representation in a broad sample of complete museum artifacts. It is proposed that cephalic adornments, trophy heads and other key referents in Calchaquí symbolism stand as indicators of the importance of ideas and concepts belonging to a sacrificial-type cosmovision.

Key words: funerary urns, sacrifice, shamanism, iconography, symbolism, cosmovision

Las diferentes definiciones de "estilo" se relacionan, por lo general, con la descripción de conjuntos de rasgos con ciertas características, que permiten asociar entre sí objetos culturales diversos; ya sea que compartan o no el mismo medio, lenguaje o género (Steimberg 1993: 59). Se trata entonces de una propiedad relacional de buena parte de los eventos comprendidos en una época o período (Hodder 1990: 45). En la práctica arqueológica los estilos son considerados representaciones visuales propias de un tiempo y lugar específicos, y, al menos, transmiten información acerca de la identidad de la sociedad que las produjo (Rice 1987: 244).

Las urnas santamarianas constituyen el género privilegiado para la expresión del estilo santamariano y, en tal sentido, permiten su inmediata identificación. De hecho, ha sido el primer estilo definido en la arqueología argentina (Lafone Quevedo 1892). Y más allá de los aspectos morfológicos y técnicos de la cerámica, la representación de una figura central a la cual, a falta de un nombre mejor, denominaré *de las largas cejas*, constituye otro elemento básico que permite la asignación de un vasto conjunto de piezas a un mismo grupo. En el presente artículo abordaré el tema de la forma de representación de la mencionada figura a partir del análisis de una muestra de 756 piezas enteras conservadas en diferentes museos de Argentina, Europa y Estados Unidos.¹ Me centraré en aquellas variantes de representación del rostro y del

* Javier Natri, CONICET - Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti, Universidad de Buenos Aires, Moreno 350, Buenos Aires (1091), Argentina, email: jnatri@daad-alumni.de

cuerpo más relevantes para discutir la pertinencia de asociar la imagerie calchaquí a concepciones de carácter chamánico y sacrificial. Buscaré mostrar que este aspecto resulta de gran importancia para la comprensión de los cambios históricos principales experimentados por los antiguos calchaquíes; belicoso pueblo que vivió en un amplio sector de los valles y quebradas del actual Noroeste Argentino, entre los siglos XI y XVII de la Era (Tarragó 2000; Nastri 2003; Greco 2005).

COSMOLOGÍAS

En su ya clásica obra sobre los sistemas totémicos de clasificación, Lévi-Strauss (1964: 326) destacó que éstos se basaban en la metáfora (una homología entre la serie de las especies naturales y la de los grupos sociales) y los contrapuso con la lógica del sacrificio, a la que asoció con el desarrollo de relaciones metonímicas entre significantes: las especies naturales forman aquí un *continuum* que media, a través de sucesivas identificaciones, entre la humanidad y la divinidad. En tiempos recientes, varios autores destacaron la necesidad de que el sacrificio contara con un tratamiento similar al que tuvo el totemismo, proponiendo que la más adecuada noción para contrastar con este último sería la de *animismo* (Descola 1992; Viveiros de Castro 2005: 341). Esta cosmología, o *modo de identificación*, apela a categorías sociales para significar relaciones entre especies diferentes, atendiendo a la idea de que todas las especies que pueblan el cosmos poseen conciencia e intencionalidad (Descola 2006). Dentro de esta manera de pensar, la humanidad es sólo uno de los puntos de vista disponibles para ser adoptados por un individuo, más allá de su naturaleza biológica. En el contexto de esta noción *perspectivista*, resulta entonces central la función del chamán, definido a partir de la capacidad que poseen algunos humanos para atravesar las barreras corporales a fin de adoptar las perspectivas de las subjetividades no humanas (Viveiros de Castro 2005: 342-343). El chamanismo difiere del sacerdocio en el hecho de que los chamanes producen la conexión con otras subjetividades a través de su propio cuerpo. Otras cualidades de la ideología chamánica clásica son: 1) la naturaleza estratificada del cosmos; 2) la creencia en un tiempo mítico, cuando era posible moverse entre los distintos mundos; 3) la reproducción del cosmos estratificado al interior de cada individuo; 4) el chamán como “dueño” de los animales y como medio de contacto con el mundo sobrenatural; 5) un rol importante de los animales en el vuelo chamánico, y 6) un carácter fálico y agresivo (Reichel-Dolmatoff 1988; Price 2001).

Hugh-Jones (1996: 37) distinguió dos tipos de chamanismo: el “horizontal” y el “vertical”. Chamanes horizontales son aquellos típicamente guiados por la inspiración y que muestran grandes dosis de carisma a través de sus acciones, a la vez que, con frecuencia, su conducta es moralmente ambigua y agresiva. Este tipo de chamán se encuentra principalmente en sociedades de un tipo más igualitario y belicoso. Por el contrario, la figura del chamán vertical es más próxima a la de un sacerdote y corresponde a sociedades más jerárquicas y pacíficas (Hugh-Jones 1996). Más aún, para Viveiros de Castro (2005: 346) el sacerdocio es el producto de la transformación de la función chamánica, una vez que valores tales como ancestralidad (continuidad entre gente muerta y viva) y jerarquía (discontinuidad entre gente viva) han emergido en una sociedad. En contraste, el régimen cosmológico del chamanismo horizontal establece que la distancia entre los vivos y los muertos es mayor que aquella existente entre los muertos y los animales.

En una obra reciente, Descola (2006) ha propuesto un esquema de cuatro *ontologías de la praxis*, para organizar el conjunto de nociones desarrolladas en los últimos años en referencia al tema. Al totemismo y el animismo, Descola agrega el *naturalismo*, propio de la sociedad moderna, y el *analogismo*, una cosmología extendida durante siglos en buena parte del globo. Combina en su esquema las nociones de *fisicalidad* e *interioridad* con las de continuidad y discontinuidad (fig. 1). De esta manera, a la inversa del animismo, el naturalismo de la sociedad moderna asume la continuidad de las fisicalidades (todas las especies del reino animal) y la discontinuidad de las interioridades (sólo el hombre posee conciencia). En el analogismo, por último, como reverso del totemismo, en lugar de usarse la metáfora para el establecimiento de diferencias sobre un universo percibido como continuo, se apela a dicho dispositivo retórico para la superación de una verdadera proliferación de entidades discontinuas y singulares, tanto en el plano de las fisicalidades como de las interioridades.

Las sociedades no se limitan a la asimilación de una única cosmología, sino que por lo general articulan varias, siendo una la predominante (Descola 2006: 148). Ésta, por su parte, constituye también una forma de concebir al colectivo y al sujeto social, lo que trae consigo una problemática intelectual particular a resolver por medio de la praxis (Pazos 2006: 188). El arte vinculado a la práctica funeraria proporciona un rico corpus de expresión de valores culturales que permite explorar la cuestión de la presencia de significados vinculados a algunas de las cosmologías mencionadas.

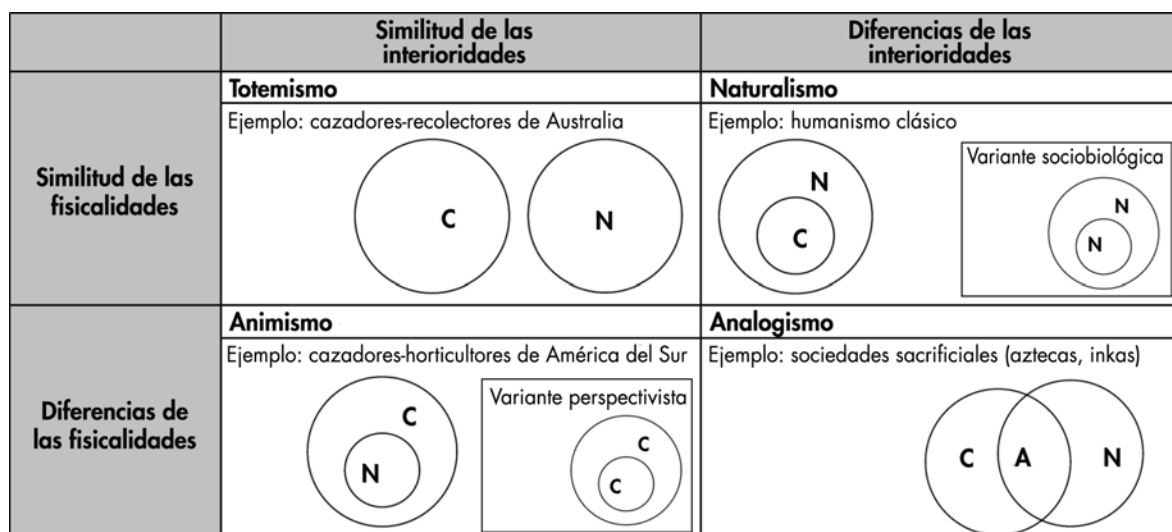


Figura 1. Tipología de ontologías de la praxis de Descola (2006), modificado de Callens (2006) y Mendes do Santos (2002).

Figure 1. Typology of Descola's praxis ontologies (2006), modified from Callens (2006) and Mendes do Santos (2002).

EL ARTE SANTAMARIANO

Las piezas más características del estilo cerámico santamariano son las urnas y los pucos. Luego cabe considerar ollas, miniaturas de urnas y de pucos, figurillas modeladas y grandes urnas de tipo aribaloide. En lo que respecta a la pasta, los distintos tipos tienen en común la presencia de mica y de tiesto molido, como antiplástico. La compactación es variable, correspondiendo las mejores pastas a la variedad tricolor (Piñeiro 1996; Palamarczuk 2008). A excepción de algunas figurillas que sólo presentan baño en la superficie, todos los tipos presentan decoración pintada; mayoritariamente en colores negro y rojo sobre fondo blanco (variedad tricolor), negro sobre blanco (variedad bicolor) y, en mucha menor frecuencia, negro sobre rojo (Marchegiani et al. 2007).

Fragmentos de estas piezas cerámicas decoradas abundan en la superficie de los yacimientos que contienen restos de las poblaciones locales de los últimos tres períodos de la etapa agroalfarera de la región (Tardío, Imperial e Hispano-Indígena), desarrollados aproximadamente entre los años 1000 y 1670 DC.² La proporción en que se manifiesta el tipo santamariano en los conjuntos cerámicos de los sitios del valle de Santa María o Yocavil, en las actuales provincias argentinas de Catamarca, Tucumán y Salta (fig. 2), es igual o mayor a la de la cerámica no decorada (Palamarczuk 2008). Los ejemplares de piezas completas que se encuentran en numerosos museos del mundo corresponden a hallazgos realizados en contextos funerarios. En dichos contextos las grandes urnas contienen, por lo general, esqueletos de individuos neonatos y aparecen tapadas por pucos

colocados boca abajo. En ocasiones, el lugar de los pucos es ocupado por lajas planas. Las urnas pueden llenar el espacio de una cámara cilíndrica estrecha, o bien aparecer contiguas a otras con idéntico contenido en cámaras más amplias, junto a individuos fuera de urnas y acompañados de otros objetos. Miniaturas, ollas y pucos corresponden por lo general a este último grupo, pudiendo haber contenido, los últimos, líquidos y alimentos destinados al consumo del difunto.

Las urnas son vasijas alargadas, de entre 50 y 60 cm de alto por 35 cm de ancho aproximadamente, que pueden dividirse en tres partes: un cuello cilíndrico, por lo general evertido, un cuerpo ovoide y una base cónica constituida por un puco (fig. 3). Las asas, casi siempre acintadas, se ubican en los laterales del cuerpo, donde se disponen franjas negras que se ensanchan en la mitad de la pieza o en la base. En algunos casos puede haber otro par de apéndices, modelados en los laterales del cuello (asas trenzadas, moños) o en la parte superior del cuerpo (cabezas humanas). Las caras frontales de la pieza están reservadas para la decoración pintada (en ocasiones combinada con aplicaciones modeladas) de un personaje antropomorfo caracterizado por presentar largas cejas. El rostro de dicho personaje se dispone sobre el cuello de la pieza, en cuyas mejillas hay decoraciones geométricas o figurativas, probablemente representando decoración facial.³ En los casos en que se apela al uso del pastillaje (agregado de porciones de pasta modelada sobre la superficie de la vasija), éste se limita a la figuración de cejas, ojos y, con menor frecuencia, nariz. Sólo en algunas variantes propias de la zona de Pampa Grande o Santa Bárbara (véase fig. 2)

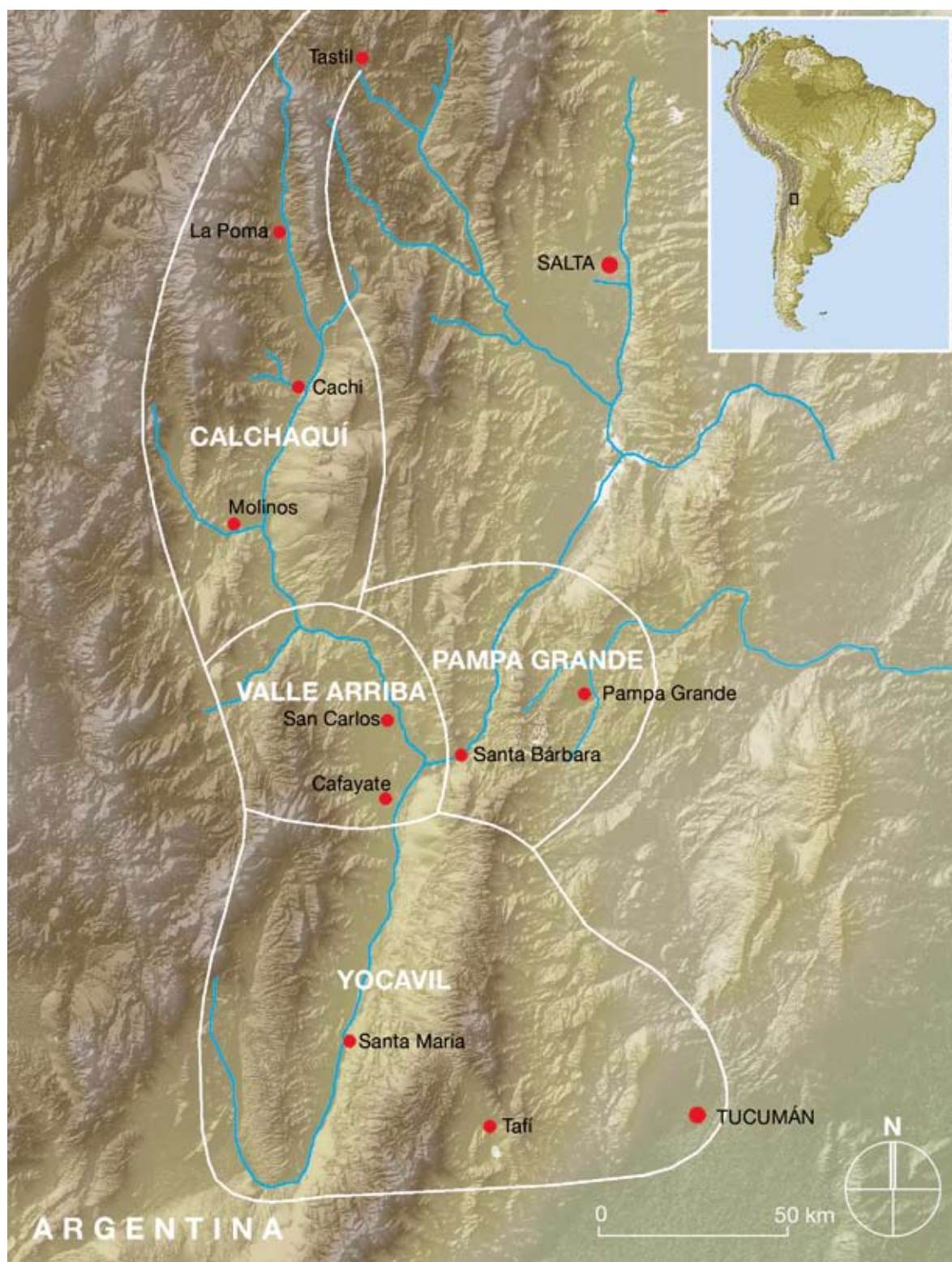


Figura 2. Área de estudio con indicación de la distribución de las subtradiciones regionales del estilo santamariano según Caviglia (1985).

Figure 2. Study area including the distribution of the Santamariano-style regional subtraditions according to Caviglia (1985).

se representa también la boca de este modo, junto con el modelado de las mejillas.

Existe también correspondencia entre el cuerpo de este personaje antropomorfo central y el de la vasija, en un procedimiento metafórico en el que los marcos de referencia consisten en diferentes soportes materiales: imagen pintada y modelado cerámico.⁴ El elemento que más destaca es el vestido, que puede ser de dos tipos, aparentemente de acuerdo con el género del personaje en cuestión (Weber 1981: 19). Sólo uno de ellos permite que se vean los brazos, recogidos hacia el centro de la figura, ya sea solos o sosteniendo un pucú. Estos son los únicos elementos del cuerpo que parecen realizados con pastillaje además de pintura.

En las urnas santamarianas no hay representación de los miembros inferiores. En el caso de las piezas en las cuales se organizó la decoración del cuerpo en base a una división tripartita vertical (Podestá & Perrota 1973: 11), en la sección basal continúa casi siempre la representación pintada de la sección media (fig. 3). En cambio las piezas que tienen decoración del cuerpo con brazos (ya sean humanos o serpentiformes) presentan división entre las secciones media y basal de la vasija (Podestá & Perrota 1973: 12). En esta última se dispone la misma decoración no figurativa habitual en los pucos, con los cuales comparten una misma identidad tecnológica y morfológica.

Hay una pequeña proporción de casos (5%) en los que faltan casi por completo los elementos figurativos que refieren al personaje central de la pieza.⁵ Mucho

más excepcionales son los ejemplares en los que en una cara aparece representado dicho personaje y en la opuesta otra figura, pues en la gran mayoría de los casos las representaciones de ambas caras son prácticamente iguales, aunque siempre con alguna variación en detalles como la presencia diferencial de algún componente o cambios en la cantidad u orientación de un mismo elemento (fig. 3). Esta apelación a pequeñas diferencias, falsa simetría o gemelidad imperfecta (Lévi-Strauss 1992), que hemos dado en llamar *diferencia sutil* (Nastri 2005-2006), también se plantea entre los dos términos de la simetría en la decoración de una misma cara, ya sea en la decoración del cuello, la del cuerpo, o ambas.

En los primeros tiempos de desarrollo de la arqueología del Noroeste Argentino, las variaciones en el estilo de las urnas santamarianas fueron interpretadas en términos de variaciones locales a partir de una forma “típica” (Bregante 1926: 29) o clásica, propia del valle de Santa María. Por su parte, Sergio Caviglia (1985) —en un trabajo aún inédito— establece cuatro tradiciones regionales para el estilo santamariano: *Yocavil*, extendida por el valle de Santa María y el de Tafí; *Calchaquí*, en el valle homónimo; Santa Bárbara o *Pampa Grande*, a lo largo de la Quebrada de las Conchas, y *Valle Arriba*, en la zona de Cafayate, lugar de confluencia de las tres tradiciones anteriores (figs. 2 y 4).

El esquema de representación básico de las urnas se mantiene constante en la gran mayoría de los ejemplares. De esto se desprende que la representación no constituye una expresión de la inspiración particular de un artista individual sino que responde a un patrón extendido en la sociedad (por ejemplo, mitos) y, por lo tanto, con un valor especial probablemente articulado con disposiciones propias de la organización política o social del grupo. Las líneas fundamentales de dicho patrón están dadas por la disposición de los campos decorativos en función de las partes de la vasija, como metáfora de una forma humana o semihumana (González, A. R. 1977: 323), cuyo rasgo más notorio y compartido es el rostro.

LA INTERPRETACIÓN DE LAS IMÁGENES

Para la comprensión de estilos y géneros resulta útil la discriminación entre *rasgos temáticos*, *retóricos* y *enunciativos* (Steimberg 1993). La dimensión temática está dada por la referencia de un texto a “acciones y situaciones según esquemas de representabilidad históricamente elaborados y relacionados, previos al texto” (Segre 1985: 48); la retórica, por los mecanismos de configuración de un texto (Hodder 1993), mientras que la enunciativa

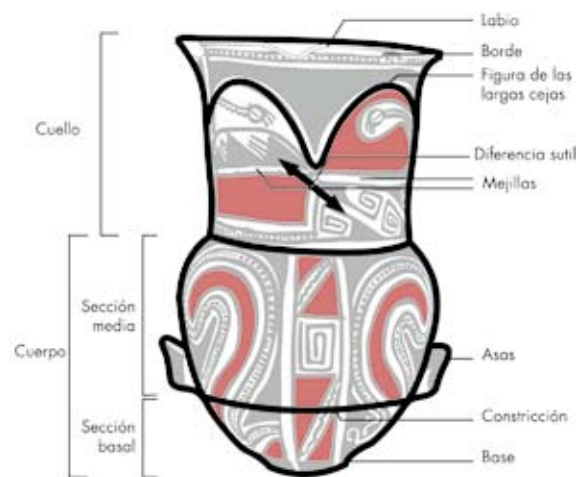


Figura 3. Secciones y partes constitutivas del género de las urnas santamarianas (modificado de Weber 1978). Se indica la manifestación de la diferencia sutil en la alteración de la simetría rotacional del cuello.

Figure 3. Constituent sections and parts of the Santamariana urn genre (modified from Weber 1978). The subtle alteration of the neck's rotational symmetry is marked.



Figura 4. Variantes regionales de las urnas santamarianas establecidas por Caviglia (1985). De izquierda a derecha: a) Calchaquí; b) Pampa Grande; c) Valle Arriba; d) Yocavil.

Figure 4. Regional variants of the Santamariana urns, established by Caviglia (1985). From left to right: a) Calchaquí; b) Pampa Grande; c) Valle Arriba; d) Yocavil.

alude a las condiciones de la situación comunicacional.⁶ La primera y la última constituyen las dimensiones más difíciles para los abordajes arqueológicos. Los esquemas de representabilidad previos al texto, en el marco de sociedades sin escritura, prácticamente pueden conocerse sólo en el caso de tiempos no muy lejanos, cuando han podido conservarse tradiciones orales o crónicas del tiempo del contacto. Las condiciones de la situación comunicacional son posibles de ser reconstruidas por medios exclusivamente arqueológicos y a partir de un registro muy amplio y detallado, algo que recientemente ha tomado impulso en la arqueología calchaquí en relación a los contextos mortuorios (Johansson 1996; Marchegiani 2008).⁷ En la consideración de los rasgos temáticos, dos herramientas clave son los conceptos

de *tema* y *motivo*. Panofsky asimila los motivos a los *significados primarios o naturales* y los temas a los *significados secundarios o convencionales* (motivos + conceptos). Además, este autor toma en cuenta el *significado intrínseco o contenido*, aludiendo con éste a los valores más generales expresados a través de la representación (Panofsky 1983: 47-49).

Para ejemplificar, podemos tomar la representación del ñandú o *suri* a la manera de *significado primario*: una determinada configuración de líneas y de colores permite identificar a dicho animal de manera clara (fig. 5, pieza Fase II), en el contexto de lo que Panofsky denomina *análisis preiconográfico*. Esta interpretación de significados primarios comprende un aspecto fáctico (el ñandú) y un contenido expresivo (por ejemplo



Figura 5. Secuencia de fases de las urnas santamarianas clásicas o variedad Yocavil, desarrollada por Weber (1978) y Podestá y Perrota (1973). Los ejemplos usados pertenecen a ejemplares de la muestra trabajada en la presente investigación.

Figure 5. Developmental phases of the classic Santamariana urns, or Yocavil variety, by Weber (1978) and Podestá and Perrota (1973). The examples used include samples from the current study's collection.

el ñandú apacible, inquieto o a la carrera) (Panofsky 1979: 14). El tema en el cual este motivo se encuentra articulado ya corresponde a un segundo nivel de mayor abstracción que, por lo tanto, requiere una carga interpretativa también mayor. En el caso que nos ocupa, los autores de principios del siglo xx no dudaron en asociar la figura del ñandú con el tema de la lluvia y la fertilidad (Quiroga 1992: 432).⁸ Más allá del acuerdo o no con esta interpretación, me interesa señalar el valor del motivo como el elemento más claramente identificable y que permite sentar bases para la comparación de la evidencia. Para esto debe tenerse en cuenta que:

Temas y motivos cumplen [...] una labor de formalización [...] en segmentos de diversa medida y a diferentes niveles, y es esta formalización la que simplifica y acelera la comprensión del discurso de las ideas, ya que suministra pequeños bloques compactos de realidad existencial o conceptual estructurada semióticamente (Segre 1985: 357).

La articulación de motivos y temas, en el marco de historias y alegorías, conlleva a la realización del *análisis iconográfico* propiamente dicho; antesala de la síntesis interpretativa que Panofsky (1983: 49) denomina *iconología* y que consiste en el descubrimiento del *significado intrínseco o contenido*, la “mentalidad básica” de una sociedad, manifiesta tanto en la significación iconográfica como en los procedimientos de composición. El problema con los objetos del pasado precolombino de la región reside en que las “historias y alegorías” o bien están ausentes, o bien persisten muy fragmentadas y mezcladas con tradiciones posteriores. Por ejemplo, en *Costumbres y supersticiones en los valles calchaquíes*, Ambrosetti (1953: 117) documentó varias prácticas, ritos y creencias, destacando siempre el hecho de que la superposición de “otros hombres y otras civilizaciones” a lo largo del tiempo pudo haber alterado su forma primitiva, la cual tenía más posibilidades de conservarse intacta hacia el sur.⁹

ROSTROS EN LAS VASIJAS

Al sur de nuestra área de estudio, en la actual provincia argentina de La Rioja, Agüero Vera documentó la veneración de otras divinidades de carácter maléfico o bien dual, como la *Yacumama*, quien era buena de día y mala de noche. *Yacumama* significa “madre del agua” y su rasgo principal estaba dado por sus “grandes ojos blancos y fosforescentes” (Agüero Vera 1972: 60).¹⁰ A comienzos del siglo xx se representaba a la *Yacumama* en las zonas serranas de La Rioja como una viejecita toda blanca, que moraba cerca de los manantiales. Señala Agüero Vera (1972: 64) que este culto se encontraba

muy relacionado con la serpiente, dado que ésta era una de las formas que adoptaba la diosa para asustar a todo aquel que osara acercarse a su morada una vez caído el sol.

Los ojos de la figura de las largas cejas resultan altamente llamativos al observador. Por lo general están trazados en color negro y no son de gran tamaño, a diferencia de las cejas, que sí presentan grandes proporciones. No obstante, en la muestra considerada existe una cantidad de casos (30) que por sobre los ojos “habituales” presentan otro par, de mayor tamaño y realizado en negativo, de modo que resaltan en color blanco, de una manera similar a la de los “ojitos” de la decoración arquitectónica calchaquí (Reynoso 2003) y a la descripción de la divinidad recopilada por Agüero Vera. La pieza de la figura 6 constituye un caso notable de definición del motivo que hemos denominado *sobre-rostro negativo* y que se forma a partir de la combinación de dos elementos: las cejas compuestas por *líneas de triángulos unidos* y un *tumi* o *triángulo curvado* superior (Nastri 1999: 392, 395-396) con una punta gruesa rectangular. La boca de la urna pareciera tener mayor vinculación con el sobre-rostro, de nariz triangular negativa y de aspecto felínico, que con el rostro “habitual” de la figura de las largas cejas, indicado por *ojos-cabeza-de-ñandú* incluidos en una franja roja en forma de “V” que atraviesa todo el cuello.

En la pieza de la figura 7 el motivo presenta también una muy buena definición, pero, a diferencia de la anterior, el triángulo negativo que representa la nariz está orientado con un vértice en la parte superior y un “cateto” horizontal en la inferior. Pero lo más interesante de esta pieza es que el sobre-rostro presenta en ambas caras de la vasija “largas cejas” de *cordón punteado* (Nastri 1999: 392), mientras que aquel que suponemos el rostro habitual tiene en una cara de la pieza cejas de cordón punteado y en el anverso un cordón negativo.

En lo que respecta a las bocas, por lo general sólo hay una por cara y en la mayoría de los casos no queda claro a cuál de los dos rostros corresponde, si es que es exclusiva de alguno. En ejemplares como el de la figura 8, por ejemplo, las bocas están adosadas a la parte inferior de los sobre-rostros y separadas de los ojos de la figura de las largas cejas por sendas líneas o campos divisorios (por lo general rojos). Pero en otros casos similares, como el de la figura 9, la división es más difusa o directamente queda de manifiesto la vinculación de la boca con el rostro habitual de la figura de las largas cejas. Y en casos como el de la figura 10 la boca se encuentra adosada al extremo inferior de las cejas de cordón punteado; los ojos de la figura de las largas cejas se encuentran enmarcados en la franja roja



Figura 6. Ejemplo de sobre-rostro negativo. Pieza N° 73-257 del Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti (MEJBA), de la Universidad de Buenos Aires. En los recuadros se presentan el motivo de sobre-rostro y de rostro habitual del anverso de la pieza, en forma aislada. Del mismo modo se representan los motivos (en este caso, indiformes) donde se manifiesta la diferencia sutil.

Figure 6. Example of negative resist face cover decoration. Piece N° 73-257, Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti (MEJBA), Universidad de Buenos Aires. The two boxes on the left present the face cover motif and the customary face motif on the piece's obverse side. In addition, they show other motifs (in this case, indiform) exhibiting subtle differences.



Figura 7. Ejemplo de sobre-rostro negativo. Pieza N° 199 del Museo Arqueológico Provincial Eric Boman (MAPEB), de la ciudad de Santa María, Provincia de Catamarca. En los recuadros se presentan el motivo de sobre-rostro y de rostro habitual del anverso de la pieza, en forma aislada.

Figure 7. Example of negative resist face cover decoration. Piece N° 199, Museo Arqueológico Provincial Eric Boman (MAPEB), Santa María, Province of Catamarca. The two boxes on the left present the face cover motif and the customary face motif on the piece's obverse side, without the rest of the decoration.



Figura 8. Ejemplo de sobre-rostro negativo. Pieza N° VC5912 del Ethnologisches Museum (EM), de Berlín. Procedencia: Fuerte Quemado (colección Zavaleta). En los recuadros se presentan el motivo de sobre-rostro y de rostro habitual del anverso de la pieza, en forma aislada.

Figure 8. Example of negative resist face cover decoration. Piece N° VC5912, Ethnologisches Museum (EM), Berlin. Source: Fuerte Quemado (Zavaleta collection). The two boxes on the left present the face cover motif and the customary face motif on the piece's obverse side, without the rest of the decoration.



Figura 9. Ejemplo de sobre-rostro negativo. Pieza N° 3 o 55/78 (MAPEB). En los recuadros se presentan el motivo de sobre-rostro y de rostro habitual del anverso de la pieza, en forma aislada. También se representan los motivos indiformes donde se manifiesta la diferencia sutil.

Figure 9. Example of negative resist face cover decoration. Piece N° 3, or 55/78 (MAPEB). The two boxes on the left present the face cover motif and the customary face motif on the piece's obverse side. In addition, they also show other motifs (in this case, indiform) exhibiting subtle differences.



Figura 10. Ejemplo de decoración similar a la de sobre-rostro negativo, pero sin presencia evidente del mismo. Pieza N° 36 (MAPEB). En el recuadro se presenta el motivo del rostro de la figura de las largas cejas en el reverso de la pieza, en forma aislada. Del mismo modo se representan los motivos indiformes donde se manifiesta la diferencia sutil.

Figure 10. Example of decoration similar to that of the negative resist face cover, but without the face cover's readily apparent presence. Piece N° 36 (MAPEB). Inset: the face of the long-eyebrowed figure on the piece's back side. Also shown are indistinct motifs exhibiting subtle differences.

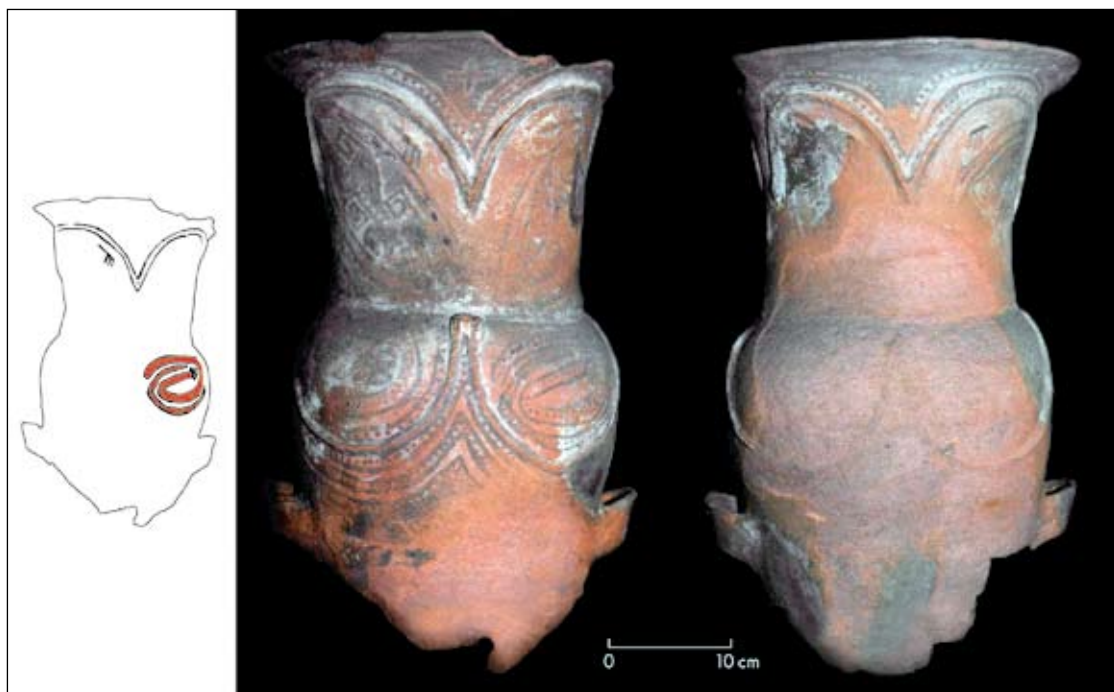


Figura 11. Ejemplo de rostro de la figura de las largas cejas con ojos cerrados y decoración de serpientes curvas en el cuerpo. Pieza N° 73-233 (MEJBA).

Figure 11. Example of the face of the long-eyebrowed figure, with eyes closed, and of the decoration of undulating serpents on the personage's body. Piece N° 73-233 (MEJBA).

en forma de “V”, pero no hay sobre-rostro, sólo está el espacio negativo entre las cejas y la franja roja.

Cabe destacar que todos los casos de sobre-rostros identificados corresponden a piezas con decoración tripartita del cuerpo; esto es, que tienen la decoración del cuerpo organizada en función de una banda central vertical (Nastri & Vietri 2004: 368). Esta presencia diferencial resalta el carácter significativo de la oposición entre los dos tipos de organización del cuerpo (véase siguiente acápite), en lo que respecta a la figura de las largas cejas.¹¹ Quiroga, quien le ha prestado gran atención, se preguntaba:

[...] ¿esta figura general, al parecer de rostro humano, de vientre abultado, de largos brazos, y cuyas manos portan el vaso, es en realidad una figura ó representación antropomorfa? Contestaremos negativamente. [...] La figura ó representación en cuestión tiene á la vez caracteres humanos y animales (Quiroga 1901: 135-136).

Resultaban “humanos” para Quiroga el corte de la cara, los arcos de las cejas y la boca dentada; mientras que los ojos (cabezas de ñandúes o de serpientes) y la nariz (alargada como continuación de las cejas en forma de pico de ave) aluden a especies animales. De acuerdo a lo propuesto por Panofsky (1979: 14), resulta útil considerar no sólo el aspecto fáctico (ojo

humano, de ñandú, de serpiente, etc.) sino también el expresivo, para fines de la interpretación de los significados primarios. El ojo de la figura de las largas cejas se representa en algunas ocasiones con la apariencia de estar cerrado (fig. 11), pero más frecuentemente como cabeza de ñandú.

Como parece ser regla en el arte santamariano, con las alteraciones y permutaciones entre motivos a lo largo de la serie (Nastri 2008), existe un espectro de grados en la claridad de la asignación: desde aquellos casos bien evidentes, hasta los más ambiguos. Entre los primeros cabe destacar los casos en que los ojos de la figura de las largas cejas corresponden a la vez a las cabezas de sendos ñandúes naturalistas (estilizados en volutas o no) que ocupan cada una de las mejillas (fig. 12); entre los más ambiguos se cuentan casos de ojos circulares, con largos apéndices curvos (¿cuellos de ñandú?), pero sin que se pueda reconocer el cuerpo del animal en la decoración del cuello de la vasija (véase fig. 3). En un grado intermedio de ambigüedad se encuentran los casos de ojos realizados en términos de dos círculos concéntricos bien redondos: el externo haría entonces simultáneamente de cabeza de ñandú y de órbita del ojo de la figura de las largas cejas; el círculo interior haría de órbita del ojo del ñandú y de iris del ojo de la



Figura 12. Ejemplo de ojos de la figura de las largas cejas, conformados por una representación bipartida de ñandúes estilizados en volutas. Pieza N° 4554 del Museo de La Plata (MLP). Procedencia: El Bañado (colección Muñiz Barreto). En el recuadro se presenta el motivo del ñandú en forma aislada, junto con los motivos indiformes donde se manifiesta la diferencia sutil.

Figure 12. Example of the long-eyebrowed figure's eyes, formed by a two, symmetrical ñandú (*Rhea americana*) representations, stylized as volutes. Piece N° 4554, Museo de La Plata (MLP). Source: El Bañado (Muñiz Barreto collection). Inset: the ñandú motif, together with indistinct motifs exhibiting subtle differences.

figura de las largas cejas; por último, un punto negro haría de pupila del ojo de la figura de las largas cejas y de ojo del ñandú (figs. 6 y 9).¹² El diseño de ojos en forma de círculos concéntricos ha sido señalado ya en el arte prehispánico del NOA, para períodos previos de la etapa agroalfarera, como representativo de estados alterados de conciencia (Gordillo 1990: 23). Lo que puede apreciarse en los casos mencionados es que dicha forma de representación de los ojos de la figura de las largas cejas está siempre asociada a piezas con sobre-rostro negativo.

El aspecto expresivo de la figura de las largas cejas no está centrado sólo en los ojos, sino también en la boca. El rostro adquiere una expresión amenazante cuando los ojos con apéndices de líneas dispuestos por encima en orientación vertical se combinan con una boca con indicación de dientes, curvada hacia arriba, como es norma en las urnas Fase IV (figs. 5, 13, 14 y 15). Se puede apreciar entonces que la figura de las largas cejas representa un ser que en ocasiones puede ser amenazante y en otras no. Y la expresión puede radicar en ella o bien en un ser fantástico que está por detrás; ya sea que este ser se “coma” a la figura de las largas cejas; que represente al *alter ego* o animal tutelar del chamán (Llamazares 2004: 100-102) o a un atuendo cefálico de éste, que le transmitiera las propiedades agresivas del animal, en la manera usual en que se viste el sacrificador en diversas sociedades de los Andes y la Amazonia (González, A. R. 1998: 208). La pieza modelada de la figura 16, aunque del período anterior al que nos ocupa, constituye un buen ejemplo al respecto.

REPRESENTACIONES DE TIPO SACRIFICIAL EN LAS MEJILLAS DE LAS URNAS

Como también ilustra la pieza Aguada de la figura 16, desde tiempos anteriores al Período Tardío en la Subárea Valliserrana se representaba a figuras humanas con decoración facial en diferentes soportes, incluyendo vasijas con rostros modelados y motivos grabados o pintados sobre los mismos. En la alfarería Condorhuasi, Ciénaga y Aguada existe un gran número de ejemplos de personajes que presentan decoración en sus mejillas (González & Pérez 1972; González, A. R. 1998). Si bien hay casos (sobre todo en el Período Medio, con técnica grabada sobre vasos modelados) en los cuales la decoración (un animal de perfil, o en *representación bipartida*, por ejemplo) parece “sobreimponerse” al rostro sin relación aparente con la “topografía” del mismo (p. e. González, A. R. 1998: 200-205), casi siempre la decoración se articula con los rasgos faciales, disponiéndose muy frecuentemente sobre campos definidos y delimitados, tales como la frente y las mejillas. El arte santamariano le imprimió un fuerte énfasis a esta concepción, popularizando en sus primeras fases las mejillas ocupadas por *motivos encerrados en formas curvas* (ovales), generalmente con presencia de pintura roja. Uno de los motivos representativos de esta forma de decoración de las mejillas es el de los *ñandúes scroll* (Weber 1978: 59) o *estilizados en forma de voluta* (Perrota & Podestá 1974), los cuales presentan un cordón rojo a modo de borde del cuerpo, que a su vez se transforma en ceja



Figura 13. Representaciones de sacrificadores-sacrificados en el cuello de la urna N° 2540 (MLP, colección Moreno).

Figure 13. Representations of sacrificers/the sacrificed on the neck of urn N° 2540 (MLP, Moreno collection).

de la figura central y nuevamente en borde de cuerpo de ñandú en la mejilla opuesta (véase fig. 12).

Hay casos en los cuales resulta evidente que el tamaño de las figuras circulares “ha crecido”, al punto de ocupar hasta los límites mismos del cuello por los costados y en su parte inferior, confundiéndose con el borde de los campos decorativos en la garganta de la pieza. De esta manera, no se trata ya de motivos circulares en las mejillas, sino de *mejillas delimitadas* y llenas de motivos en todo su interior. La mejilla delimitada deja libre al rostro de la figura de las largas cejas –la cual puede considerarse también en forma separada de las mejillas, como un rostro angosto en forma de “Y”, remarcando quizás con esta

extraña forma un estatus *semibumano*– y ocupa toda la porción aproximadamente triangular que se extiende desde la altura de los bordes externos de la banda central del cuerpo de la vasija hasta el borde lateral superior del cuello (figs. 13, 14 y 15). Los motivos denominados “guerreros” (Podestá & Perrota 1973; Weber 1978) se corresponden con la estructura de diseño de mejillas delimitadas en el cuello, donde éstas adquirieron una forma definida de cuasi-triángulo recto con una línea curva convexa hacia el centro de la pieza en lugar de la hipotenusa. Estos personajes se pueden manifestar ataviados con túnicas o protegidos por escudos, variantes que presentan idéntica proporción en la muestra.¹³



Figura 14. Representación de cabezas trofeo en las mejillas de la urna N° VC6494 (EM). Procedencia: Fuerte Quemado (colección Zavaleta).

Figure 14. Trophy heads representation on the cheeks of urn N° VC6494 (EM). Source: Fuerte Quemado (Zavaleta collection).



Figura 15. Representación de cabezas trofeo en las bandas laterales de la urna N° 5968 (MLP), procedente de Lorobuasi, provincia de Catamarca (colección Muñiz Barreto).

Figure 15. Trophy head representations on the lateral bands of urn N° 5968 (MLP), from Lorobuasi, Province of Catamarca (Muñiz Barreto collection).



Figura 16. Vasija Aguada modelada con representación de personaje con atuendo cefálico de murciélago, atributo chamánico (tomado de González, A. R. 1998: 204-205).

Figure 16. Aguada modeled vessel with the representation of an individual wearing a bat headdress, a shamanic attribute (after González, A. R. 1998: 204-205).

El caso ilustrado por la figura 13 es particularmente interesante porque representa a una figura antropomorfa

con una cabeza trofeo negra sobre cada uno de sus hombros y sin cabeza propia.¹⁴ En el lugar de ésta se dispone un espacio negativo con idéntica forma al rostro en “Y” de la figura de las largas cejas, generada en su parte superior por un *triángulo pleno curvado* idéntico al que presentan los rostros de las vasijas. Así se presenta un juego de espejos cada vez que la figura de las largas cejas porta en sus hombros como trofeos a guerreros (como sinécdoque), que a su vez llevan cabezas trofeos sobre los suyos. Resulta significativo el hecho de que la cabeza del guerrero grabada en la porción inferior de la coraza de cuero del río Loa publicada por Rydén (1944) haya sido representada con una estilización similar: el *penacho*, que tiene la misma forma en “Y” que las cejas de la figura de las urnas santamarianas, prácticamente reemplaza el lugar de la cabeza (fig. 17). Y también es muy sugerente el caso presentado por Luis González sobre la reutilización de un fragmento de mejilla de urna santamariana con representación de la cabeza del guerrero, como colgante en el cual la cabeza queda invertida (González, L. R. 2007: 46).

Mientras que los guerreros que portan corazas tienen todos adornos cefálicos en forma de penachos (fig. 15), los antropomorfos vestidos con túnicas presentan distintas formas de arreglo ornamental en sus cabezas. Si bien los penachos constituyen la forma más frecuente (casi el 50% del total), también se registraron casos (dos) sin atuendo cefálico, con gorros (otros dos casos) y con gorro en una mejilla y penacho en la otra (cuatro casos). Los gorros pueden ser *rectos* o *con dos puntas* (fig. 14); los penachos en forma de *tridígito*, de *plumas hacia arriba*, o en forma de *medialuna* (fig. 15). Corazas y túnicas difieren en las decoraciones que son más frecuentes en cada uno de ellos. Mientras que en los primeros predominan las *bandas* gruesas diagonales (simples o cruzadas), diseños *en forma de V* y pares de

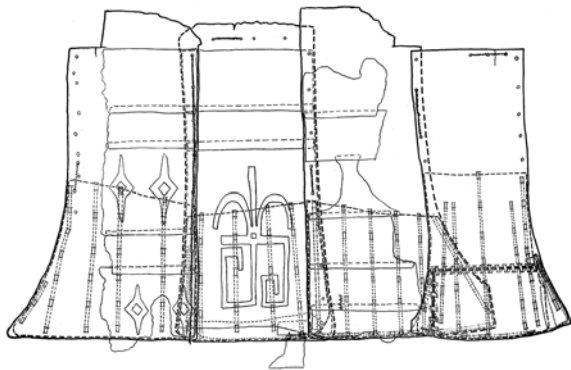


Figura 17. Coraza de cuero del río Loa con representación grabada de guerrero con penacho en su porción inferior (Rydén 1944).

Figure 17. Leather cuirass from the Loa River. On its lower portion, the carved representation of a warrior with a crest (Rydén 1944).

serpentiformes rectilíneos en zigzag; en las túnicas el diseño predominante es una *franja central vertical* que la mayoría de las veces contiene guardas de *escalonados espiralados rectos* o bien serpentiformes o *aviformes*, pero siempre de modo individual (Nastri 1999: 394-396). Un único caso de *escutiforme* presenta una banda central vertical; en cambio ninguna de las túnicas que visten los antropomorfos tiene la decoración de bandas gruesas diagonales, ya sean simples o cruzadas, propias de las corazas. Veamos a continuación qué características presenta la decoración del sector de las vasijas en las cuales cabe esperar la representación de la vestimenta de la figura de las largas cejas.

MOTIVOS Y ESTRUCTURAS DEL DISEÑO EN LOS CUERPOS DE LAS PIEZAS

La *banda central vertical* documentada en varias túnicas de los guerreros de las mejillas de las urnas organiza la decoración tripartita del cuerpo de la figura de las largas cejas en más de la mitad de los ejemplares que componen la muestra considerada. Pudo representar la faja propiamente masculina, pero en ese caso habría sido como emblema antes que como exhibición de su función de uso (la faja se usa horizontalmente).¹⁵ Más significativo resulta el hecho de que se presente con la misma disposición vertical que en las corazas de los guerreros, lo cual sugiere un referente “real”. Y también reforzaría su carácter masculino el considerar al motivo asociado de cordón quebrado como una forma estilizada de falo. En una urna Estilo Ambato tricolor (fig. 18) —correspondiente al Período Medio y publicada por Rex González (1998: 211)—, un personaje con largas cejas y decoración facial simétrica de cabezas de felino presenta un cuerpo pintado completo, incluyendo sus miembros inferiores. La sección basal del cuerpo se reservó para estos últimos y para el pene, que presenta una forma similar a la de la unión de los dos cordones quebrados de la cerámica santamariana. No obstante existe otro elemento que presenta una forma similar a la altura del pecho del personaje. Pareciera tratarse de un doble del pene (con los colores invertidos, pues el pene es gris y tiene un reticulado blanco pintado en el glande, mientras que la figura del pecho del personaje está pintada de blanco a excepción de la punta inferior, que mantiene el color gris), sobreimpuesto a lo que parece ser una banda central, similar a la de las urnas santamarianas. Entre una y otra figura se encuentra una especie de cinturón, oficiando de límite entre la sección basal y media del cuerpo, también de forma análoga a la división que a veces existe en las urnas santamarianas. De



Figura 18. Urna Ambato tricolor con decoración antropomorfa, procedente de Ambato (tomado de González, A. R. 1998: 261).

Figure 18. Ambato tricolor urn with anthropomorphic decoration, from Ambato (after González, A. R. 1998: 261).

modo que el cordón quebrado propio de la decoración de éstas (figs. 6, 7, 8, 9, 10, 12) tiene en común con la figura del pecho del personaje de la urna de Ambato su forma general y su disposición a ambos lados de la banda central, mientras que comparte con el motivo del pene el hecho de tener su culminación puntiforme en la sección basal de la pieza, por debajo de la línea divisoria horizontal.

Cabe señalar, finalmente, una última similitud del motivo del pecho de la urna de Ambato y del par de cordones quebrados de las urnas santamarianas con las figuras escutiformes. Los numerosos casos registrados en el arte rupestre surandino (Berenguer 1994; Tarragó et al. 1997: 232) también presentan una forma con la cual puede vincularse el motivo del par de cordones quebrados de las urnas santamarianas. En este sentido, el estrechamiento de los mismos correspondería al escotamiento de la cintura de las corazas (cf. Berenguer et al. 1985). Ambas interpretaciones no son totalmente excluyentes, en la medida en que la porción inferior de las corazas cubre la porción púbica de los combatientes.

Ambrosetti y Quiroga destacaron el aspecto fálico de representaciones de serpiente (Ambrosetti 1899: 162; Quiroga 1899: 336), colocando el segundo el énfasis principalmente en la vinculación de estos motivos con fenómenos atmosféricos. De esta manera, Quiroga identifica al relámpago-rayo en los zigzag descritos por el



Figura 19. Motivo del cordón quebrado con terminación en forma de cabeza de serpiente (indicado por recuadro azul). Pieza del Museo Arqueológico Juan Bautista Ambrosetti (MAJBA), de Quilmes, Provincia de Tucumán.

Figure 19. Broken cord motif with termination in the form of a serpent head (indicated by a light blue box). Piece from Museo Arqueológico Juan Bautista Ambrosetti (MAJBA), Quilmes, Province of Tucumán.

cuerpo de las serpientes, que se disponen muy frecuentemente tanto en los cuellos como en los cuerpos de las urnas (Quiroga 1992: 425).¹⁶ Principalmente, identifiqué al ser zoomorfo-celeste con las serpientes rectilíneas de cordón punteado que suelen ocupar dos de los cuatro campos de los cuellos de las urnas y de las cuales se desprenden *peinetas* (figs. 4d y fig. 5, Fase III).¹⁷ Mi atención, en cambio, se dirige hacia casos tales como el de las figuras 19 y 20, los cuales constituyen buenos ejemplos de cómo el popular motivo “geométrico” de cordón quebrado, tan importante en la estructuración del diseño de las piezas con franja central en el cuerpo (en 202 casos), se manifiesta también como serpiente, al igual que en otros siete casos más. Su carácter quebrado y el hecho de que invariablemente aparezca representado en rojo, constituyen apoyos para la interpretación que asimila ambos elementos en la mitología calchaquí.

Respecto de la importancia del rayo en la vida de los antiguos aborígenes, resulta elocuente el siguiente relato de los jesuitas:

Cayó veloz un rayo no muy lejos de una india casada con un principal cacique [...] De aquí formaron agüero los hechiceros

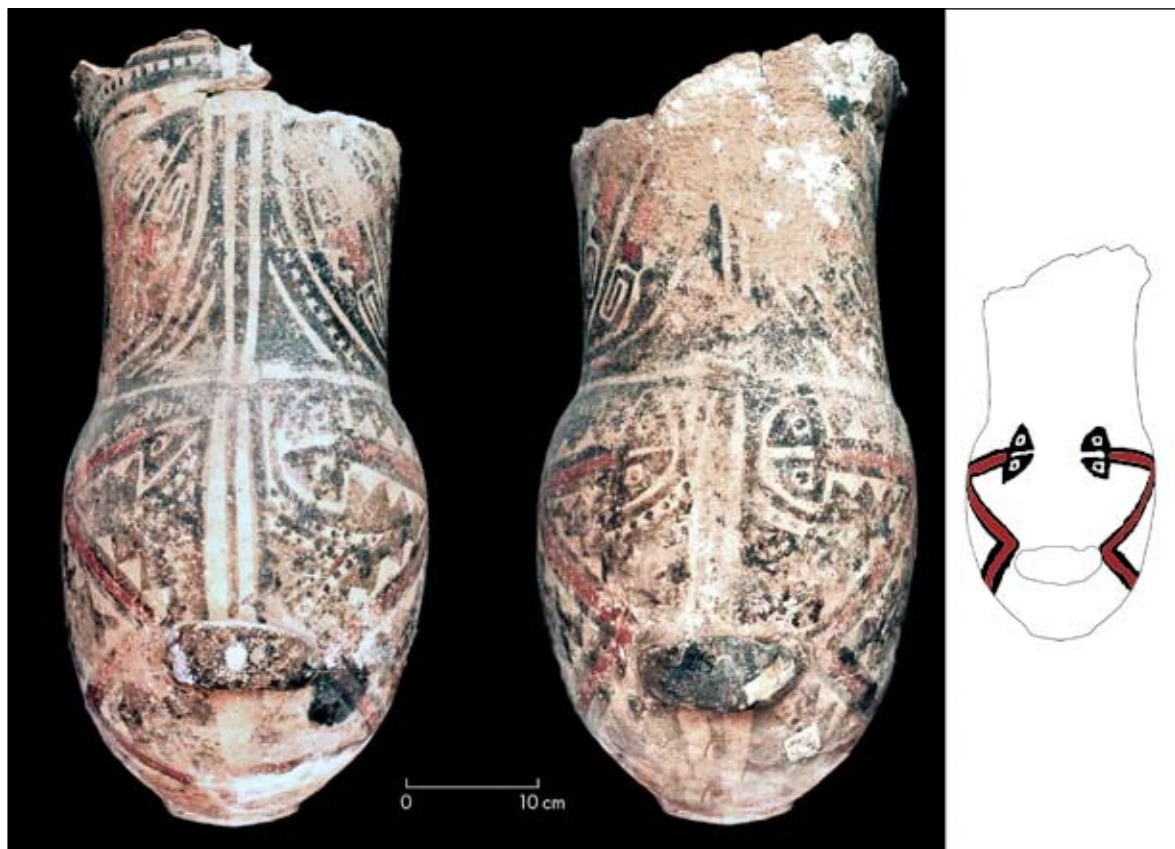


Figura 20. Motivo del cordón quebrado con terminación en forma de cabeza de serpiente. Pieza N° 215 o 310/80 (MAPEB).

Figure 20. Broken cord motif with termination in the form of a serpent head. Piece N° 215, or 310/80 (MAPEB).

diciendo que era aquel presagio del cielo en que sus dioses mostraban querer a la venturosa india para sacerdotisa (Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, años 1653-1654, folios 47, 62-64; citado en Amigó 2000).

También Lozano señalaba que:

Adoraban al trueno, y al rayo, á quien tenían dedicadas unas casas pequeñas, en cuya circunferencia interior clavaban varas rociadas con sangre de carnero de la tierra, y vestidas de plumage de varios colores, á los cuales por persuasión del padre de la mentira atribuían virtud de darles cuanto poseían (Lozano 1754 en González, A. R. 1983: 237).

Los significados que aparecen entonces como vinculables al tipo de decoración del cuerpo de las urnas con banda central, que se centran en torno al motivo del cordón quebrado, serían los siguientes: 1) el de lo masculino, por medio de la apariencia fálica del cordón quebrado; 2) el de la serpiente posible rayo, a partir de la transformación del mismo motivo en algunas piezas; 3) el del guerrero, a partir de la similitud de los cordones quebrados con las corazas militares y la frecuente decoración de éstas con serpientes rectilíneas. Por último, cabe agregar la asociación con el sacrificio en la pieza de la figura 21, la cual exhibe varias cabezas trofeo a lo largo del cordón quebrado. Entre los macha de Bolivia, Platt (1978) documentó que, existiendo en la cosmovisión andina una dimensión divina superior (el lugar de los astros) y otra inferior (en el interior de la tierra), y viviendo los hombres en una dimensión intermedia, el rayo puede provenir tanto de lo alto como de lo bajo, dejando sin vida aquello que toca y también resucitándolo. Esta noción habría resultado perfectamente coherente con una función de las urnas como repositorios de un cuerpo cuya energía vital se habría buscado que volviera a la tierra para reencarnarse en el futuro en una nueva persona, dejando así de perturbar a los vivos (Platt

2001). El hecho de que el cordón quebrado, ya sea en su forma vertical (a ambos lados de la franja central del cuerpo con división tripartita) u horizontal (en las piezas con división de brazos: por encima de éstos o bien en la sección basal [fig. 5, Fase II]), sea, luego del rostro, el motivo con presencia más constante a lo largo de la muestra, señala que su significación pudo haber tenido un carácter central en el contexto de la función de las urnas, como podría ser el caso de la noción del rayo vigente entre los macha.¹⁸

La otra gran forma de organizar las representaciones en el cuerpo de las piezas es la de los *brazos* de la figura de las largas cejas que se juntan hacia el centro del cuerpo de la vasija, ya sea sosteniendo o no un puco, en aparente actitud de ofrenda (figs. 11, 13, 14, 22). Los casos pintados (propios de las fases III a V) casi duplican a los modelados (135 contra 71). El lugar privilegiado de la decoración es la porción media del cuerpo, por encima de la curva que describen los brazos, pues por debajo de éstos usualmente se repiten motivos paralelos (por ejemplo, cordones punteados) a modo de “relleno”, hasta el lugar en que se dispone el motivo de triángulo curvado hacia arriba, que marca el límite con la sección basal de la pieza.

Atendiendo a los tipos de decoración por encima de los brazos, cabe distinguir tres grandes grupos: los que presentan pares de motivos figurativos, los que contienen motivos de cordones quebrados *e indiformes* y los que consisten en *dameros o reticulados*. En los últimos dos tipos se mantiene el predominio numérico de los casos pintados observado en el conjunto total (65 contra 28 y 37 contra 14, respectivamente), pero en el primero existe un equilibrio: 32 casos de brazos pintados contra 28 modelados. Este hecho refleja en buena medida la gran popularidad del motivo del ñandú a lo largo de toda la secuencia. En el conjunto de piezas con división



Figura 21. Motivo del cordón quebrado incluyendo representaciones de cabezas cercenadas. Pieza N° 73-116 (MEJBA).

Figure 21. Broken cord motif, with severed head representations. Piece N° 73-116 (MEJBA).

de brazos en el cuerpo, 39 presentan ñandúes, 13 serpientes y sólo siete batracios. La importancia del ñandú fue destacada por Quiroga, quien, como se dijo, apeló a observaciones acerca del comportamiento del mismo en vísperas de tormenta.¹⁹ No dejó de advertir tampoco la importancia de las varillas “emplumadas” como protección de las sementeras, tal como cuenta Lozano (González, A. R. 1983); en los “templos del Trueno y del Rayo”, de los cuales habla el Padre Guevara, y en el adorno de los árboles a los que adoraban, según afirma el Padre Techo (Quiroga 1901: 156).

Los ñandúes efectivamente suelen tener sus cabezas orientadas hacia las manos o puco de la figura de las largas cejas (sólo en un 15% de los casos “miran” hacia los laterales de la vasija), y en la mayoría de los casos (18 contra 10, más seis indeterminados) portan una *cruz* en el lomo, ya sea del tipo andino o consistente en dos líneas cruzadas de igual longitud. Cuando no llevan cruz, su lomo presenta *espirales*, *triángulos espiralados*, *círculos*, reticulados, dameros o triángulos. Sólo tres piezas con cuerpo con división de brazos presentan *ñandúes felinizados*, en contraste con el mayor número de casos que se documentaron en las piezas con división tripartita en el cuerpo. Otras tres piezas, de fases IV y V, presentan ñandúes que portan una serpiente en su boca.

Del conjunto de piezas que tienen pares de serpientes, cabe destacar que sólo en tres casos se trata de serpientes bicéfalas. Su ubicación en el contexto de la pieza muy probablemente implique un significado diferente al de otras serpientes del arte santamariano. En este sentido es llamativo otro tipo de representación exclusivo de esta ubicación: cuerpo rojo lleno de puntos (véase fig. 11). A diferencia de las serpientes más comunes de las mejillas (rectilíneas, de fondo blanco y con sólo una hilera de puntos o motas) y del cordón quebrado-serpiente, del cuerpo (también rectilíneo y rojo, sin puntos), éstas son curvas, gruesas y tienen puntos más pequeños dispuestos en forma desordenada.

Existe otro modo de organización de la estructura de diseño en el cuerpo de las urnas que, de la misma manera que los brazos de la figura de las largas cejas, genera dos campos curvos a la altura de lo que sería el pecho de ésta: se trata de lo que denominamos *serpiente-brazos*: dos líneas gruesas que en lugar de terminar en manos confluyen en la cabeza de una serpiente (fig. 4c). Cabe distinguir entre aquellas piezas (tardías, así también como otras procedentes de la zona nororiental) en las cuales la transformación es mayor (las líneas son más gruesas), de aquellas en que la diferencia con los habituales brazos sólo reside en el reemplazo de las manos por la cabeza de serpiente.

Finalmente, cabe destacar que en las urnas de la parte final de la seriación hay piezas que tienen en la porción superior de la sección media del cuerpo apéndices modelados de cabezas humanas, los cuales pueden ser interpretados como cabezas trofeo (Nastri 2007; figs. 22 y 23). En el caso de la urna de la figura 24, las manos de la figura de las largas cejas sostienen una cabeza cortada. Otras dos urnas Fase IV, ilustradas en las figuras 15 y 25, presentan el dibujo de cabezas cercenadas en las bandas laterales de las vasijas. La ubicación de estas cabezas (al derecho y al revés) se da en este caso por debajo de los hombros, aproximadamente en la cintura de la figura de las largas cejas. Si bien en las crónicas se menciona la práctica del seccionamiento de la cabeza del enemigo vencido (Nastri 1999: 373), hasta el momento sólo se tiene registro de una cabeza cercenada en contexto arqueológico tardío en Tinogasta (Cigliano 1965), al suroeste de la región calchaquí. A propósito de la urna para adulto Estilo Hualfín que contenía dicho resto, Rex González advirtió la dualidad presente en la decoración de esa pieza entre ambas caras de la misma (González, A. R. 1974: 48), quedando de manifiesto una gran similitud con los modos de generación de la diferencia sutil en el arte santamariano.



Figura 22. Apéndices de cabezas humanas modeladas en los laterales de la pieza N° 2583 (MLP).

Figure 22. Modeled human head appendages on the sides of piece N° 2583 (MLP).



Figura 23. Apéndices de cabezas humanas modeladas de urnas santamarianas de las colecciones Zavaleta. De izquierda a derecha y de arriba abajo, fragmentos N°: 29262 y 29275 (MEJBA); VC4463 (EM), procedente de Fuerte Quemado; Z-7723, Z-7693, Z775, 25967, Z7758 (MEJBA); VC 6046 (EM) procedente de Fuerte Quemado; Z-7717, Z7720, 29266, 29255 (MEJBA); VC6033 (EM) procedente de Fuerte Quemado y VC5218 (EM) procedente de "Pallogasta-Cachi"; 25992, 29262, 25957, y Z7729 (MEJBA).

Figure 23. Santamariana urn modeled head appendages, Zavaleta collections. From left to right, and top to bottom: fragments N°: 29262 and 29275 (MEJBA); VC4463 (EM), from Fuerte Quemado; Z-7723, Z-7693, Z775, 25967, Z7758 (MEJBA); VC 6046 (EM), from Fuerte Quemado; Z-7717, Z7720, 29266, 29255 (MEJBA); VC6033 (EM), from Fuerte Quemado, and VC5218 (EM) from "Pallogasta-Cachi"; 25992, 29262, 25957, and Z7729 (MEJBA).

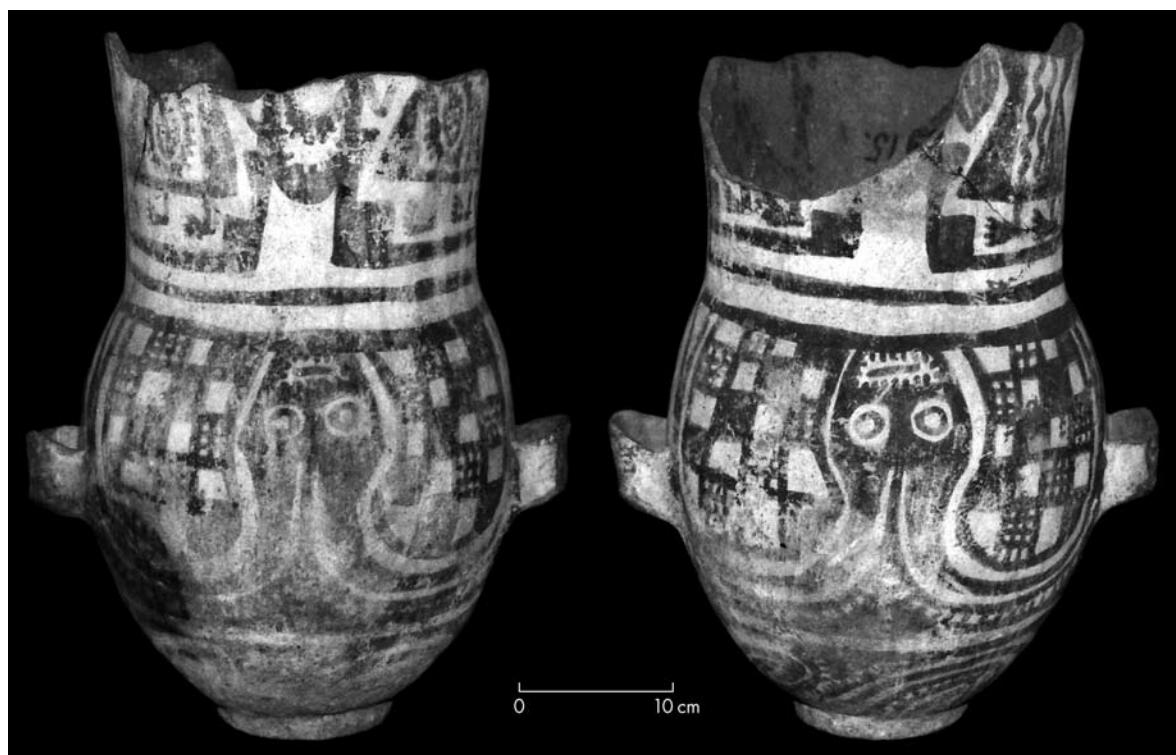


Figura 24. Representación de la figura de las largas cejas portando una cabeza cercenada en el lugar que habitualmente ocupa la representación de un puco. Pieza N° VC5954 (EM, colección Zavaleta).

Figure 24. Representation of the long-eyebrowed figure holding a severed head in an area normally occupied by a puco (shallow dish or plate) drawing. Piece N° VC5954 (EM, Zavaleta collection).

DISCUSIÓN

El rico corpus de imágenes que contienen las urnas santamarianas y el conocimiento arqueológico existente tras más de un siglo de investigaciones, proporciona elementos de juicio para discutir la cuestión de la cosmovisión calchaquí, lo cual, a su vez, constituye una vía de gran relevancia para la mejor comprensión de la forma de vida y organización social de esta sociedad. Si por cosmovisiones entendemos a las ontologías de la praxis generales, compartidas por un sinnúmero de sociedades y en buena medida inconscientes, con el término cosmovisión se hace referencia a la “aproximación existencial que el indígena tiene acerca de la totalidad que lo rodea –incluyendo al universo–, así como las formas que adoptan el hombre y la comunidad para relacionarse con él” (Martínez Sarasola 2004: 24). Este último carácter más específico constituye el objeto de la interpretación iconográfica de este trabajo, mientras que la inclusión de la cosmovisión calchaquí en alguna de las cosmovisiones definidas por Descola (2006) se relaciona, en lo que respecta al dato de las imágenes, con la interpretación iconológica.

La evidencia iconográfica analizada en este trabajo sugiere la presencia de representaciones con atributos chamánicos como los atavíos cefálicos de cabezas de animales; un probable énfasis en indicaciones fálicas en las fases tempranas y medias de la seriación; claras referencias a prácticas sacrificiales en el marco de expresiones agresivas; selección de un repertorio de animales (ñandú, serpiente, sapo) que se adosa a la figura de las largas cejas como si ésta tuviera poder sobre aquéllas. Respecto de la representación de los atributos especiales del chamán, Llamazares (2004: 105) destaca

[...] el sobredimensionamiento de la cabeza y/o de las manos con relación al resto del tamaño del cuerpo. La cabeza, particularmente, parece ser el símbolo por excelencia del lugar dentro del cuerpo humano donde reside el poder chamánico. Las imágenes de cabezas destacadas por sus formas y dimensiones se relacionan seguramente con la importancia de la mente y la visión –ambas alojadas en la cabeza– en la práctica chamánica.²⁰

Si nuestra interpretación de la representación del rayo en el cuerpo de las vasijas es correcta, se trataría entonces, además, de la simbolización “del poder sobrenatural o divino del chamán” que, junto con los ornamentos cefálicos (cabezas de animales, mascarillas



Figura 25. Representación pintada de cabeza trofeo sobre la banda lateral de la pieza N° 4528 (MLP). Procedencia: El Bañado (colección Muñiz Barreto).

Figure 25. Trophy head representation painted on the lateral band of piece N° 4528 (MLP). Source: El Bañado (Muñiz Barreto collection).

metálicas, etc.) como “representación del prestigio y poder terrenal”, constituyen los dos tipos de atributos especiales del mismo (Llamazares 2004: 105).

A su vez, en el mencionado caso del probable rayo “alterado” en serpiente, así como también en las serpientes bicorpóreas que se disponen como los brazos de la figura central; en el rostro de la vasija que se conforma de ñandúes; los ojos brillantes de los sobrerostros y los de la decoración arquitectónica, etc., todos estos casos apuntan a destacar procedimientos retóricos (metáfora, metonimia) que expresan una multiplicación de vinculaciones entre diferentes términos, sugiriendo la presencia de una cosmología analogista; la misma que se corresponde, según Descola (2006), con las socie-

dades andinas. El que las campanas metálicas también representaran a las cabezas trofeo (Pérez de Arce 2001 en González, L. R. 2007: 46), refuerza la idea de una generalización del modo de identificación analogista. Ahora, dado que los contextos chamánicos más conocidos etnográficamente corresponden a sociedades animistas, es necesario determinar mejor la función chamánica en el recientemente definido marco analogista, así como también la posible articulación de elementos de ambas ontologías en contextos socioculturales específicos como el calchaquí.

Swenson (2003: 284) señala que en los Andes la violencia ritual fue “[...] un importante mecanismo que permitió a los grupos explotar efectivamente las asimetrías existentes y tomar ventaja de las cambiantes condiciones ecológicas y económicas”. La transformación de la función chamánica en sacerdotal y viceversa (o entre chamanismo vertical y horizontal) constituye un cambio histórico de primer orden que requiere de una profunda investigación. La larga duración de las tradiciones estilísticas del Noroeste Argentino y el conocimiento de sus cambios progresivos otorgan la posibilidad de estudiar la mencionada transformación a lo largo del tiempo, una vez que los argumentos originalmente orgánicos de las seriaciones estilísticas son reemplazados por contenido simbólico o narrativo (Nastri 2005-2006). Por ejemplo, el hecho de que la noción de “sacrificador-sacrificado” se introdujera hacia el final de la secuencia santamariana sugiere que podría ser el caso de que la sociedad calchaquí pasara de un estado más jerárquico a uno más igualitario a lo largo de los siglos de su desarrollo. Pues dicha noción, como señalara Viveiros de Castro (2005: 344-345), es propia de las sociedades caracterizadas por el chamanismo horizontal. Y si bien por cuestiones de espacio no podemos desarrollar en esta ocasión el tema de la decoración geométrica de los cuellos de las urnas sin rostros de la Fase 0 (véase fig. 5), en el caso de que las mismas refirieran a momias envueltas en textiles (Velandia Jagua 2005: 115-116) y, por ende, a *ancestralidad* (Isbell 1997), abonaría la interpretación de un tránsito desde una religión más institucionalizada (sacerdocio o chamanismo vertical) a otra menos compleja (chamanismo horizontal). Lejos de sostener una dirección irreversible del cambio en la adopción de alguno de los mencionados tipos de chamanismo o sacerdocio, considero que una interpretación detallada de las imágenes proporciona un camino útil para la reconstrucción de la contingencia histórica. Esta última incluye también a las interacciones e influencias de zonas vecinas, como las tierras bajas orientales, tal como han explorado algunos autores (González, A. R. 1979; Weber 1981). Este factor puede

haber sido responsable de algunos giros “inesperados” en las secuencias supuestamente progresivas hacia la complejización.

Finalmente, cabe señalar que en este trabajo se ha puesto el énfasis en la identificación de significaciones hasta el momento no advertidas (sobre-rostros, cabezas trofeo, diferencia sutil, etc.), que tienen relevancia respecto de la cosmovisión y organización política calchaquí. No se ha considerado la cuestión de la relación entre los casos que cuentan con los motivos analizados y aquellos que, siendo comparables, presentan motivos diferentes. Se trata de un tema que requiere de un desarrollo analítico específico (Nastri 2008), en relación con el cual cabe adelantar dos posibilidades interpretativas. En primer lugar puede tomarse al conjunto de representaciones de la figura de las largas cejas de cada fase como manifestaciones de un mismo significado. Las variaciones entre los casos se interpretan en términos de opciones tomadas por el artista particular a los fines de expresar ciertos atributos o características en lugar de otros. En este sentido, se trataría de *permutaciones* de elementos equivalentes, algunos de los cuales presentan en ciertos ejemplares una manifestación preiconográfica más explícita a los fines de nuestra comprensión, constituyendo de este modo *indicios* (Guinzburg 1989) para la interpretación del sentido del resto de los casos de la serie.²¹ La segunda alternativa consiste en considerar que en torno a la figura de las largas cejas se desplegó una variación de significados en sincronía. Por ejemplo, que las piezas con sobre-rostros representaban chamanes, pero no así los que no tienen sobre-rostros. Que las que tienen cabezas trofeo representaron sacrificadores, mas no así las figuras de las largas cejas que portan pucos en sus manos.

La disyuntiva interpretativa planteada puede ser superada mediante la apelación a nuevas categorías que permitan organizar la masa de datos empíricos a los fines de la comparación y la cuantificación de los mismos. Los conceptos de *alteración*, como modificación de una cualidad (Gadamer 1977: 155) del motivo; *permutación*, como sinónimo expresivo entre distintas piezas, de una misma unidad constitutiva o mitema (Lévi-Strauss 1958: 204), y *transformación*, como cambio completo (Gadamer 1977: 155) en el significado de dicha unidad, se revelan como instrumentos potencialmente útiles para el análisis. Su empleo permitiría exponer más claramente la carga interpretativa de cada escenario planteado. De esta manera, una cabeza cercenada en manos de la figura de las largas cejas puede entenderse en términos de una permutación del puco, que tomamos como indicio de una identidad de significado entre ofrenda y sacrificio. Los sobre-rostros pueden tomarse también

como un indicio del referente chamán, en la permutación de formas de representación de la cabeza de la figura de las largas cejas, o bien como una alteración de esta última que otorgaría a algunas de las urnas una jerarquía por sobre las otras, o bien funciones especiales. Por último, las referidas piezas sin rostro de la Fase 0 (fig. 5), o con rostros en posición más marginal en urnas de cuello “estirado” (fig. 5, Fase V) representarían una efectiva transformación del significado de la figura de las largas cejas desde una concepción previa como momia y hacia una nueva concepción en términos de serpiente, respectivamente.

De la misma manera, cabe señalar que una afinación de las herramientas descriptivas requiere también la diferenciación entre distintas significaciones para las diferentes formas de representación de la serpiente, del cordón quebrado, etc. Así como los esquimales cuentan con una infinidad de términos para aludir a los distintos tonos de blanco, puede pensarse que en relación con los motivos principales del arte santamariano, la gama de variación tuviera una importancia más significativa de lo que en principio podemos reconocer. En definitiva, se trata de embarcarse en el juego propuesto por los productores del estilo, entre la identidad y la diferencia.

CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo he buscado exponer el gran potencial informativo que reside en el corpus de imágenes del estilo santamariano para avanzar en el conocimiento de aspectos relevantes en torno a la organización social y política calchaquí. El análisis en detalle de los motivos y temas representados y de sus variaciones en una amplia muestra permite desarrollar hipótesis, con distintos grados de probabilidad, acerca de los significados iconográficos e iconológicos plasmados en las vasijas. Representaciones de la autoridad y de prácticas vinculadas a la misma, en un marco cosmológico hipotético para la sociedad en cuestión y dispuestas en un marco de variación cronológico y geográfico controlado (tarea en buena medida pendiente aún), posibilitarán el planteo de una trayectoria propiamente histórica, por ejemplo en relación al tipo de institucionalidad religiosa de la sociedad calchaquí.

Tratándose de un sistema de carácter sacrificial, la escasez de registros escritos acerca de la mitología calchaquí no constituye un obstáculo tan grande para la interpretación de las imágenes, como podría suponerse en un principio. Pues en el marco de los modos de identificación animista y analogista, puede suponerse

que la significación secundaria de temas y motivos responde más a vínculos retóricos (metáfora, metonimia, sinécdoque) antes que alegóricos y narrativos. La cantidad de imágenes y su enorme variación dentro de convenciones representativas relativamente constantes hace de la iconografía calchaquí un ámbito altamente relevante para la ampliación del conocimiento sobre las ontologías de la praxis referidas y el sentido de las nociones y prácticas del sacrificio y el chamanismo dentro de las mismas.

La sociedad calchaquí participó activamente de esa gran esfera de intercambio económico y cultural que llamamos mundo andino. Esta esfera, como cualquier otra comparable, varió en sus dimensiones a lo largo del tiempo, además de incluir una gran variedad y una dinámica interna. El análisis de los significados de las imágenes asociadas a prácticas rituales se revela como una promisorio vía para alcanzar una comprensión de la organización social calchaquí y sus cambios asociados al devenir: una particular forma de arte constituye la materialización de un modo de experiencia (Geertz 1994: 123). Comprender el arte santamariano implica pues involucrarse en una vivencia de las formas y los colores, en un marco simbólico original y en un conjunto de prácticas del pasado. El presente trabajo pretende contribuir con el avance sobre una de las distintas líneas de evidencia (iconografía) que, articuladas, permitirán una mejor comprensión de los originales universos sociales desarrollados por las sociedades precolombinas que habitaron la región en estudio.

RECONOCIMIENTOS A Gisela Spengler, por la confección de las figuras. A Gerónimo Prtolongo, por acompañarnos en el inicio de nuestros relevamientos en museos y por la lectura crítica y corrección de textos preparatorios de este trabajo. A Myriam Tarragó, por su apoyo durante la redacción de la tesis doctoral. A Manuela Fischer; José Pérez Gollán, Adriana Callegari, Gabriela Amirati; Rodolfo Raffino; Rubén Quiroga; Mirta Santoni, Christian Vitry; María Antonella Fugazzola del Pino, Carlo Nobili, por haber hecho posible y facilitado nuestra labor respectivamente en los museos de Berlín; Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires; de La Plata; de Santa María; de Salta; y Pigorini de Roma. A Victoria Coll, Ana Vargas, Milena Acha, Gabriel Caruso, Romina Spano, Carlos Belotti de Medina, Jennifer Baigorria y Emily Wiggins, por su ayuda en distintas etapas del desarrollo de la investigación. A Guillermo Wilde, por el enriquecedor intercambio sobre aspectos teóricos de las cosmovisiones amerindias. A Ana Fernández, por acercarnos datos empíricos de interés. De nuevo a Gitty, por todo.

NOTAS

¹ Se ha constituido una muestra compuesta por 832 piezas de estilos tardíos correspondientes a las colecciones Muñiz Barreto, Moreno, Lafone Quevedo, Methfessel, Ten Kate y Bruch del Museo de La Plata; Zavaleta, Quiroga, Ambrosetti y Breyer, del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; Zavaleta, Schmidt y Uhle, del Museo Etnológico

de Berlín; Schreiter, del Museo Etnográfico de Viena; Ambrosetti, del Museo Pigorini de Roma; Salvatierra y otros, del Museo Eric Boman de Santa María. 756 de los ejemplares que componen el corpus compilado corresponden a urnas santamarianas, fundamentalmente de la variedad Yocavil. Dicha cifra constituye el total de referencia de aquí en más.

² Si bien el Período Tardío en la Subárea Valliserrana del Noroeste Argentino comprende el lapso entre el 900 y 1480 DC (Tarragó 1999), estudios estadísticos y de calibración radiocarbónica realizados sobre el conjunto de fechados disponibles para la localidad de Rincón Chico conducen a ubicar el comienzo de la ocupación tardía para el siglo XI de la Era (Greco 2005), considerando el "pico" en la distribución de probabilidades de las fechas comprendidas en el rango de edades radiocarbónicas (Holdaway 2006: 140). Esto es coincidente con lo planteado respecto del cercano asentamiento de Pichao (Cornell & Johansson 1993; Greco 2005), para el cual también existe un conjunto amplio de fechados radiométricos. Durante los siguientes períodos, Imperial (1480-1536) e Hispano-Indígena (1536-1650), la población autóctona continuó siendo la misma –los calchaquíes, productores de vasijas estilo santamariano– a la cual se sumaron primero los invasores inkaicos y luego los hispanos. Por esta razón cuando nos referimos a tiempos o poblaciones tardías estamos aludiendo al conjunto de los tres períodos.

³ De acuerdo con informes de los jesuitas, los aborígenes calchaquíes efectivamente se pintaban el rostro (Compañía de Jesús 1990: 52-53).

⁴ Quiroga denominó al personaje central de las vasijas *ídolo de las largas cejas* (Quiroga 1896: 187).

⁵ Son 34 los casos que se apartan del canon habitual de representación del rostro de la figura de las largas cejas en el cuello de las vasijas. Motivos no figurativos tales como dameros, reticulados y cordones quebrados horizontales adquieren así protagonismo en este sector de las piezas.

⁶ Como ejemplo bien vale la propuesta de Bovisio (1993) de considerar la situación de distancia existente entre los asistentes al ritual y las placas metálicas en poder de los oficiantes del culto, durante el Período de Integración Regional, en el contexto de centros ceremoniales como La Rinconada de Ambato, en la provincia de Catamarca.

⁷ En cuanto a la situación comunicacional en la que participaron las urnas santamarianas en la vida cotidiana en los poblados, poco sabemos aún (Piñeiro 1996: 168).

⁸ Quiroga ve en la postura del ñandú una disposición a la carrera que interpreta motivada por la cercanía de la lluvia (Quiroga 1992: 432), pues dicho animal anuncia la inminente tormenta con un comportamiento nervioso y movido. Se ha planteado que tal comportamiento responde a que en dicha circunstancia su plumaje se carga de electricidad estática (Tarragó, comunicación personal).

⁹ Ambrosetti realizó sus recopilaciones en el extremo norte del valle de Santa María y en la porción sur del valle Calchaquí, de Tolombón a Cachi, en la provincia de Salta (fig. 2).

¹⁰ En la arquitectura calchaquí se ha documentado en varios sitios un rasgo que resulta muy sugerente en relación al papel que la idea de "ojos brillantes" pudo tener en los antiguos sistemas de representaciones. El mismo estuvo dado por la inserción de bloques de cuarzo blanco en el lado externo de los muros, lo cual, sobre todo bajo el reflejo del sol, causa en el observador la impresión de unos ojos relucientes (Reynoso 2003: 137; Tarragó & González 2004; Nastri & Vietri 2004: 395).

¹¹ El hecho de que se trate de una oposición binaria referida al cuerpo de un personaje antropomorfo condujo a Weber (1981: 19) a plantear que dicha distinción correspondería a la indicación de género, en base a una asociación de lo masculino con verticalidad y lo femenino con horizontalidad en la vestimenta de tribus amazónicas.

¹² De ser acertada esta interpretación, estaríamos ante un caso de *figura bipartida* (González, L. R. 2007: 82), en la cual dos figuras de perfil (cabezas de ñandú) conforman una figura diferente (ojos antropomorfos), de frente.

¹³ En el corpus completo hay 17 piezas con antropomorfos con túnica, otras 17 con antropomorfos con corazas; tres que tienen de ambos tipos; uno que no corresponde a ninguno de los dos, y finalmente dos que tienen antropomorfos-serpentiformes atomizados.

¹⁴ Raúl Mandrini publicó recientemente una carta del Padre Alonso de Bárzana de fines del siglo XVI, en la cual hace referencia a la religión calchaquí: "Acerca de la religión o culto de todas las naciones que pertenecen a la provincia de Tucumán no he hallado que tengan ídolos ningunos a quienes hayan adorado; hechiceros sí tienen y han tenido muchos, de los cuales algunos les hacían adorar al mismo Demonio, que siempre les aparecía negro y que les ponía temor" (Bárzana en Mandrini 2004: 122). Véase más adelante que la indudable cabeza trofeo de la pieza de la figura 24 también es negra.

¹⁵ Entre los habitantes rurales de los valles, Ambrosetti (1953: 135) documentó la creencia en la existencia del alma o espíritu que podía desprenderse del cuerpo en ciertas ocasiones, por ejemplo cuando una persona enfermaba. Entonces se buscaba a una máca, quien averiguaba los lugares por donde había andado el enfermo antes, y a la noche se dirigía a los mismos en compañía de dos gritadores, arrastrando una prenda del enfermo: si éste era varón, su *faja*; si era mujer, su *rebozo*. Quiroga relata una situación de "fuga del espíritu" ocurrida en Tolombón, en donde las pertenencias que representan al enfermo son un ceñidor, su sombrero y su pañuelo blanco "que no sepa pecar" (Quiroga 1926: 222).

¹⁶ En su análisis del mito de *Huayrapuca* o "Madre del viento", un ser mitológico de gran difusión en la América precolombina (bajo distintos nombres), Quiroga apeló a testimonios de los pobladores rurales, destacando que en "Los Cardones y Amaicha se tienen a la Centella y al Rayo por parientes suyos muy próximos. La centella es hembra y *varón el rayo*" (Quiroga 1992: 344).

¹⁷ Quiroga registró una estrecha vinculación entre la divinidad de la Madre del viento y la serpiente: "Interrogando a las gentes de los valles qué clase de auxilio presta al mito la serpiente para volar, se me contestó: ¿no ve que la serpiente no tiene alas, y salta largo y vuela también? Y, efectivamente, lo de las serpientes voladoras, es la cosa más corriente en Calchaquí. Cuando Huayrapuca tiene, entonces, larga cola de serpiente, es claro que vuela" (Quiroga 1992: 344). Resulta entonces sugerente el hecho de que las peinetas adosadas a las serpientes rectilíneas de cordón punteado hayan sido representadas igual que manos (de humanos y batracios) y que alas de aves.

¹⁸ A partir de la Fase IV, la preferencia por motivos figurativos también en el cuerpo pudo haber sido causa de la restricción del motivo de cordón quebrado a la sección basal, tal como ocurría en el cuello con los motivos de guerreros, que "tapaban" las mejillas y su decoración geométrica, al disponerse como cráneos trofeo sobre los hombros de la figura de las largas cejas. El abandono del color rojo también contribuyó a restarle impacto visual al motivo.

¹⁹ Otro hecho determinante para Quiroga, aparte del hecho que el ñandú "anuncie" con su comportamiento nervioso la proximidad de la tormenta, reside en que muy frecuentemente el ave es representada con una serpiente saliendo de su boca, como si se tratase de una nube de la cual se despiden descargas eléctricas. Y en los casos en que las urnas cuentan con representación de brazos que sostienen un puco, los ñandúes tienen por lo general sus cabezas contiguas a éste, como si estuvieran por verter agua en él (Quiroga 1901: 152).

²⁰ Teniendo en cuenta esta relación, el "achicamiento" del rostro en las urnas Fase V (Nastri 2005-2006: 254-255; fig. 5) representaría un corte en la secuencia de mayor importancia que lo advertido en los aspectos técnicos y morfológicos.

²¹ En su estudio inaugural de los mitos, Lévi-Strauss (1958: 204) usa el término *permutación* para aludir a los cambios que existen en un mismo elemento de una historia mítica (mitema o unidad constitutiva), entre una versión y otra.

REFERENCIAS

- AGÜERO VERA, J. Z., 1972. *Divinidades diaguitas*. Cuadernos de Humanitas 41. San Miguel de Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.
- AMBROSETTI, J. B., 1899. *Notas de arqueología calchaquí*. Buenos Aires: Imprenta y Litografía La Buenos Aires.
- 1953. *Supersticiones y leyendas*. Santa Fe: Librería y Editorial Castellví.
- AMIGÓ, M. F., 2000. El desafío de Calchaquí. Un puñado de jesuitas "entre un mar de indios". La intervención de la Compañía de Jesús en el valle Calchaquí (siglos XVI y XVII). Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- BERENGUER, J., 1994. Asentamientos, caravaneros y tráfico de larga distancia en el norte de Chile: el caso de Santa Bárbara. En *De costa a selva. Producción e intercambio entre los pueblos agroalfareros de los Andes Centro Sur*, M. E. Albeck, Ed., pp. 17-50. San Salvador de Jujuy: Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- BERENGUER, J.; V. CASTRO; C. ALDUNATE; L. CORNEJO & C. SINCLAIRE, 1985. Secuencia de arte rupestre en el Alto Loa: una hipótesis de trabajo. En *Estudios de arte rupestre*, C. Aldunate, J. Berenguer, & V. Castro, Eds., pp. 87-108. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- BOVISIO, M. A., 1993. La imagen del poder, el poder de las imágenes en la plástica precolombina del NO argentino. En *Arte y poder. v Jornadas de Teoría e Historia de las Artes*, pp. 326-337. Buenos Aires: Centro Argentino de Investigadores de Artes.
- BREGANTE, O., 1926. *Ensayo de clasificación de la cerámica del Noroeste Argentino*. Buenos Aires: Editorial Ángel Estrada y Cía.
- CALLENS, S., 2006. «Philippe Descola, *Par-delà nature et culture*, Paris, Gallimard, 2006, 618 p.», *Développement durable et territoire*, Publications de 2006, mis en ligne le 17 septembre 2006. <<http://developpementdurable.revues.org/document2954.html>>
- CAVIGLIA, S., 1985 Ms. Las urnas para niños de los valles Yocavil y Calchaquí. Su interpretación sobre la base de un enfoque gestáltico. Seminario de Arqueología I, Buenos Aires.
- CIGLIANO, E. M., 1965. Un hallazgo en «Baranca Larga». El yacimiento arqueológico del Mojón 747 de la ruta Tinogasta-Belén (provincia de Catamarca). *Anales de Arqueología y Etnología* 20: 37-48, Mendoza.
- COMPAÑÍA DE JESÚS, 1990. *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay 1632-1634*. Con introducción y notas de J. A. Maeder. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- CORNELL, P. & N. JOHANSSON, 1993. Desarrollo del asentamiento del sitio STucTav 5 (El Pichao), Provincia de Tucumán. Comentarios sobre dataciones de 14C y luminiscencia. *Publicaciones del Instituto de Arqueología* 2 (1 Investigaciones): 31-43, Tucumán.
- DESCOLA, P., 1992. Societies of nature and the nature of society. En *Conceptualizing society*, A. Kuper, Ed., pp. 107-126. London: Routledge.
- 2006. Beyond nature and culture. *Proceedings of the British Academy* 139: 137-155. Oxford: University Press.
- GADAMER, H. G., 1977. *Verdad y método*. Barcelona: Ediciones Sígueme.
- GEERTZ, C., 1994. *Conocimiento local*. Barcelona: Paidós.
- GONZÁLEZ, A. R., 1974. *Arte, estructura y arqueología*. Buenos Aires: Nueva visión.
- 1977. *Arte precolombino de la Argentina. Introducción a su historia cultural*. Buenos Aires: Filmmediciones Valero.
- 1979. Dinámica cultural del NO argentino. Evolución e historia en las culturas del NO argentino. *Antiquitas* 28-29: 1-15, Buenos Aires.
- 1983. Nota sobre religión y culto en el Noroeste Argentino prehispánico. *Baessler-Archiv*, Neue Folge Band XXXI: 219-279, Berlin.
- 1998. *Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*. Buenos Aires: Filmmediciones Valero.

- GONZÁLEZ, A. R. & J. A. PÉREZ., 1972. *Argentina indígena. Vísperas de la conquista*. Historia argentina 1. Buenos Aires: Ediciones Paidós.
- GONZÁLEZ, L. R., 2007. Tradición tecnológica y tradición expresiva en la metalurgia prehispánica del Noroeste Argentino. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 12 (2): 33-48, Santiago.
- GORDILLO, I., 1990. Entre pirámides y jaguares. *Ciencia Hoy* 2 (8):18-25, Buenos Aires.
- GRECO, C., 2005. Dataciones y eventos arqueológicos en la localidad de Rincón Chico, Valle de Yocavil, Catamarca. En *Primer Congreso Argentino de Arqueometría*, A. Pifferetti & R. Vommaro, Eds., pp. 312-323, Rosario.
- GUINZBURG, C., 1989. *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- HODDER, I., 1990. Style as historical quality. En *The uses of style in archaeology*, M. Conkey & C. Hastorf, Eds., pp. 44-51. Cambridge: Cambridge University Press.
- 1993. The narrative and rhetoric of material culture sequences. *World Archaeology* 25 (2): 268-282. London: Routledge.
- HUGH-JONES, S., 1996. Shamans, prophets, priests and pastors. En *Shamanism, history, and the state*, N. Thomas & C. Humphrey, Eds., pp.32-75. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- HOLDAWAY, S., 2006. Absolute dating. *Archaeology in practice. A student guide to archaeological analyses*, J. Balme. & A. Paterson, Eds., pp. 117-158. Blackwell: Oxford.
- ISELL, W., 1997. *Mummies and mortuary monuments: A postprocessual prehistory of Central Andean social organisation*. Austin: University of Texas Press.
- JOHANSSON, N., 1996. *Burials and society. A study of social differentiation at the site of El Pichao, NW Argentina, and in cemeteries dated to the Spanish Native Period*, GOTARC, Series B, Gothenburg Archaeological Theses 5. Göteborg: Department of Archaeology, Göteborg University.
- LAFONE QUEVEDO, S., 1892. Catálogo descriptivo e ilustrado de las Huacas de Chañar Yaco (Provincia de Catamarca). *Revista del Museo de La Plata* 3: 35-63, Buenos Aires.
- LÉVI-STRAUSS, C., 1958. *Antropología estructural*. Buenos Aires: Editorial Eudeba.
- 1964. *El pensamiento salvaje*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- 1992. *Historia de linces*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- LLAMAZARES, A. M., 2004. Arte chamánico: visiones del universo. En *El lenguaje de los dioses*, A. M. Llamazares & C. Martínez Sarasola, Eds., pp. 67-126. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- MANDRINI, R., 2004. *Los pueblos originarios de la Argentina. La visión del otro*. Buenos Aires: Editorial Eudeba.
- MARCHEGANI, M., 2008. Estilo y cronología. Los cambios en la cerámica funeraria de Rincón Chico entre los siglos X y XVII DC. En *Estudios Arqueológicos en Yocavil*, M. Tarragó & L. González, Eds., pp. 128-175. Buenos Aires: Asociación de Amigos del Museo Etnográfico.
- MARCHEGANI, M.; V. PALAMARCZUK & A. REYNOSO, 2007. El estilo como frontera. Sobre las urnas negro sobre rojo de momentos tardíos de Yocavil (Noroeste Argentino). *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Vol. II, pp. 451-456. San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- MARTÍNEZ SARASOLA, C., 2004. El círculo de la conciencia. Una introducción a la cosmovisión indígena americana. En *El lenguaje de los dioses. Arte, chamanismo y cosmovisión indígena en Sudamérica*, A. M. Llamazares & C. Martínez Sarasola, Eds., pp. 21-66. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- MENDES DO SANTOS, G., 2002 Ms. Naturaleza e culturas. *I Seminário Matogrossense de Etnobiología e Etnoecología e II Seminário Centro-Oeste de Plantas Mediciniais*. <<http://www.ufmt.br/etnoplant/artigos/Naturezas%20e%20Culturas.PDF>>
- NASTRI, J., 1999. El estilo cerámico santamariano de los Andes del Sur (siglos XI a XVI). *Baessler-Archiv*, Neue Folge Band 47: 361-396, Berlin.
- 2003. Aproximaciones al espacio calchaquí. *Anales* 6: 99-125, Göteborg.
- 2005-2006. El simbolismo en la cerámica de las sociedades tardías de los valles calchaquíes (siglos XI a XVI). *Arqueología* 13: 253-261, Buenos Aires.
- 2007. La lógica del sacrificio en la iconografía calchaquí. En *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Vol. II, pp. 457-462. Universidad Nacional de Jujuy: San Salvador de Jujuy.
- 2008. La noción de transformación en arqueología antropológica. En *Perspectivas actuales en arqueología argentina*, R. Barberena, K. Borrazo & L. Borrero, Eds. Buenos Aires: IMHICHU (en prensa).
- NASTRI, J. & L. VIETRI, 2004. I Calchaqui, cento anni dopo. Note sulla collezione Ambrosetti. *Bullettino di Paleontologia Italiana* 95: 355-377. Roma: Ministero per i Beni e le Attività Culturali, Soprintendenza Speciale al Museo Nazionale Preistorico Etnografico "L. Pigorini", Istituto Poligrafico e Zecca dello Stato.
- PALAMARCZUK, V., 2008. Un análisis de la cerámica arqueológica de cuatro sitios en el bajo de Rincón Chico. En *Estudios Arqueológicos en Yocavil*, M. Tarragó & L. González, Eds., pp. 20-80. Buenos Aires: Asociación de Amigos del Museo Etnográfico.
- PANOFKY, E., 1979. *Estudios sobre iconología*. Madrid: Alianza Editorial.
- 1983. *El significado en las artes visuales*. Madrid: Alianza Editorial.
- PAZOS, A., 2006. Recensión crítica «Philippe Descola, *Par-delà nature et culture*, Paris: Éditions Gallimard, 2005, 623 páginas». *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana* 1 (1): 186-194. Madrid: Antropólogos Iberoamericanos en Red. ISSN: 1578-9705 [online]. <<http://www.aibr.org/antropologia/01v01/libros/010101.pdf>>
- PIÑEIRO, M., 1996. Manejo de recursos y organización de la producción cerámica en Rincón Chico. Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 21: 161-185, Buenos Aires.
- PLATT, T., 1978. Symétries en miroir. Le concept de Yanantin chez les Macha de Bolivie. *Annales ESC* 33: 1081-1107, Paris.
- 2001. El feto agresivo. Parto, formación de la persona y mito-historia en los Andes. *Anuario de Estudios Americanos* 57: 633-678, Sevilla.
- PERROTA, E. & C. PODESTÁ, 1974. Seriación con valor cronológico de una colección de urnas y pucos santamarianos del valle de Yocavil. Ponencia al III Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Salta.
- PODESTÁ, C. & E. PERROTA, 1973. Relaciones entre culturas del Noroeste argentino. San José y Santa María. *Antiquitas* 17: 6-15, Buenos Aires.
- PRICE, N. (Ed.), 2001. *The Archaeology of Shamanism*. New York: Routledge.
- QUIROGA, A., 1896. Antigüedades calchaquíes. La colección Zavaleta. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* 17: 177-210, Buenos Aires.
- 1899. El simbolismo de la cruz y el falo en Calchaquí. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* 19: 305-343, Buenos Aires.
- 1901. *La cruz en América*. Buenos Aires. Imprenta y Litografía La Buenos Aires.
- 1926. La fuga del espíritu. *Biblos* 11: 221-225, Buenos Aires.
- 1992. *Calchaquí*. Reedición conjunta de: "Calchaquí" (1897); Petroglifos y pictografías calchaquíes" (1931); y "Folklore calchaquí" (1929). Buenos Aires: TEA Ediciones.
- REICHEL-DOLMATOFF, G., 1988. *Orfebrería y chamanismo. Un estudio iconográfico del Museo del Oro*. Medellín: Editorial Colina.
- REYNOSO, A., 2003. Arqueoastronomía en Rincón Chico (Catamarca, Argentina). Monumentos del tiempo, monumentos del encuentro en el valle de Yocavil. *Anales* 6: 127-161, Göteborg.
- RICE, P., 1987. *Pottery analysis: A sourcebook*. Chicago: The University of Chicago Press.
- RYDÉN, S., 1944. Contributions to the archaeology of the Rio Loa Region. Göteborg: Elanders Boktryckeri Aktiebolag.

- SEGRE, C., 1985. *Principios de análisis del texto literario*. Barcelona: Editorial Crítica.
- STEIMBERG, O., 1993. *Semiótica de los medios masivos*. Buenos Aires: Editorial Atuel.
- SWENSON, E., 2003. Cities of violence. *Journal of Social Archaeology* 3 (2): 256-296, Oxford.
- TARRAGÓ, M., 1999. Las sociedades del Sureste Andino. En *Historia General de América Latina, Vol. 1, Las sociedades originarias*, UNESCO, Ed., pp. 465-480. México: Trotta Editorial.
- 2000. Chacras y pukara. Desarrollos sociales tardíos. En *Nueva historia argentina*, Vol. 1, M. Tarragó, Ed., pp. 257-300. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- TARRAGÓ, M. & L. GONZÁLEZ, 2004. Arquitectura social y ceremonial en Yocavil, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* 29: 297-316, Buenos Aires.
- TARRAGÓ, M.; L. GONZÁLEZ & J. NASTRI, 1997. Las interacciones prehispánicas a través del estilo: el caso de la iconografía santamariana. *Estudios Atacameños* 14: 223-242, San Pedro de Atacama.
- VELANDIA JAGUA, C., 2005. *Iconografía funeraria en la cultura Santa María, Argentina*. Ibagué: Universidad de Tolima.
- VIVEIROS DE CASTRO, E., 2005. Chamanismo y sacrificio: un comentario amazónico. En *Chamanismo y sacrificio. Perspectivas arqueológicas y etnológicas en sociedades indígenas de América del Sur*, J. P. Chaumeil, R. Pineda Camacho & J. F. Bouchard, Eds., pp. 335-347. Bogotá: Banco de la República - Instituto Francés de Estudios Andinos.
- WEBER, R., 1978. A seriation of the late prehistoric Santa Maria culture of Northwestern Argentina. *Fieldiana Anthropology* 68: 49-98, Chicago.
- 1981. An analysis of Santa Maria urn painting and its cultural implications. *Fieldiana Anthropology* 2: 1-32, Chicago.

TARAPACÁ EN ATACAMA. ARTE RUPESTRE Y RELACIONES INTERSOCIETALES ENTRE EL 900 Y 1450 DC

TARAPACÁ IN ATACAMA. ROCK ART AND INTERSOCIETAL RELATIONSHIPS
 BETWEEN AD 900 AND 1450

GONZALO E. PIMENTEL &
 INDIRA MONTT S.*

En este artículo se explora la presencia tarapaqueña en Atacama durante el Período Intermedio Tardío, sistematizando la información procedente de cementerios y asentamientos e integrándola con el registro de representaciones rupestres de figuras antropomorfas con vestimenta trapezoidal como indicador de dicha presencia. Tomando como marco la teoría social, se discuten los tipos de ocupación que mantuvo Tarapacá en Atacama, así como la naturaleza de estas relaciones intersociales en el área del Loa.

Palabras clave: arte rupestre, interacción social, Tarapacá y Atacama, Período Intermedio Tardío

This paper explores the Tarapacan presence in Atacama during the Late Intermediate Period, relying on systematized evidence from cemeteries and settlements, and a registry of anthropomorphic rock art figures depicted with the culture's characteristic trapezoidal apparel. In the framework of the social theory, the authors discuss the types of occupation that Tarapacá had in Atacama, and the nature of the group's intersocietal relationships in the Loa River area.

Key words: rock art, social interaction, Tarapacá and Atacama, Late Intermediate Period

Las regiones que en el presente reciben el nombre de Tarapacá y Antofagasta, en el norte de Chile, están separadas por una franja de desierto absoluto, con recursos limitados y asentamientos prehispánicos discontinuos caracterizando una de las áreas menos pobladas del actual territorio nacional (fig. 1). Se trata de un espacio donde la dispersión de antiguos centros poblacionales parece corresponderse con la conformación de identidades socialmente diferenciadas en el pasado (Agüero 1998; Agüero et al. 1997, 1999; Agüero & Cases 2000).

Sabemos que esta área intermedia yerma no fue en ningún caso impedimento para el flujo social de todo tipo entre poblaciones tarapaqueñas y atacameñas (Núñez 1976, 1985; Núñez & Dillehay 1995 [1979]). Desde el Período Formativo (1000 AC - 500 DC) (Muñoz 1989), ambas regiones sostuvieron activos grados de interacción (Núñez & Dillehay 1995 [1979]). Compartieron un modo de producción pastoril y agrícola a pequeña escala, construyeron asentamientos estables con aldeas de recintos aglomerados de forma circular, como es el caso de los sitios de Guatacondo y Túlcor, iniciándose una intensificación de la metalurgia, de la textilera y de la explotación maderera sin antecedentes previos en la historia de ambas regiones. La presencia de bienes foráneos a cada zona, procedentes de una u otra de estas regiones, da cuenta de un contacto sostenido, que se remonta al menos a esta época (p. e., Meighan 1979; Muñoz 1989; Llagostera 1996; Agüero et al. 2006). Sin duda, este proceso no sólo continuó en los períodos

* Gonzalo E. Pimentel & Indira Montt S., Universidad Católica del Norte, Calle Gustavo Le Paige 380, San Pedro de Atacama, II Región, Chile, email: gpimentel@ucn.cl, imontt@ucn.cl

tardíos, sino que existió un mayor incremento, profundización y contraste en estas relaciones, situación que nos proponemos abordar en este trabajo.

El estudio sobre la interacción entre ambas regiones se ha generado, salvo excepciones (Agüero et al. 1997), a partir de la identificación y análisis de bienes exóticos al área, siendo mínimos los avances en torno a una perspectiva relacional sobre la interacción, vale decir, sobre los tipos de ocupación efectiva que tuvo la presencia tarapaqueña en Atacama. Así, a diferencia de lo que sucede con las relaciones altitudinales altiplano-valles-costa –las cuales se han sistematizado en modelos como la verticalidad de Murra (1972), o la complementación económica a través del tráfico caravanero (Núñez 1984)– se sabe poco acerca de las dinámicas en un sentido longitudinal, como es el grado de interacción entre Atacama y Tarapacá, entendidas ambas como unidades culturales integradas por sujetos o agentes que comparten, en cada caso, una misma identidad material.

Desde esta perspectiva, en el presente ensayo nos proponemos explorar, junto al contexto socioeconómico, las evidencias de bienes e iconografías que dan cuenta de la presencia tarapaqueña en la región de Atacama, desde los inicios del siglo X hasta el arribo del imperio inkaico, discutiendo los tipos de ocupación que involucró dicha presencia, así como el tipo de relaciones sociales que sostuvieron ambas unidades culturales.

CONTEXTO SOCIOECONÓMICO E INTERACCIÓN INTERSOCIETAL

El Período Intermedio Tardío (*ca.* 900-1450 DC) constituye una etapa de importantes cambios en la escala productiva, política y social, que comprometieron todo el espectro de los Andes Centro Sur. Existieron importantes procesos de fusión de comunidades en las tierras medias y altas que se relocalizaron en nuevos asentamientos, vislumbrándose una reorientación de los centros poblacionales para privilegiar asentamientos nucleares dispuestos en puntos estratégicos del paisaje, con alta visibilidad del entorno y, en general, de difícil acceso. El caso de los poblados de Turi, Quítor, Vilama y Lasana en Atacama, y de Chusmiza, Jamajuga y Pukarqollo en Tarapacá, entre otros, es representativo de este fenómeno que tendría su explicación en los extensivos conflictos interregionales que acaecieron con la desaparición de la influencia del estado tiwanakota y con el advenimiento de condiciones de extrema aridez en los Andes (Schiappacasse et al. 1989; Nielsen 2001; Berenguer 2004, 2008).

A nivel general, se trata de poblaciones prepuneñas y piemontanas con una economía pastoril y agrícola, siendo en este último ámbito donde efectivamente se produjo un cambio tecnológico sustantivo con respecto a los períodos anteriores (Schiappacasse et al. 1989). La introducción de nuevas instalaciones y técnicas agrohidráulicas, tendientes a optimizar la irrigación, permitieron tanto un aumento de las tierras agrícolas como una mayor intensificación productiva, hecho que se manifiesta en toda su magnitud en ciertas áreas de la vertiente occidental de la Subárea Circumpuneña, como Caspana y Toconce (Aldunate & Castro 1981; Adán & Uribe 1995). El proceso de relocalización de las poblaciones y la intensificación de la escala productiva agrícola coincide a su vez con una etapa de marcada regionalización de la cultura material, la que funcionó como sistema efectivo de diferenciación intersocietal. En Atacama, tanto la cuenca del Loa como la cuenca del salar de Atacama participaron de una misma identidad material que se refleja en componentes cerámicos y textiles similares, como es el caso de las túnicas cuadradas y rectangulares (Uribe 2002; Agüero 2007). Lo mismo acontece con el Complejo Pica-Tarapacá, donde se identifican igualmente componentes cerámicos propios y túnicas semitrapezoidales con orillas de urdimbre curva que surgirían originalmente en esta región (Núñez 1965a; Agüero 2007; Uribe et al. 2007).

Políticamente, todo esto debió suponer algún nivel de centralización o al menos el surgimiento de liderazgos más institucionalizados capaces de planificar, coordinar y mantener en el tiempo el sistema productivo y social establecido. Bajo qué sistema político ocurrió todo esto, es un tema sobre el cual no hay total acuerdo, existiendo distintos enfoques que se pueden sintetizar en dos tipos de perspectivas. Tradicionalmente se atribuyeron a esta época sociedades de rango (Schiappacasse et al. 1989) o jefaturas/señoríos (Núñez 1984), que describen sociedades excluyentes con altos grados de desigualdad y élites que poseían un control total de las decisiones políticas y de los recursos económicos, incluyendo el tráfico caravanero y especialmente la redistribución de los bienes de prestigio. Pero recientemente, en oposición al modelo anterior, se ha propuesto que este tipo de sociedades se ajusta más al modo segmentario (Albarraacín-Jordán 1997) o a sociedades corporativas (Nielsen 2006, 2007), con sistemas organizativos inclusivos, un control colectivo de los recursos y bajos niveles de desigualdad. Más allá de estas categorías –que no son materia a discutir en este trabajo– existe consenso de que estamos ante una época, en los Andes Centro Sur, donde se generaron importantes procesos de fusión de comunidades en un contexto de extendidos conflictos sociales.

Dichas pugnas parecen ser la razón de que las redes de interacción con Atacama sufriesen cambios sustantivos con respecto al período anterior. Por un lado, se constata un acortamiento de las relaciones a larga distancia, desapareciendo del registro las evidencias de bienes procedentes de la Subárea Circumtiticaca y de la Subárea Valliserrana —extremos septentrional y meridional, respectivamente— con las que interactuó el área atacameña en el Período Medio (Núñez & Dillehay 1995 [1979]; Uribe & Agüero 2001; Berenguer 2004). Por otra parte, se observa una intensificación en el uso de las principales vías de comunicación circumpuneña (Nielsen 1997; Pimentel et al. 2007), con claros nexos entre Atacama y el altiplano meridional, el área Yavi Chicha del Noroeste Argentino y el altiplano suroeste boliviano, la costa Pacífica y Tarapacá (Núñez 1992; Berenguer 2004). Con estas áreas inmediatamente transfronterizas, en definitiva, se mantuvo tradicionalmente el contacto.

En lo que respecta a Tarapacá, un caso particularmente notable es el que se describe para la localidad de Quillagua, donde se ha planteado la coexistencia del sistema Pica-Tarapacá y Atacama (fig. 1) (Núñez 1984; Agüero 1998; Agüero & Cases 2000; Agüero et al. 1997, 1999). Asentados en Aldea La Capilla y con entierros en los cementerios Poniente, Oriente Bajo y Alto, la información da cuenta de una importante diversidad de

bienes procedentes de Arica, Tarapacá, altiplano meridional y la propia Atacama (Cervellino & Téllez 1980; Gallardo et al. 1993; Agüero et al. 1997; Uribe 2002). A partir de los datos textiles procedentes de los contextos mortuorios, se piensa que en la etapa más temprana del período los cementerios Oriente y Poniente fueron ocupados principalmente por poblaciones atacameñas, y se encuentran asociados, aunque con mínima presencia, con evidencias tarapaqueñas. Posteriormente, a lo largo de la primera mitad del período, se observa una mayor intromisión de la población tarapaqueña en el Oriente, la que habría motivado un relativo abandono del cementerio Poniente por los grupos atacameños para disputar simbólicamente el espacio Oriente. Lo anterior se vería reflejado en el caso del cementerio Oriente Alto, donde se identifica un predominio de la vestimenta atacameña. Finalmente, en la etapa más tardía del período el cementerio Poniente vuelve a ser ocupado intensamente, mostrando ahora un componente nuevamente atacameño. Otro hecho interesante que sucede en Quillagua es la creación de estilos textiles locales que conjugaron elementos de síntesis entre la tradición atacameña y tarapaqueña, lo que daría cuenta de estrategias intermedias de negociación intercultural (Agüero et al. 1997; Agüero 2007).

La presencia de artefactos muebles de filiación tarapaqueña en Atacama también se reconoce en Chacance,



Figura 1. Mapa con las localidades y sitios referidos en el texto.

Figure 1. Map presenting the localities and sites referred to in the text.

con evidencias de textiles y alfarería originarias de dicha área (Uribe 2002; Agüero 2007). A diferencia de Quillagua, aquí existe un predominio de la vestimenta tarapaqueña (Agüero 2007), aunque las bolsas son fundamentalmente del componente Loa-San Pedro (Cases 2007) y en lo que se refiere a la cerámica se observa una preponderancia de la alfarería atacameña (Uribe 2002). Si bien Agüero (2007: 143) postula a Chacance como el límite meridional del Complejo Pica-Tarapacá, a nuestro entender el contexto multicultural de este sitio denota un carácter más complejo que, a partir de los artefactos, no permite concluir taxativamente a cuál sistema cultural perteneció la población allí asentada.

Lo claro es que a medida que nos alejamos desde Quillagua o Chacance hacia las partes altas de Atacama, las evidencias tarapaqueñas empiezan a declinar o definitivamente desaparecen. El Alto Loa funcionó como corredor natural para las conexiones entre Tarapacá y Atacama; así, se reconocen materiales cerámicos tarapaqueños en sitios como SBa-45 con proporciones importantes (alrededor de un 50% de la muestra) y con presencia mínima en SBa-119, el caserío SBa-41 y en Quinchamale (Ayala & Uribe 1995; Cáceres & Berenguer 1996; Berenguer 2004, 2008). Las otras evidencias tarapaqueñas se encuentran en Calama, Chiu-Chiu y Lasana (véase p. e., Latcham 1938; Rydén 1944), pero parecen ser casos de muy baja frecuencia, ya que lo local ostentaría mayor presencia (Uribe 2002). De hecho, a partir de la recolección superficial y el análisis de la alfarería del Pukara de Lasana no se observaron restos de cerámica tarapaqueña (Ayala & Uribe 1995), mientras que en Chiu-Chiu se identificó un solo ejemplar de una túnica de factura tarapaqueña (Agüero 2007), lo que indica más bien la excepcionalidad de la presencia de bienes tarapaqueños en estos poblados atacameños.¹ Este déficit de indicadores tarapaqueños en cotas más altas se hace más evidente en la cuenca del salar de Atacama y en la Subregión del río Salado, ya que en sitios de San Pedro y Caspana no se han consignado materiales cerámicos provenientes de Tarapacá (Ayala & Uribe 1997 Ms; Uribe 2002).

En síntesis, a partir de estos antecedentes los datos muestran que Atacama mantuvo contactos con Tarapacá en distintos niveles de interacción, que podríamos denominar de una mayor intensidad relacional con Quillagua y Chacance, una intensidad media con Chiu-Chiu, Lasana y Calama y una vinculación nula con el salar de Atacama y la Subregión del río Salado. A continuación, pasamos a evaluar el grado de interacción entre estas dos regiones pero ahora desde el registro rupestre.

ARTE RUPESTRE TARAPAQUEÑO EN ATACAMA

Una situación de gran interés es la que plantea el arte rupestre del período, puesto que frente a la existencia de un evidente proceso de diferenciación cultural e interregional expresado en la alfarería, textiles y otros elementos distintivos de unidades sociales, el arte rupestre muestra, paradójicamente, ciertos elementos de gran uniformidad macrorregional como sucede con la simplificación y esquematización formal de los camélidos. Si bien no sabemos con certeza el origen de este tipo de representaciones —específicamente si se inician en el Período Intermedio Tardío (Berenguer 2004) o en el Período Inka (Gallardo et al. 1999)— las distintas asociaciones y dataciones contextuales realizadas en el Alto Loa por Berenguer (2004: 436-443) constituyen elementos que permiten pensar que surgieron alrededor del 900 DC, continuando como sistema de representación en pleno período inkaico hasta la llegada de los españoles. De hecho, si algo queda claro es que este mismo esquema visual fue ocupado en las primeras épocas de la Colonia (Gallardo et al. 1990), con lo que se despeja cualquier duda sobre su contemporaneidad con los tiempos inkaicos, pero no respecto a su origen.

En Atacama predominan los grabados, aunque no faltan las pinturas y los geoglifos, concentrados en el Alto Loa y Loa Inferior, respectivamente. Por primera vez en el arte rupestre de la región se observa un protagonismo de la figura humana por sobre la de los camélidos, lo cual se corresponde con los nuevos tiempos en que se enfatizan relaciones dadas entre unidades sociales por sobre las establecidas entre el hombre y los animales domésticos. Así, mientras los camélidos se esquematizan y se reducen en tamaño, las figuras antropomorfas adquieren alta visibilidad, grandes dimensiones y mayor inversión técnica y formal, incorporando en su construcción atuendos formales (tocados y vestimenta), junto a una hibridación con objetos vinculados con el poder, el conflicto o la distinción social (p. e., hachas). Este fenómeno se ve claramente expresado en el Noroeste Argentino, Alto Loa, Loa Inferior y la cuenca del salar de Atacama (Aschero 2000; Berenguer 2004, 2008; Montt 2005; Pimentel 2006).

Las evidencias de arte rupestre tarapaqueño del período en Atacama han sido principalmente adscritas a los geoglifos que se concentran en el Loa Inferior y en el sector de Chug-Chug, una serranía ubicada en la Cordillera del Medio, en pleno desierto absoluto (véase fig. 1). Desde los trabajos de Núñez (1976), se sabe que el fenómeno de los geoglifos en Chile es característico de Arica y Tarapacá, encontrándose los

últimos vestigios meridionales en la Provincia El Loa, concentrados coherentemente en aquellas áreas con mayores rastros tarapaqueños. Así, los geoglifos están ausentes en la cuenca del salar de Atacama, Loa Medio y Loa Superior, salvo el hallazgo aislado de un ejemplar en esta última subregión (Berenguer 2004: 379). Si bien no existen análisis detallados sobre el grado de similitud y diferencia entre las manifestaciones de la región atacameña con aquellas vecinas de Tarapacá, la repetición de elementos icónicos como rombos escalerados, círculos concéntricos y lagartos, entre otros, se ha considerado para integrarlas dentro del Estilo Pintados de tradición tarapaqueña (Briones 2005).

Por su parte, las representaciones rupestres en grabados y pinturas en Tarapacá poseen características propias en cuanto a composición e iconografía, que permiten distinguirlas de la tradición tardía atacameña. Rasgos escasamente identificados en Atacama y que parecen ser propios de Tarapacá son las figuras enfrentadas, la representación abundante de aves y las figuras humanas de perfil, con cuerpos y piernas flectadas. Sitios como Tarapacá-47 y Tamentica dan cuenta de ello (Núñez 1965b; Tolosa 1967; Núñez & Briones 1968). No obstante, dado que son contadas las descripciones sobre el

arte rupestre tarapaqueño y no es nuestro propósito en este artículo definir las características intrínsecas de tales manifestaciones, nos basaremos en un indicador más fiable para la identificación del arte rupestre de Tarapacá en Atacama del período: el caso de las figuras humanas representadas con vestimenta trapezoidal.

Tal como se vio anteriormente, a partir de los análisis textiles de Agüero (1998, 2007) se ha podido establecer que para el Período Intermedio Tardío la vestimenta en Atacama fue de forma cuadrangular o rectangular, mientras que, durante la misma época, en Tarapacá se popularizó la vestimenta semitrapezoidal con orillas de urdimbre curva y recta. Se ha establecido que el arte rupestre en Tarapacá incorporó estos elementos en la construcción de la figura humana, tal como se aprecia en el sitio Pachica (Agüero 2007: 135 y 139) y en Jamajuga (Vilches & Cabello 2006 Ms). A partir de nuestras observaciones en terreno, detectamos esta vestimenta en el campo de geoglifos de Pintados y en Tarapacá-47 (fig. 2). De esta manera, su identificación en Atacama es un indicador distintivo de representaciones tarapaqueñas, constituyendo así un rasgo formal de interacción y de la presencia de estas poblaciones en Atacama. Siguiendo estas premisas, pasamos a caracterizar la distribución,



Figura 2. Geoglifos de Pintados. En el centro, personaje con vestimenta trapezoidal curva.

Figure 2. Pintados geoglyphs. Center, figure wearing trapezoidal garment with a curved border.

las técnicas y el tipo de contexto en que se encuentran estas representaciones antropomorfas con vestimenta trapezoidal en el área atacameña.

Figuras humanas tarapaqueñas y contextos

Las figuras humanas con representación de vestimenta trapezoidal se registran en los tres tipos de técnicas rupestres: en geoglifos, pinturas y grabados; sin embargo, es en el primer tipo de técnica donde están mayormente representadas, con cinco sitios. Dos de ellos se ubican en el sector de La Encañada (La Encañada y La Encañada Sur) —a unos ocho kilómetros al sur de la localidad de Quillagua y en asociación a las antiguas vías caravaneras que conectaban esta localidad con Tocopilla y el Loa Medio— dispuestos en puntos visuales relevantes del paisaje que marcaron la entrada y salida del poblado. En el sitio La Encañada, y en relación a motivos de lagartos, camélidos, rombos escalerados y otras figuras geométricas, se observan dos antropomorfos con representaciones de vestimentas trapezoidales. Tal como se puede apreciar en la figura 3, por sus grandes dimensiones, preponderancia en la composición y alta visibilidad, destaca un personaje de túnica trapezoidal recta y tocado trapezoidal portando en su brazo derecho un objeto alargado que supera el tamaño de su cuerpo. En su brazo izquierdo se observa un objeto de forma

levemente sinuosa, para el cual no es posible asignar una funcionalidad. A unos escasos metros al sur de dicho panel se registra otra figura con túnica trapezoidal pero esta vez de forma curva. A diferencia del motivo anterior, su tamaño es bastante menor y la vestimenta cuenta con un diseño circular en su interior realizado por técnica aditiva. El personaje además porta un tocado semilunar y una lanza de la que se desprende en su parte superior un apéndice que parece representar un hacha.

Unos cientos de metros más al sur se encuentra otro panel con tres motivos antropomorfos, dos camélidos, un círculo concéntrico y una figura geométrica compuesta (fig. 4). Aquí nos interesa la figura humana más pequeña, que cuenta con una túnica trapezoidal curva y un tocado semilunar, nuevamente de dimensiones bastante menores, lo que se hace más evidente al estar entre dos antropomorfos con túnica rectangular y cuadrada, uno de ellos portando un hacha de gran tamaño.

Distanciado ahora unos kilómetros al sur, en la ladera de un pequeño cerro aislado, se emplaza el sitio La Encañada Sur. Tal como se observa en la figura 5, es uno de los paneles con mayor abundancia de motivos del sector, con presencia de líneas verticales, cruces, camélidos de dos y cuatro patas, figuras zoomorfas no identificadas y tres figuras humanas. Dos de ellas, las de mayores dimensiones, poseen túnicas trapezoidales y solamente en una se identifica un tocado semilunar.



Figura 3. Geoglifos de La Encañada. A la derecha, personaje con vestimenta trapezoidal y a la izquierda, antropomorfo con vestimenta de orilla inferior curva (foto J. Blanco).

Figure 3. La Encañada geoglyphs. Right, figure wearing trapezoidal garment. Left, anthropomorph with a garment featuring a curved lower border (photograph by J. Blanco).



Figura 4. Geoglifos de La Encañada. Motivos antropomorfos, uno de ellos con túnica trapezoidal de borde curvo y tocado semilunar (foto J. Blanco).

Figure 4. La Encañada geoglyphs. Anthropomorph motifs, one wearing a trapezoidal tunic with a curved lower border and a half-moon beaddress (photograph by J. Blanco).

Otro ejemplar se encuentra en el sitio Santa Fe Oeste referenciado por Briones y Castellón (2005: 28-29), donde se puede apreciar la presencia de una figura antropomorfa con vestimenta trapezoidal recta y tocado trapezoidal.

Orientada al sureste y adentrándose en las planicies desérticas de Pampa Joya, existe una ruta caravanera que se proyecta hacia la Cordillera del Medio en dirección a la quebrada de Chug-Chug. Justo en la entrada a esta nueva geomorfología se emplaza el sitio Abra de Chug-Chug, que fue un lugar altamente ritualizado en tiempos prehispánicos tardíos a juzgar por la importante cantidad de partículas de mineral de cobre, cerámica “matada”, ofrendas líticas y otros materiales asociados a pequeñas estructuras socavadas (fig. 6). En este contexto, se elaboraron geoglifos aislados de círculos concéntricos y rombos escalerados, destacando una única figura humana con túnica trapezoidal recta y tocado semilunar que se dispuso en un sector de baja visibilidad, en la parte baja de una pequeña ladera (fig. 7). Constituye un caso excepcional en cuanto se realizó con una técnica mixta en la cual la figura es lograda por la acumulación

de gravillas que definen su contorno, mientras que el fondo queda despejado produciendo un marco que encierra al motivo.

Esta ruta prehispánica continúa hacia el este por la quebrada de Chug-Chug, luego pasa por la aguada homónima para conectar en unos escasos kilómetros con la serranía y geoglifos de Chug-Chug. Junto al sitio La Encañada, este sector concentra las más importantes evidencias de geoglifos en la región, reúne la mayor cantidad de figuras humanas y muestra la mayor diversidad en cuanto a técnicas y tipos de atuendo. Corresponde a un conjunto de más de 450 figuras donde se representaron círculos simples, círculos concéntricos, rombos escalerados, figuras geométricas abstractas, balseros, motivos ornitomorfos, camélidos y lagartos, entre otros (Briones & Castellón 2005). En el caso de las representaciones antropomorfas con rasgos tarapaqueños, se reconocieron tres figuras de idénticas características con túnicas trapezoidales rectas y tocado trapezoidal, de dimensiones muy similares entre ellas y que no contrastan mayormente en cuanto al tamaño con los otros motivos asociados (fig. 8). Serán éstas,



Figura 5. Geoglifos de La Encañada Sur. Figuras antropomorfas con vestimentas trapezoidales (foto J. Blanco).

Figure 5. La Encañada Sur geoglyphs. Anthropomorphic figures with trapezoidal apparel (photograph by J. Blanco).



Figura 6. Abra Chug-Chug. Contexto de ruta caravanera (derecha) y geoglifo de figura humana con túnica trapezoidal (centro) y espacios rituales (foto F. Rovano).

Figure 6. Chug-Chug gorge. Context of caravan route (right) and geoglyph of human figure with trapezoidal tunic (center) and ritual spaces (photograph by F. Rovano).



Figura 7. Abra Chug-Chug. Detalle de la figura antropomorfa referida en la figura 6.

Figure 7. Chug-Chug gorge. Detail of anthropomorphic figure in figure 6.

hacia el oriente, las últimas evidencias de geoglifos con motivos antropomorfos que portan túnicas trapezoidales. Más específicamente, es en este sector donde los geoglifos empiezan a desaparecer en relación a esta vía, no registrándose otras manifestaciones de este tipo

en los siguientes 30 km faltantes para conectar con el oasis de Calama.

Por su parte, Berenguer (1999, 2004) nota evidencias de pinturas con representación de túnicas tarapaqueñas en las pinturas de SBa-110, Alto Loa, y Montt (2005) en



Figura 8. Geoglifos de Chug-Chug. Tres motivos antropomorfos con vestimenta trapezoidal.
 Figure 8. Chug-Chug geoglyphs. Three anthropomorph motifs with trapezoidal attire.

el sitio con grabados de Calartoco en el Loa Inferior. A esto se agregan los sitios de pintura de Yalquincha y San Salvador-1 en el río homónimo.² El sitio de Calartoco se ubica directamente al este del sector La Encañada. Se trata de más de una decena de bloques aislados, los cuales fueron removidos y cercados para la creación de un museo de sitio, por lo que se desconoce su emplazamiento original y sus asociaciones contextuales. Corresponden únicamente a grabados, dentro de los cuales se observa una figura humana ataviada con vestimenta trapezoidal recta y tocado semilunar (Montt 2005). Por su parte, el alero de SBa-110 ha sido descrito por Berenguer (2004) como una estación caravanera (*jara*), a la cual se le asocia una importante presencia de grabados y pinturas que aludirían a distintos estilos y períodos. Entre las imágenes pintadas destacan los tres personajes con túnicas trapezoidales rectas y polícromas referidos por Berenguer (1999, 2004) a los que se les relacionan otros dos antropomorfos que han sido descritos como “escutiformes” o personificaciones de hachas.³ En dos de los antropomorfos con túnicas tarapaqueñas se constata

la presencia de diseños con círculos concéntricos en su interior (figs. 9 y 10) –lo cual ya había sido visualizado por Berenguer (1999: 45)–, mientras que el otro no posee diseño alguno y en un solo caso se consigna un tocado que al parecer se trataría de un casco (Berenguer 1999, 2004). Un dato interesante es el que aporta Montt (2005: 95) al relacionar los diseños de círculos con el referente de las túnicas teñidas por amarre que son propias de la industria textil tarapaqueña del Período Intermedio Tardío (Agüero 1998), lo que, por otra vía, no hace más que confirmar la adscripción de estas representaciones al Complejo Pica-Tarapacá.

El alero de Yalquincha se ubica a escasos kilómetros al norte de Calama, en el borde poniente del río Loa (fig. 11). Es un sector muy disturbado dada su cercanía a la ciudad con gran cantidad de basuras, quemaduras y rayados recientes que han afectado gravemente la conservación del asentamiento. No se observaron materiales asociados, por lo que aparentemente corresponde a un sitio exclusivo de pinturas con una importante presencia de figuras humanas pintadas en negro, rojo y blanco,



Figura 9. Pinturas del sitio Santa Bárbara-110 (h = 72 cm), correspondiente a antropomorfo con túnica trapezoidal, tal como fuera planteado por Berenguer (1999: 45).

Figure 9. Paintings (h = 72 cm) at the Santa Bárbara-110 site, depicting anthropomorph wearing a trapezoidal tunic—as was first stated by Berenguer (1999: 45).



Figuras 10. Pintura del sitio Santa Bárbara-110, correspondiente a antropomorfo con túnica trapezoidal y tocado con forma de casco (h = 74 cm).

Figure 10. Painting of anthropomorph with a trapezoidal tunic and helmet-shaped beaddress (h = 74 cm) at the Santa Bárbara-110 site.

aunque no se descarta que puedan existir ocupaciones subsuperficiales. Las mayores evidencias corresponden a túnicas rectangulares o cuadradas, sin embargo, también se reconoce una figura monocroma negra que posee una túnica trapezoidal de orilla curva y tocado semilunar (fig. 12), que constituye el único ejemplar



Figura 11. Vista del alero de Yalquincha.

Figure 11. View of the Yalquincha rock shelter.

rupestre reconocido para este tipo de vestimenta fuera del Loa Inferior. En tanto, el sitio San Salvador-1 se ubica en ladera sur del río San Salvador, aproximadamente a unos 2 km aguas abajo desde la confluencia del río con la Quebrada de Opache. Sin asociación directa a estructuras u otros rasgos, corresponde a un gran bloque que posee principalmente pinturas policromas en rojo, blanco y negro, junto a escasos grabados. Se compone básicamente de escenas de grupos humanos que portan tobilleras, vestimenta, tocados diferenciados y un objeto sin referente conocido que se simboliza con un haz de líneas de color blanco y rojo en las puntas. Recuerda a los emplumados del Alero Media Agua en el Noroeste Argentino, datados en el Formativo Tardío (Hernández 2001: 70, fig. 6), pero solamente en este aspecto, puesto que no guarda relación alguna en cuanto a la construcción formal de la figura humana. De los sitios referenciados es, sin duda, el que concentra el mayor nivel de detalle y variabilidad en este tipo de representación. Se pueden distinguir tres unidades de representación: 1) antropomorfos con túnica rectangular y tocado trapezoidal, 2) antropomorfos con túnica rectangular y trapezoidal invertido con tocado tumiforme y 3) antropomorfos con túnica trapezoidal recta y tocado trapezoidal doble (figs. 13, 14 y 15, respectivamente). La marcada homogeneidad en los atuendos da cuenta de la recreación de identidades sociales que aludirían a la diferenciación de colectividades mayores, como podría ser justamente la distinción entre atacameños y tarapaqueños. Dada la relación de estos dos sitios con áreas potenciales de pastoreo, por ahora no permite asegurar que respondan a representaciones vinculadas exclusivamente al tráfico. No obstante, a juzgar por la ausencia de estructuras u otras evidencias de carácter habitacional, se sugiere que se trata de imágenes producidas en contextos de tránsito interregional.



Figura 12. Pintura del sitio Yalquincha. Motivo antropomorfo con túnica trapezoidal ($h = 18$ cm).

Figure 12. Painting at the Yalquincha site. Anthropomorph motif with trapezoidal tunic ($h = 18$ cm).

En suma, a partir del registro de las figuras humanas con túnicas trapezoidales ($n = 18$) hemos podido observar que su presencia se dio principalmente en geoglifos ($n = 10$), luego en pinturas ($n = 7$) y un solo caso en grabado, lo cual nos ilustra que efectivamente son los geoglifos y las pinturas las manifestaciones rupestres más conspicuas del Complejo Pica-Tarapacá en Atacama. Las figuras tarapaqueñas delatan también una sugerente diversidad en cuanto a sus atributos formales. De las túnicas destacan claramente aquellas trapezoidales rectas ($n = 15$), aunque también se registraron tres casos con orillas curvas que se asocian exclusivamente con tocados semilunares. En cambio, es en los tocados donde se expresan más cabalmente estas diferencias. Con la excepción de tres motivos que no mostraron tocados con total visibilidad, se constató la representación de tocados semilunares ($n = 6$), trapezoidales ($n = 5$), trapezoidal doble ($n = 3$) y con forma de casco ($n = 1$), dando cuenta de una mayor variabilidad al interior de las figuras tarapaqueñas, que nos habla de eventuales distinciones intrasociales o bien temporales, que habrá que seguir explorando en futuros trabajos.

DISCUSIÓN

La sistematización de la información disponible sobre el Período Intermedio Tardío, en lo que se refiere tanto al registro artefactual como al arte rupestre, aporta una perspectiva más integral en los procesos de interacción intersocietal, permitiéndonos modelar un panorama actualizado sobre la presencia tarapaqueña en Atacama.

Entendiendo la interacción como el movimiento de personas y el intercambio de objetos e información que circula de mano en mano y de grupo en grupo (Renfrew 1984; Odess 1998), su estudio busca especificar la estructura de las redes mediante las cuales los bienes cobran movimiento, la manera mediante la cual el intercambio se articula con formaciones económicas y políticas (en especial su injerencia sobre los procesos de producción, consumo y distribución) y, por último, las condiciones bajo las cuales estas relaciones sistémicas varían e inciden en las sociedades particulares y en la red en general (Schortman & Urban 2000). Siguiendo estas nociones, nos propusimos investigar la interacción entre Tarapacá y Atacama, a partir del análisis de tres tipos de ámbitos sociales, esto es, los artefactos como representantes del intercambio de objetos, las imágenes rupestres como indicadores de la esfera de las ideas y



Figura 13. Pinturas del sitio San Salvador-1. Personajes antropomorfos con túnica rectangular y tocado trapezoidal (h máx. = 20 cm).
 Figure 13. Paintings at the San Salvador-1 site. Anthropomorphic figures with rectangular tunics and trapezoidal headdresses (h max. = 20 cm).

el espacio no como una entidad neutral o vacía sobre la cual se impone el paso humano y de bienes, sino como algo que se experimenta socialmente (Ingold 1993; Lazzari 1999).

Desde esta perspectiva, el espacio constituye un producto social, un paisaje que es modelado como un objeto denso en sí mismo, en el sentido de que no puede ser alienado de los cuerpos que lo habitan (Lazzari 1999, 2005) –sean estos humanos, animales o artefactuales– los que van configurando, desde sus propias biografías y trayectorias, diferentes tramas sociales (Appadurai 1991). En tanto las imágenes rupestres pertenecen al dominio del flujo de información e ideas, fijan en el espacio contenidos de alto valor comunicacional, político y simbólico. Así, cuando éstas conforman estilos, una práctica altamente pautada y normada, constituyen un recurso eficaz para expresar y delimitar identidades sociales, involucrándose abiertamente con la reproducción del sistema y el imaginario integrador de determinada colectividad social (p. e., Wobst 1977;

Sackett 1990; Gallardo 2005). En los casos que aquí revisamos, extienden la presencia de colectivos sociales e idearios ideológicos en emplazamientos no propiamente habitacionales o locales.

Un primer aspecto a puntualizar tiene relación con la distribución e intensidad de los indicadores materiales tarapaqueños en Atacama, constatándose que tanto los datos rupestres como aquellos provenientes de cementerios y asentamientos son totalmente coincidentes. En efecto, desde el arte rupestre se aprecia una importante concentración en el Loa Inferior y en Chug-Chug, esto es, en contextos directamente asociados a la movilidad de las poblaciones residentes en Quillagua que, como se ha planteado, es la localidad que agrupa las principales evidencias tarapaqueñas en la región. Esta coherencia se hace extensiva al Loa Medio y al Alto Loa, áreas donde Tarapacá debió desplegar algún tipo de contacto, pero de una intensidad notablemente menor en comparación con Quillagua. Asimismo, la ausencia de bienes tarapaqueños en la cuenca del salar de Atacama y en



Figura 14. Pinturas del sitio San Salvador-1. Personajes antropomorfos con túnica rectangular o trapezoidal invertida con tocado tumiforme (h máx. = 16 cm).

Figure 14. Paintings at the San Salvador-1 site. Anthropomorphic individuals with rectangular or inverted trapezoid tunics, and tumi-shape beaddresses (h max. = 16 cm).

la Subregión del río Salado, indica que esta región no tuvo aparentemente relaciones o contactos con dichos grupos locales.

A partir de lo anterior, podemos inferir que la presencia tarapaqueña en Atacama se estableció a partir de dos tipos de ocupación. Primero, una población estable y permanente que negoció simbólica y productivamente el uso del espacio de Quillagua ante las poblaciones atacameñas, constatándose una concurrencia intercultural densa. Segundo, y seguramente gravitando en relación a este núcleo de asentamiento que es Quillagua, se identifica una ocupación de desplazamiento, transitoria e intermitente en los ejes de movilidad interregional, la cual se expresó en una red de circulación orientada al Alto Loa, Loa Medio y Loa Inferior.

Cabe entonces hacerse la pregunta acerca del tipo de relaciones que mantuvo cada una de estas colectividades sociales en ambos tipos de contextos. A partir de la presencia tarapaqueña en Quillagua, la información, aunque parcial, tiende a desestimar la idea de un conflicto endémico entre ambas poblaciones (p. e., guerras,



Figura 15. Pinturas del sitio San Salvador-1. Personajes antropomorfos con túnica trapezoidal recta y tocado trapezoidal doble (h máx. = 15 cm).

Figure 15. Paintings at the San Salvador-1 site. Anthropomorphic figures with straight-trapezoid tunics and double-trapezoid beaddresses (h max. = 15 cm).

disputas armadas); de hecho, en Quillagua se señala la presencia de tarapaqueños y atacameños en distintos cementerios sincrónicos (Agüero et al. 1997). En cambio, el asentamiento para el período es sólo uno e incluso no se ubica en un lugar estratégicamente favorable para eventuales enfrentamientos y tampoco muestra evidencias de construcciones defensivas. Comparativamente, en la misma época, en la cuenca del salar de Atacama y en la Subregión del río Salado, la red interactiva decrece drásticamente y surgen asentamientos de carácter claramente defensivos (Schiappacasse et al. 1989; Núñez 1992). Al contrario, Quillagua aumenta la distancia interactiva y, a la vez, no se observa la construcción de poblados fortificados.

Frente a esto, es sugerente pensar que en Quillagua se compartió un mismo espacio habitacional en el poblado de La Capilla, quizás de manera diferencial en su interior, posibilidad que habrá que ampliar y evaluar. De la misma manera, las representaciones rupestres de antropomorfos tarapaqueños no muestran superposiciones u otras acciones que delaten la intención de supresión, lo cual sería otro indicador de eventuales conflictos. En este sentido, más que un encuentro violento —como se sugirió en algún momento (Agüero et al. 1997: 277)—, todo indica que, desde sus inicios, fue un encuentro negociado política y simbólicamente, en el cual cada parte insistió en mantener su propia y distintiva parafernalia material, sin ser cooptados culturalmente por el otro.

Mientras en lo local se disputó la identidad en bienes muebles como la vestimenta, en lo extralocal son las representaciones rupestres el soporte por excelencia para la manifestación de dichas distinciones interculturales. A diferencia de lo que muestran dis-

tintos poblados tarapaqueños del período, donde se observan imágenes rupestres insertas en los contextos habitacionales (Vilches & Cabello 2006 Ms), al interior del poblado de Quillagua no existe una sola imagen rupestre, lo que habla de que el despliegue rupestre estuvo orientado hacia fuera del asentamiento, quizás como parte de la propia negociación intercultural. Lo cierto es que las figuras antropomorfas tarapaqueñas en Atacama se representaron asociadas a contextos de movilidad intra e interregional, indicando que es allí donde las competencias simbólicas alcanzaron su mayor expresión y que las disputas pasaron por el control simbólico de los principales ejes de tránsito. Tal como se identifica en el Alto Loa, la diversidad de bienes primariamente atacameños, luego tarapaqueños y en menor medida del Noroeste Argentino y altiplano meridional (Berenguer 2004) sugiere que fue un área utilizada para el tránsito por distintos grupos culturales que conectaban los poblados atacameños con otras regiones. Que una de las principales concentraciones de arte rupestre en Atacama se encuentre en este corredor –zona que además posee una baja densidad poblacional que no explica la autoría de las innumerables representaciones (véase Berenguer 2004)– nos señala que es en estas áreas socialmente liminales y compartidas intergrupalmente donde se extendieron ampliamente los discursos visuales, magnificándose ahí los dispositivos de diferenciación entre las unidades sociales.

Para Atacama, esto demuestra una relación inversamente proporcional entre discursividad rupestre y concentración poblacional, siendo en los espacios deshabitados o escasamente ocupados donde se recrearon con mayor intensidad las competencias interregionales, por lo menos en cuanto al registro rupestre se refiere. Por otra parte, las grandes dimensiones y alta visibilidad de las figuras humanas como sucede con los geoglifos y en el caso de los antropomorfos del sitio Santa Bárbara-110 (véase Berenguer 1999), recuerdan el planteamiento de Wobst (1977), en cuanto fueron estratégicamente dispuestas para tener una mayor audiencia comunicativa, como mecanismo activo de distinción y pertenencia a determinadas colectividades sociales. De esta manera, se le imprime a este paisaje aparentemente “vacío” y de tránsito intermitente un estado de continuidad y permanencia social de lo tarapaqueño, que se logra a través de la perdurabilidad de la imagen inscrita. El artefacto visual se convierte así en sujeto social, en agente activo de las relaciones sociales; parafraseando a Lazzari (2005), se pone de manifiesto su propio poder para objetivar la presencia de otros lugares y personas, organizando el

paisaje social con un fuerte contenido identitario frente a los miembros de otras unidades sociales, quienes a través de estas intervenciones experimentan el espacio regional como compartido socialmente.

En suma, hemos propuesto que la presencia tarapaqueña en Atacama estuvo caracterizada por una cohabitación pacífica –aunque seguramente no exenta de tensiones– que se reflejaría tanto en las ocupaciones estables y permanentes en el Loa Inferior como en los ejes de movilidad internodal. No se observan síntomas de conflictos generalizados, contrariamente a lo que se identifica para la misma época en la mayor parte de los Andes Circumpuneños, denotando la particularidad del proceso interactivo en las cotas más bajas del desierto como es el caso de Quillagua. Por otra parte, un sostenido aumento en la intensidad del tráfico tarapaqueño en las tierras medias y bajas de Atacama se relaciona con un mayor despliegue de las competencias intersociales en los espacios de tránsito, donde el arte rupestre se incrementa, magnifica y estandariza, alcanzando gran protagonismo en los mecanismos relacionales de distinción e identificación social, en cuanto expresión y expansión de los contenidos ideales e imaginarios de las sociedades interactuantes, en este caso, de Tarapacá en Atacama.

RECONOCIMIENTOS Esta investigación fue posible gracias al Proyecto FONDECYT N° 1070083. Nuestra gratitud con los miembros del equipo: Francisco Gallardo, Bárbara Cases, Marcela Sepúlveda, Charles Rees, Bernardita Bráncoli, José Blanco, Magdalena de la Maza, Paz Casanova y los otros colegas que aportaron en el registro en terreno. Particularmente agradecemos a Osvaldo Rojas, Director del Museo de Historia Natural y Cultural del Desierto de Atacama, de Calama, por llevarnos generosamente al sitio de las pinturas de San Salvador. Finalmente, nuestro reconocimiento a los evaluadores anónimos, al Editor y a la Coeditora de esta revista por los valiosos comentarios y sugerencias realizadas al manuscrito.

NOTAS

¹ Las excavaciones de Max Uhle en Calama (1912) muestran la presencia de bienes tarapaqueños, como un casco de cestería con adorno de plumas y diseño de cruz cuadrada (véase Durán et al. 2000: 21, fig. 20).

² Los sitios de Yalquíncha y Opaque fueron recientemente registrados en el marco del primer año del Proyecto FONDECYT N° 1070083. El sitio San Salvador-1 fue identificado por el Sr. Osvaldo Rojas, Director del Museo de Historia Natural y Cultural del Desierto de Atacama.

³ La literatura ha denominado comúnmente a este tipo de representaciones como “escutiformes” (Berenguer 1999, 2004; Aschero 2000). No obstante, dada la estrecha relación que muestran con la morfología de las hachas, se ha propuesto ocupar la denominación “personificaciones de hachas” (Montt & Pimentel 2008).

REFERENCIAS

- ADÁN, L. & M. URIBE, 1995. Cambios en el uso del espacio en los períodos agroalfareros: un ejemplo en ecozona de quebradas altas, la localidad de Caspana (Provincia El Loa, II Región). En *Actas del II Congreso Chileno de Antropología*, Tomo II: 541-555. Valdivia: Colegio de Antropólogos de Chile A. G.
- AGÜERO, C., 1998. Estilos textiles de Atacama y Tarapacá y su presencia en Quillagua durante el Período Intermedio Tardío. *Boletín del Comité Nacional de Conservación Textil* 3: 103-128, Santiago.
- 2007. Acerca del rol del vestuario en el surgimiento, desarrollo y consolidación del “Complejo Pica-Tarapacá” (Período Intermedio Tardío). Tesis para optar al Grado de Magister en Antropología, Universidad Católica del Norte – Universidad de Tarapacá.
- AGÜERO, C.; M. URIBE; P. AYALA & B. CASES, 1997. Variabilidad textil durante el Período Intermedio Tardío en el valle de Quillagua: una aproximación a la etnicidad. *Estudios Atacameños* 14: 263-290, San Pedro de Atacama.
- 1999. Una aproximación arqueológica a la etnicidad y el rol de los textiles en la construcción de la identidad cultural en los cementerios de Quillagua (norte de Chile). *Gaceta Arqueológica Andina* 25: 167-197, Lima.
- AGÜERO, C.; M. URIBE; P. AYALA; C. CARRASCO & B. CASES, 2006. El Período Formativo desde Quillagua, Loa Inferior (norte de Chile). En *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas: los Andes sur centrales*, H. Lechtman, Ed., pp. 73-120. Lima-New York: Instituto de Estudios Peruanos / Institute of Andean Research.
- AGÜERO, C. & B. CASES, 2000. Quillagua y los textiles formativos del Norte Grande de Chile. En *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*: 599-617, Arica.
- ALBARRACÍN-JORDÁN, J., 1997. *Tiwanaku: arqueología regional y dinámica segmentaria*. La Paz: Plural Editores.
- ALDUNATE, C. & V. CASTRO, 1981. *Las chullpas de Toconce y su relación con el poblamiento altiplánico en el Loa Superior Período Tardío*. Santiago: Ediciones Kultrún.
- APPADURAI, A. (Ed.), 1991. *La vida social de las cosas*. México D. F.: Editorial Grijalbo.
- ASCHERO, C., 2000. Figuras humanas, camélidos y espacios en la interacción circumpuneña. En *Arte en las rocas. Arte rupestre, menbres y piedras de colores en Argentina*, M. M. Podestá & M. de Hoyos, Eds., pp. 15-44. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
- AYALA, P. & M. URIBE, 1995. Pukara de Lasana: revalidación de un sitio “olvidado” a partir de un análisis cerámico de superficie. En *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo II: 135-145. Hombre y Desierto 9, Antofagasta.
- 1997 Ms. informe técnico-estilístico de los tipos cerámicos identificados en los cementerios arqueológicos de Quillagua y las colecciones Latcham, Chacance-1, Pica-8 y Solor-4. Informe Proyecto FONDECYT N° 1950071.
- BERENGUER, J., 1999. El evanescente lenguaje del arte rupestre en los Andes atacameños. En *Arte rupestre en los Andes de Capricornio*, J. Berenguer & F. Gallardo, Eds., pp. 9-56. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- 2004. *Caravanas, interacción y cambio en el desierto de Atacama*. Santiago: Sirawi Ediciones.
- 2008. Caravaneros y guerreros en el arte rupestre de Santa Bárbara, Alto Loa. *Chungara*, Arica (en prensa).
- BRIONES, L., 2005. The geoglyphs of the north Chilean desert: an archaeological and artistic perspective. *Antiquity* 80: 9-24, York.
- BRIONES, L. & C. CASTELLÓN, 2005. *Catastro de geoglifos. Provincia de Tocopilla, Región de Antofagasta*. Tocopilla: Fondo de Desarrollo de las Artes y la Cultura, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.
- CÁCERES, I. & J. BERENGUER, 1996. El caserío de Santa Bárbara 41 y su relación con la wak'a de Taira, Alto Loa. *Chungara* 28: 381-393, Arica.
- CASES, B., 2007. Continuidad, cambio y variaciones en las bolsas domésticas de Quillagua durante el Período Intermedio Tardío. Tesis para optar al Grado de Magister en Antropología, Universidad Católica del Norte – Universidad de Tarapacá.
- CERVELLINO, M. & F. TÉLLEZ, 1980. Emergencia y desarrollo en una aldea prehispánica de Quillagua-Antofagasta. *Contribución Arqueológica* 1: 1-235, Copiapó.
- DURÁN, E.; M. F. KANGISER & N. ACEVEDO, 2000. Colección Max Uhle: expedición a Calama 1912. *Publicación Ocasional* 56: 5-49. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago.
- GALLARDO, F., 2005. Arte rupestre, contenido cultural de la forma e ideología durante el Formativo Temprano en el río Salado (desierto de Atacama, Chile). En *Reflexiones sobre arte rupestre, paisaje, forma y contenido*. M. Santos & A. Troncoso, Eds. *TAPA* 33: 37-52, Santiago de Compostela.
- GALLARDO, F.; V. CASTRO & P. MIRANDA, 1990. Jinetes sagrados del desierto de Atacama: un estudio de arte rupestre andino. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 4: 27-56, Santiago.
- GALLARDO, F.; L. CORNEJO; R. SÁNCHEZ; B. CASES; A. ROMÁN & A. DEZA, 1993. Arqueología en el valle de Quillagua, río Loa, norte de Chile. *Gaceta Arqueológica Andina* 23: 125-138. Lima: Instituto Andino de Estudios Arqueológicos.
- GALLARDO, F.; C. SINCLAIRE & C. SILVA, 1999. Arte rupestre, emplazamiento y paisaje en la cordillera del desierto de Atacama. En *Arte rupestre en los Andes de Capricornio*, J. Berenguer & F. Gallardo, Eds., pp. 58-96. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- HERNÁNDEZ, M. I., 2001. Tres momentos, tres contextos, un lugar: variaciones temporales y contextuales en el arte rupestre de la quebrada de Humahuaca, Jujuy, Argentina. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* 8: 59-82, Santiago.
- INGOLD, T., 1993. The temporality of landscape. *World Archaeology* 25 (2): 152-174, London.
- LAZZARI, M., 1999. Distancia, espacio y negociaciones tensas: el intercambio de objetos en arqueología. En *Sed non satiata. Teoría social en la arqueología latinoamericana contemporánea*, A. Zarankin & F. Acuto, Eds., pp. 117-151. Buenos Aires: Ediciones del Tridente.
- 2005. The texture of things: objects, people, and landscape in northwest Argentina (First millennium AD). En *Archaeologies of materiality*, L. Meskell, Ed., pp. 126-161. Malden (MA): Blackwell Publishing.
- LATCHAM, R., 1938. *Arqueología de la región atacameña*. Santiago: Prensas de la Universidad de Chile.
- LLAGOSTERA, A., 1996. San Pedro de Atacama: modo de complementariedad reticular. En *Integración surandina: cinco siglos después*, X. Albó, M. I. Arratia, J. Hidalgo, L. Núñez, A. Llagostera, I. Remy & B. Revesz, Eds., pp. 17-42. Cusco: Estudios y Debates Regionales Andinos.
- MEIGHAN, C. W., 1979. *Archaeology of Guatacondo, Chile. Prehistoric Trails of Atacama: Archaeology of Northern Chile*, C. W. Meighan & D. L. True, Eds. Los Angeles: Universidad de California.
- MONTT, I., 2005. Vestimenta en la cultura visual tardía del desierto de Atacama. Memoria para optar al Título de Arqueóloga, Departamento de Antropología, Universidad de Chile.
- MONTT, I. & G. PIMENTEL, 2008. Grabados antropomorfos tardíos. El caso de las personificaciones de hachas en San Pedro de Atacama (norte de Chile). *Chungara*, Arica (en prensa).
- MURRA, J., 1972. El “control vertical” de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas. En *Visita a la provincia de León de Huánuco en 1562, Inigo Ortiz de Zuñiga*, J. Murra, Ed., pp. 429-472. Huánuco: Universidad Emilio Valdizán.
- MUÑOZ, I., 1989. El Período Formativo en el Norte Grande (1000 AC a 500 DC). En *Culturas de Chile. Prehistoria*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & I. Solimano, Eds., pp. 107-128. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- NIELSEN, A., 1997. El tráfico caravanero visto desde la Jara. *Estudios Atacameños* 14: 339-372, San Pedro de Atacama.

- 2001. Evolución social en Quebrada de Humahuaca (700-1536 DC). En *Historia argentina prehispánica*, E. Berberían & A. Nielsen, Eds., pp. 171-263. Córdoba: Editorial Brujas.
- 2006. Pobres jefes: aspectos corporativos en las formaciones sociales preinkaicas de los Andes circumpuneños. En *Contra la tiranía tipológica en arqueología: una visión desde Sudamérica*, C. Gnecco & C. Langebaek, Eds., pp. 121-150. Bogotá: Universidad de los Andes-Ceso.
- 2007. Bajo el hechizo de los emblemas: Políticas corporativas y tráfico interregional en los Andes Circumpuneños. En *Producción y circulación prehispánicas de bienes en el sur andino*. A. Nielsen, M. Rivolta, V. Seldes, M. Vásquez & P. Mercolli, Eds., pp. 393-412. Córdoba: Editorial Brujas.
- NÚÑEZ, L., 1965a. Desarrollo cultural prehispánico del norte de Chile. *Estudios Arqueológicos* 1: 37-115, Universidad de Chile, Santiago.
- 1965b. Estudio comparativo sobre petroglifos del norte de Chile. *Annals of the Náprstek Museum* 4: 37-153, Prague.
- 1976. Geoglifos y tráfico de caravanas en el desierto chileno. En *Homenaje al Dr. R. P. Gustavo Le Paige*, L. Núñez, Ed., pp. 147-201. Antofagasta: Universidad del Norte.
- 1984. Tráfico de complementariedad de recursos entre las Tierras Altas y el Pacífico en el Área Centro-Sur Andina. Tesis Doctoral, Departamento de Antropología Cultural, Universidad de Tokio.
- 1985. Petroglifos y tráfico de caravanas en el desierto chileno. En *Estudios en arte rupestre*, C. Aldunate, J. Berenguer & V. Castro, Eds., pp. 243-264. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- 1992. *Cultura y conflicto en los oasis de San Pedro de Atacama*. Santiago: Editorial Universitaria.
- NÚÑEZ, L. & L. BRIONES, 1968. Petroglifos del sitio Tarapacá-47 (Provincia de Tarapacá). *Estudios Arqueológicos* 3-4: 43-75. Santiago: Universidad de Chile.
- NÚÑEZ, L. & T. D. DILLEHAY, 1995 [1979]. *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes meridionales: patrones de tráfico e interacción económica*. Antofagasta: Universidad del Norte.
- ODESS, D., 1998. The archaeology of interaction: Views from artifact style and material exchange in Dorset society. *American Antiquity* 63 (3): 417-435, Washington.
- PIMENTEL, G., 2006. Arqueología vial. El caso de una ruta de interacción entre el altiplano meridional y San Pedro de Atacama. Tesis para optar al grado de Magíster en Antropología, Universidad Católica del Norte y Universidad de Tarapacá.
- PIMENTEL, G.; I. MONTT; J. BLANCO & A. REYES, 2007. Infraestructura y prácticas de movilidad en una ruta que conectó el altiplano boliviano con San Pedro de Atacama (II Región, Chile). En *Producción y circulación prehispánicas de bienes en el sur andino*. A. Nielsen, M. Rivolta, V. Seldes, M. Vásquez & P. Mercolli, Eds., pp. 351-382. Córdoba: Editorial Brujas.
- RENFREW, C., 1984. *Approaches to social archaeology*. Cambridge (MA): Harvard University Press.
- RYDÉN, S., 1944. *Contributions to the archaeology of the Rio Loa Region*. Göteborg: Elanders Boktryckeri Aktiebolag.
- SACKETT, J., 1990. Style and ethnicity in archaeology: the case of isochretism. En *The uses of style in archaeology*. M. Conkey & C. Hastorf, Eds., pp. 33-50. Cambridge: Cambridge University Press.
- SCHIAPPACASSE, V.; V. CASTRO & H. NIEMEYER, 1989. Los desarrollos regionales en el Norte Grande (1000 a 1400 DC). *Culturas de Chile*. En *Prehistoria*, J. Hidalgo, V. Schiappacasse, H. Niemeyer, C. Aldunate & I. Solimano, Eds., pp. 181-220. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- SCHORTMAN, E. & P. URBAN, 2000. Exchange systems theory. En *Archaeological method and theory. An encyclopedia*, L. Ellis, Ed., pp. 193-197. New York & London: Garland Publishing.
- TOLOSA, B., 1967. Descripción de los petroglifos de la zona arqueológica de Tamentica. *Revista de la Universidad del Norte*: 79-88, Antofagasta.
- URIBE, M., 2002. Sobre alfarería, cementerios, fases, procesos y la construcción de Atacama en la prehistoria Tardía (800-1600 DC). *Estudios Atacameños* 22: 7-31, San Pedro de Atacama.
- URIBE, M. & C. AGÜERO, 2001. Alfarería, textiles y la integración del Norte Grande de Chile a Tiwanaku. En: *Huari y Tiwanaku: modelos vs. evidencias*. Segunda Parte. P. Kaulicke & W. Isbell, Eds., *Boletín de Arqueología PUCP* 5: 397-426, Lima.
- URIBE, M.; L. SANHUEZA & F. BAHAMONDES, 2007. La cerámica prehispánica tardía de Tarapacá, sus valles interiores y costa desértica, norte de Chile (ca. 900-1450 DC): una propuesta tipológica y cronológica. *Chungara* 39 (2): 143-170, Arica.
- VILCHES, F. & G. CABELLO, 2006 Ms. Arte rupestre y asentamiento en el Complejo Pica-Tarapacá: las imágenes como indicadores de identidad y complejidad social. Ponencia presentada en el XVII Congreso de Arqueología Chilena, Valdivia.
- WOBST, M., 1977. Stylistic behavior and information exchange. En *For the Director: Research essays in honor of James B. Griffin*, Ch. E. Cleland, Ed., pp. 317-42. Ann Arbor (MI): Museum of Anthropology, University of Michigan.

SUGERENCIAS DESDE UN CONTEXTO FUNERARIO EN UN "ESPACIO VACÍO" DEL DESIERTO DE ATACAMA

*SUGGESTIONS FROM A FUNERARY CONTEXT IN AN "EMPTY SPACE" OF
THE ATACAMA DESERT*

BÁRBARA CASES*
CHARLES REES**
GONZALO PIMENTEL***
RAFAEL LABARCA****
DANIELA LEIVA*****

Este trabajo presenta el estudio de caso de un contexto funerario situado en la pampa adyacente a la actual oficina salitrera de María Elena, norte de Chile. Variados análisis multidisciplinarios –que incluyen bioantropología, textiles, zooarqueología, prospección de las rutas cercanas y fechas AMS asociadas– nos permiten sugerir visiones alternativas y matizadas de supuestos previos en torno al tráfico regional.

Palabras clave: norte de Chile, bioantropología, textiles, zooarqueología, eje vial, tráfico interzonal

A case study is presented of a funerary context situated in the pampas near the current María Elena Nitrate Mine offices, in Northern Chile. A multidisciplinary analysis, which includes bioanthropological, textile and zooarchaeological research, and studies of nearby routes and their associated AMS dates, provides new interpretations and understandings of former assumptions regarding regional traffic.

Key words: Northern Chile, bioanthropology, textiles, zooarchaeology, vial, axis, interzonal traffic

La mayor parte de los datos de funebre con que cuenta la prehistoria del Norte Grande proviene de cementerios, generalmente asociados a poblados de distinta envergadura, a partir de los cuales se han caracterizado los patrones mortuorios a nivel regional. En tales contextos el hallazgo de objetos presumiblemente no producidos de manera local y de productos provenientes de espacios distantes, constituye una parte no menor de la evidencia en que se sustentan los modelos de interacción basados en el paradigma de complementariedad. Uno de ellos, la movilidad caravanera (Núñez & Dillehay 1995 [1979]), se encuentra tan instalada en nuestro imaginario arqueológico –particularmente a partir del Período Formativo (ca. 1000 AC-500 DC)– que el contexto funerario que trataremos a continuación nos sugirió inicialmente que se trataba de un caravanero muerto en ruta, ya que se encontró en medio de la pampa, en un espacio inter-nodal (Berenguer 2004).¹

Sin embargo, como desarrollaremos a continuación, sus características fueron perfilando una situación diferente, que permite proponer una interpretación alternativa y que precisa asertos e hipótesis previas en torno al tráfico y movilidad en la región. Asimismo, este estudio de caso permite ilustrar algunos aspectos que se vinculan con la arqueología de los espacios

* Bárbara Cases, Universidad de Tarapacá, Programa de Doctorado, email: barbara_cases@yahoo.es

** Charles Rees, email: reeschar@gmail.com

*** Gonzalo Pimentel, email: gpimentel@ucn.cl

**** Rafael Labarca, email: r.labarca.e@gmail.com

***** Daniela Leiva, email: danielaleiva21@yahoo.es

vacíos (Berenguer & Pimentel 2006), a través de una aproximación, a nuestro juicio bastante profunda, a un individuo particular del pasado.

EL CONTEXTO DEL HALLAZGO

Los restos funerarios que tratamos aquí son parte de los resultados de la implementación del plan de medidas de compensación y mitigación del impacto sobre el patrimonio cultural derivado de la construcción y operación del proyecto “Cambio tecnológico María Elena” de la empresa SQM Nitratos, que se desarrollará en la comuna homónima de la región de Antofagasta, norte de Chile. El proyecto implica la intervención de una superficie total de 225 km², emplazados en las áreas denominadas Toco Sur y Norte, Tocomar Central y Tocomar Norte. Las áreas se ubican al norte de la Oficina María Elena y al oeste de la Panamericana Norte, al oriente de los Cerros de Posada y de Videla y de las Sierras de Angostura y de La Cruz, y al sur de la coordenada 7.584.000 N, correspondientes a la porción meridional del antiguo cantón salitrero El Toco (fig. 1).

Este marco espacial se inserta en una región de desierto absoluto delimitada por la cordillera de la Costa, al poniente, y la del Medio, al este, que impiden el acceso de las masas de humedad costera y de las lluvias estivales asociadas al invierno boliviano, lo que

genera un promedio inferior a un milímetro de precipitación anual. El sustrato geológico del área, producto de la descomposición de calizas y areniscas cretácicas depositadas sobre rocas cristalinas más antiguas, y la amplia variación térmica diaria, contribuyen a la rápida evaporación y a la nula retención de las escasas precipitaciones. Debido a ello, la única vegetación presente en el área es aquella introducida por el hombre en sus asentamientos de la época de explotación salitrera. Este paisaje yermo es un plano ligeramente inclinado, de una altura media de 1.100 m snm, que desciende de las serranías ubicadas al poniente del área. Los únicos accidentes topográficos de relevancia, que alteran la monotonía de este plano, son las cárcavas que lo surcan, mayoritariamente, en el sentido este-oeste y las escasas lomas bajas y cordones aislados de ellas.

En la actualidad, el área de estudio se encuentra completamente despoblada, a excepción de posadas orientadas al tránsito de camiones por la Panamericana Norte, y sólo fue objeto de un intenso y nucleado establecimiento humano durante la época de las salitreras. Se trata, además, de un espacio que, al menos en los últimos 150 años, ha sido intervenido por una intensiva y creciente exploración y explotación y, por lo tanto, fuertemente alterado por la ocupación humana subactual.

Sin embargo, en otros momentos de su historia cultural esta área representó para el hombre una vía de

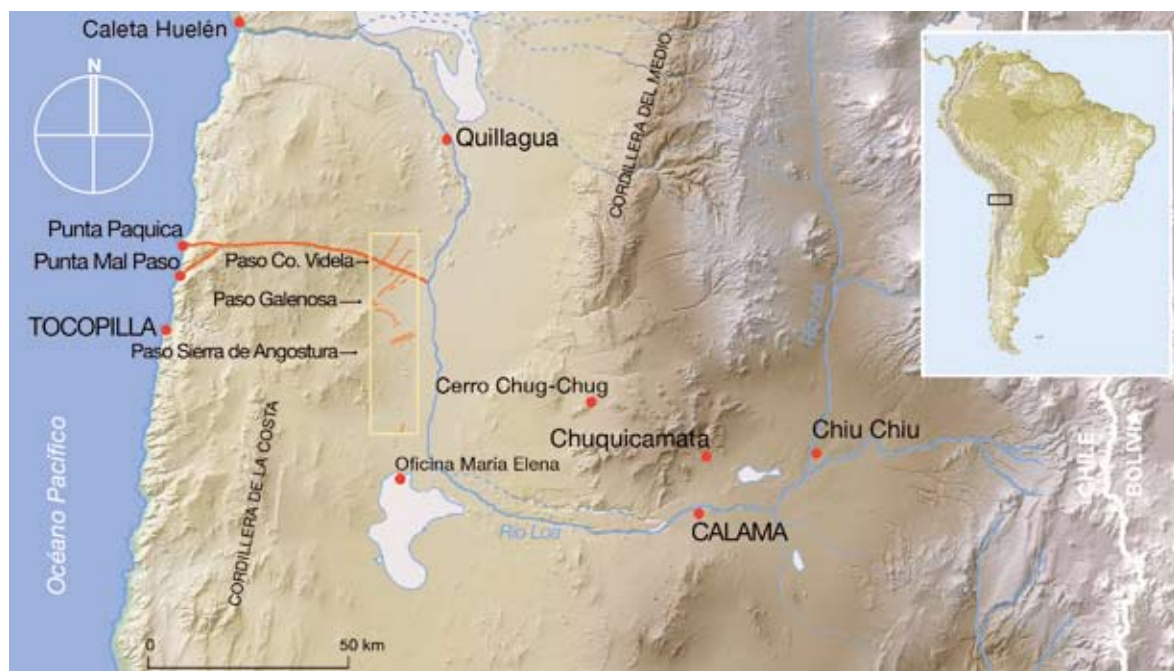


Figura 1. Mapa con la ubicación del área tratada en el artículo en recuadro y rutas asociadas prehispánicas asociadas, destacadas en rojo.
Figure 1. Map showing the area (marked) referred to in the article, as well as the associated pre-Hispanic routes, in red.

tránsito y comunicación entre la costa y los asentamientos ubicados en la cuenca hidrográfica del río Loa y las tierras altas. En este sentido, las huellas de su tránsito prehispánico constituyen fragmentos de estas articulaciones. A su vez, la talla de rocas sedimentarias parece ser el único recurso de interés para justificar la corta permanencia en este espacio inhóspito de las poblaciones prehispánicas. Los emplazamientos arquitectónicos parecen responder, en su mayoría, a la pernoctación de individuos en tránsito.

Tres grandes abras permiten el tránsito entre este plano y la costa. La meridional, por la cual corre la actual Ruta G24, que une Chuquicamata con el puerto de Tocopilla, orienta el paso de tres de las huellas de uso prehispánico relevadas en el área de estudio. En la segunda, inmediatamente al norte de la Sierra de Angostura, convergen la mayoría de las huellas de tránsito prehispánico y el trazado del ferrocarril, construido en 1889, para comunicar al cantón salitrero con el puerto de Tocopilla y la caleta Duendes. Inmediatamente al norte de los Cerros de Videla, hay un tercer portezuelo hacia el que parece orientarse la huella asociada al contexto funerario que nos ocupa.

El polígono de trabajo definido fue prospectado de manera pedestre intensiva por medio de transectos paralelos distanciados entre 50 y 150 m, dependiendo de las condiciones topográficas locales e intensificadas de acuerdo al aumento de la densidad de sitios presentes en el área. Esta aproximación permitió el relevamiento de un total de 190 sitios patrimoniales de cronología prehispánica y 31 sitios de cronología incierta, ya que sus características y ausencia de material no permiten, a esta altura del análisis, su clasificación cronológica.

Los 190 sitios arqueológicos de cronología prehispánica registrados corresponden a 72 eventos de talla, 49 estructuras aisladas y cuatro conjuntos de estructuras, tres parapetos, 13 huellas, 19 estructuras de señaliza-

ción, 20 hallazgos de materiales aislados en huellas, tres geoglifos, seis hallazgos aislados de carácter lítico y cerámico, un fogón y el contexto mortuario que nos ocupa. Todos ellos han sido objeto de un relevamiento intensivo de terreno que incluye levantamiento topográfico, fotografía, vídeo y la descripción de sus rasgos y contextos. Una muestra representativa de las estructuras arquitectónicas relevadas fue obtenida por medio de una recolección superficial y una excavación. Las 13 huellas referidas fueron recorridas y relevadas de manera intensiva. Además fueron sobrevoladas, por medio de helicóptero, lo que permitió observar sus direcciones de comunicación nodal.

El actual análisis de los sitios arqueológicos documentados, correspondientes a fragmentos de los patrones de asentamiento prehispánicos verificados, permite establecer que su emplazamiento, en general, obedece a dos lógicas. La primera, presuntamente la más antigua, está orientada a la explotación de recursos líticos. La segunda, enmarcada en el Período Formativo, tiene que ver con un espacio de tránsito, responsable de la mayor cantidad de vestigios de este asentamiento prehispánico. Además, está relacionada con una arquitectura de alojamiento y, en el caso específico que ahora nos ocupa, de cobijo mortuario.

EL CONTEXTO FUNERARIO

El hallazgo constituía un montículo de piedras y sedimentos de 2,45 m de largo por 85 cm de ancho y hasta 30 cm de altura, aprovechando la pared lateral y fondo de una pequeña cárcava (fig. 2). Para su excavación se trazó una grilla de 24 unidades de 50 x 50 cm, que atravesaba longitudinalmente la unidad mortuoria en sentido NW-SE (fig. 2). La excavación se realizó siguiendo la estratigrafía natural del depósito, distinguiéndose la

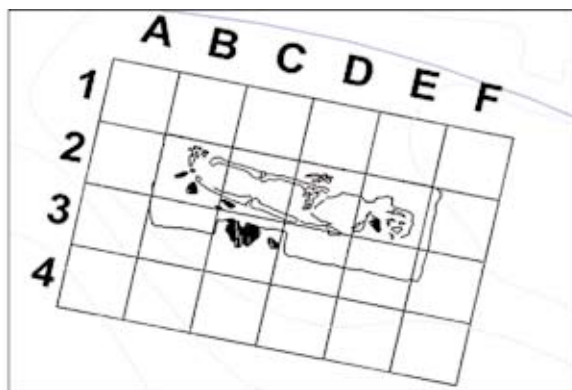


Figura 2. Montículo funerario (izquierda) y croquis de la excavación, donde la grilla se compone de unidades de 50 x 50 cm (derecha).
Figure 2. Mortuary mound (left), and excavation diagram (right) with a grid of 50 cm x 50 cm cells.

Capa I, compuesta en su porción superior por clastos y lajas dispuestas intencionalmente sobre un relleno de limo, costra salina y gravilla; y la Capa II, que corresponde al piso original del lugar, con una composición similar a la matriz recién descrita.² El decapado expuso al individuo y su ajuar dejando pequeños testigos de no más de 10 cm adyacentes a las unidades óseas a modo de plataforma.

Posteriormente se procedió a la excavación perimetral de tres trincheras escalonadas para delimitar y liberar el contexto. La ausencia de capas removidas bajo el entierro indica que no se realizó una fosa funeraria. Dado el nivel de compactación de la matriz y la presencia de tejidos blandos y textiles que cubrían pubis, abdomen y tórax, hasta la región occipital izquierda incluyendo parte del cabello, se segmentó este sector en un bloque discreto de sedimento para su posterior microexcavación en laboratorio.³ Los miembros inferiores completos se levantaron *in situ*, ya que era posible su desarticulación completa sin perder indemnidad ósea. Al igual que el bloque, fueron cuidadosamente embalados por separado, con materiales aislantes, manteniendo sus condiciones

originales para su conservación durante el traslado al laboratorio y almacenaje temporal.

El contexto funerario así recuperado corresponde a una depositación primaria individual de restos humanos en proceso de esqueletización avanzado, interrumpido por procesos de momificación natural (Calabuig 2004). Está conformado por estructuras óseas completas y fragmentadas, producto de disturbación y fenómenos erosivos propios de la naturaleza y data del evento. El individuo se encuentra articulado anatómicamente en decúbito supino extendido con la cabeza hacia el este, en decúbito lateral derecho, y la mirada proyectada posiblemente hacia el noroeste. Su brazo izquierdo está flectado en 45° sobre el tórax hacia la línea media y la mano puesta sobre el pecho. El brazo derecho, con una ligera rotación del antebrazo, se encuentra extendido, con muñeca y mano flectados hacia el cuerpo (fig. 3). Los miembros inferiores articulados muestran una rotación lateral a la altura de ambas rodillas, tanto en fémures como tibias, y los pies dispuestos hacia abajo y al lado en relación a los tobillos (Reichs 1997). Lo anterior indicaría que los miembros superiores del



Figura 3. Contexto funerario. Nótese la posición del brazo izquierdo indicado con flecha roja y el detalle de la mano derecha en el recuadro inferior. El perímetro rojo indica la ubicación del tejido de mayores dimensiones que cubría pubis, abdomen y tórax; el amarillo, la bolsa cercana a la cara.

Figure 3. Funerary context. Note the position of the left arm, indicated by the red arrow, and the detail of the right hand (lower-right inset). The red perimeter area indicates the location of the largest textile, which covered the pubic area and torso; the yellow area, the bag next to the face.

cuerpo fueron intervenidos culturalmente, a diferencia de los inferiores.

Cabe señalar que se detectó una remoción de piedras y una ligera excavación en la zona derecha de los pies y en el sector craneal, redundando en la exposición y consiguiente meteorización de las unidades. Otro segmento malogrado por sedimentos y clastos corresponde al tórax, observándose mineralización de las piezas óseas, con signos de craquelado y cristales en superficie.⁴ Se conservan, igualmente, tejidos blandos desecados adheridos a estructuras óseas protegidas por sedimentos o textiles y en regiones de gran masa muscular. Se mantiene también el cuero cabelludo casi completo, muy bien conservado en sectores protegidos por el textil, al igual que el vello púbico y las uñas de la mano derecha.

Además del textil que cubría tórax y abdomen, completaban el ajuar una bolsa depositada en el sector superior izquierdo (fig. 3), cerca de la cara; un conjunto de cinco plumas pequeñas sobre la proyección esternal de la segunda y tercera costilla izquierda, dispuestas sobre el textil, y semillas de algarrobo recuperadas cerca del cráneo. Cabe destacar que bajo la articulación coxofemoral derecha se rescataron los restos de un roedor con signos de momificación natural, muy bien conservado.

CARACTERIZACIÓN BIOANTROPOLÓGICA DEL INDIVIDUO

Del análisis preliminar se puede establecer que se trata de un individuo de sexo masculino, de 32 ± 3 años, estimación basada en la morfología de la sínfisis púbica (Todd, adaptación Buikstra & Ubelaker 1994), superficie auricular del íleon (Lovejoy et al. 1985) y aparato maxilodental, de acuerdo a las categorías de grado de desgaste (Zoubov 1968 en Rodríguez Cuenca 1994). Su estatura fue de 157, $458 \pm 3,42$ cm (Tablas de Genovés en Iscan & Helme 1995).

Se observan patologías congénitas y adquiridas. Proponemos que ambos tipos se superponen, describiendo a un individuo que se adapta y reacciona al hábitat sociocultural con ciertas limitaciones inherentes de su biología. Entre las primeras, la más evidente es la hipoplasia de fosa posterior del cráneo, lateralizada a lóbulo derecho (fig. 4), lo que refleja un reducido desarrollo mesencefálico y cerebeloso (Eder & Gedik 1979).⁵

Las lesiones que involucran los hemisferios cerebelosos afectan principalmente los movimientos voluntarios hábiles y asociados. En general, los músculos se vuelven hipotónicos y se fatigan fácilmente. Hay graves trastornos

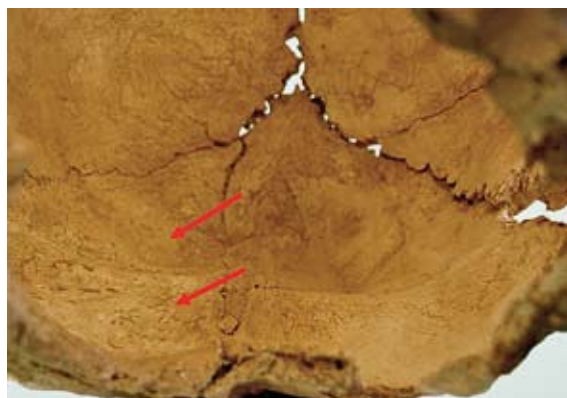


Figura 4. Platibasia unilateral de fosas cerebral y cerebelosa derechas.

Figure 4. Unilateral platybasia of the right cerebral and cerebellar fossas.

del movimiento (*asinergia*) en donde la amplitud, dirección y fuerza de los movimientos musculares es inadecuada: la distancia de movimientos es errática (*dismetria*), se detiene antes de llegar a un punto o se sobrepasan. Se presenta también una descomposición del movimiento en donde las fases complejas se llevan a cabo como una serie de movimientos simples, únicos y sucesivos. Existe además un temblor durante movimientos voluntarios y asociados que va desde el centro del cuerpo a las extremidades de forma mecánica (Carpenter 1997).

Las patologías adquiridas, de origen multicausal o como consecuencia de una baja en el sistema inmunológico, son principalmente de carácter infeccioso y evidentes en el cráneo. Destacan la osteítis y periostitis sobre la sutura sagital de ambos parietales (fig. 5) así como la

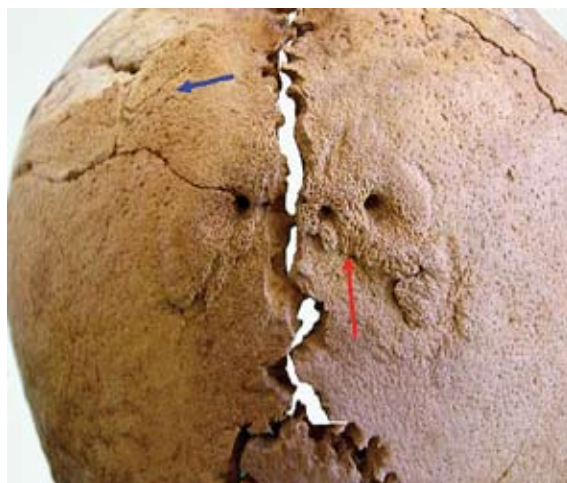


Figura 5. Osteítis (flecha roja) y periostitis (flecha azul) en ambos parietales.

Figure 5. Osteitis (red arrow) and periostitis (blue arrow) on both parietal bones.

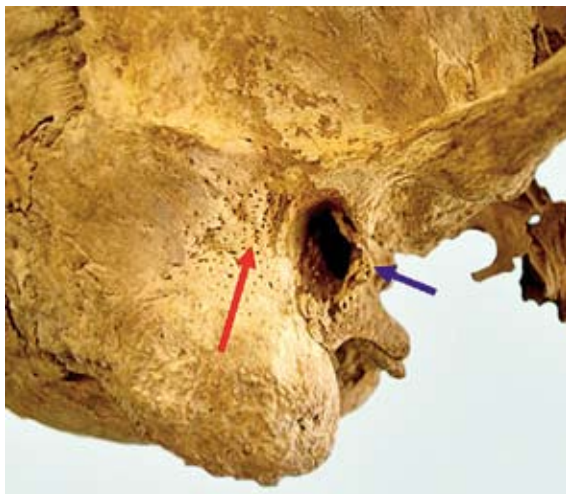


Figura 6. Temporal derecho: porosidad (flecha roja) e inflamación auditiva externa (flecha azul).

Figure 6. Right temporal bone: porousness (red arrow) and external auditory canal inflammation (blue arrow).

exostosis auditiva reactiva, de grado leve, en el meato auditivo externo derecho (fig. 6), que reflejan cuadros recurrentes de otitis media. Estas lesiones se describen mayoritariamente en individuos con adscripción ocupacional costera, ya que están más expuestos a cambios de presión y temperatura si realizan labores en el mar, como el buceo y recolección de mariscos (Standen et al. 1997). El seno maxilar presenta signos inflamatorios en la región supraalveolar, al igual que el seno frontal

y la región supraorbitaria del hueso frontal, que estaría reflejando una sinusitis. Del aparato maxilodental, se evidencia una paraodontitis severa con pérdida de piezas dentales y reabsorción alveolar asociada a una incipiente enfermedad periodontal (fig. 7).

Para determinar el modo de vida del individuo se estudiaron las alteraciones óseas periarticulares y articulares en función del dominio de ciertas actividades por sobre otras y el grado en que ciertos grupos musculares se utilizan intensivamente en detrimento de otros (Kennedy 1989). El individuo presenta osteoartropatía de grado leve a moderado en algunas articulaciones que desbalancean el aparato locomotor, evidenciado en esclerosis, signos de hipertrofia (fig. 8), osteonecrosis y entesopatías, entre otras. Confirman tal desbalance el mayor tamaño del proceso mastoideo derecho relacionado con la diferencia de inserción de músculos de cabeza y cuello en el cráneo (fig. 9), la osificación del ligamento sacroilíaco anterior en coxal izquierdo (fig. 10) y los fémures arqueados.

En términos funcionales, el individuo puede haberse visto afectado por cuadros crónicos asociados a infecciones como otitis y sinusitis, reactivos a la influencia medioambiental. En el caso artropático, cuando sucede en individuos jóvenes e involucrando estructuras de manera diferenciada y específica, se contextualiza dentro de las derivadas del estrés producido por alguna actividad en particular o alguna deficiencia del aparato locomotor. En este caso, la poca expresión de las actividades

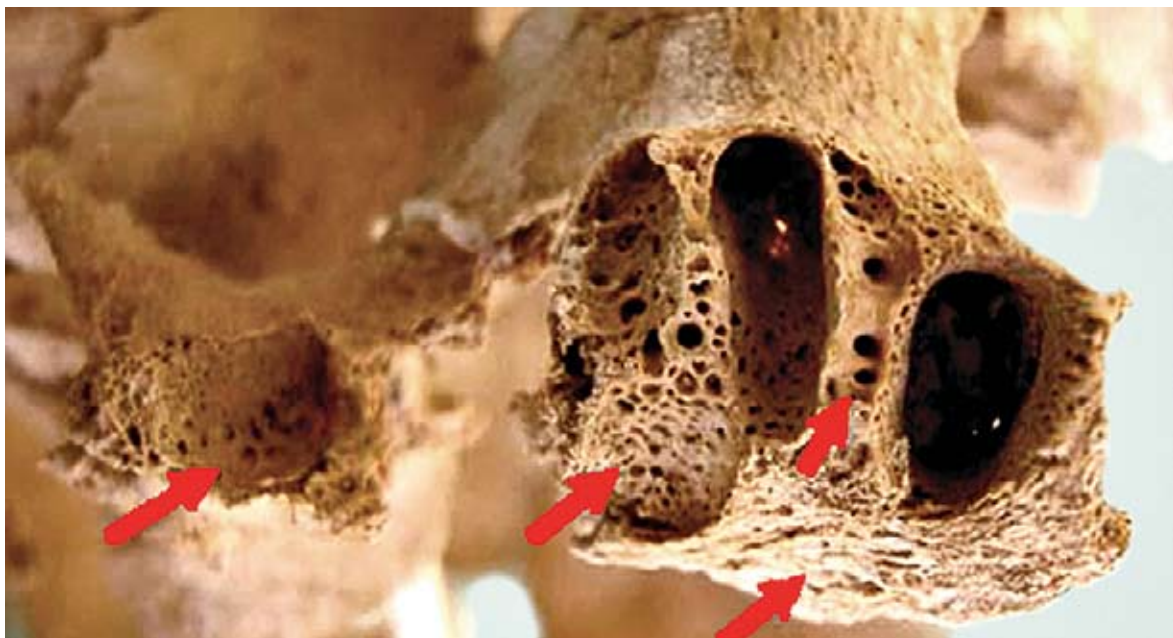


Figura 7. Periodontitis de grado leve, en alvéolos superiores (flechas rojas).

Figure 7. Evidence of mild periodontitis (left) in the upper alveoli (red arrows).



Figura 8. Codo derecho (izquierda), osteoartritis leve a moderada. Flecha roja muestra esclerosis y necrosis ósea de grado leve a moderado.

Figure 8. Right elbow (left) exhibiting mild to moderate osteoarthritis. Red arrow shows mild to moderate osteosclerosis and osteonecrosis.



Figura 9. Marcas de inserciones musculares diferenciadas bilateralmente.

Figure 9. Marks of bilaterally differentiated muscular insertions.

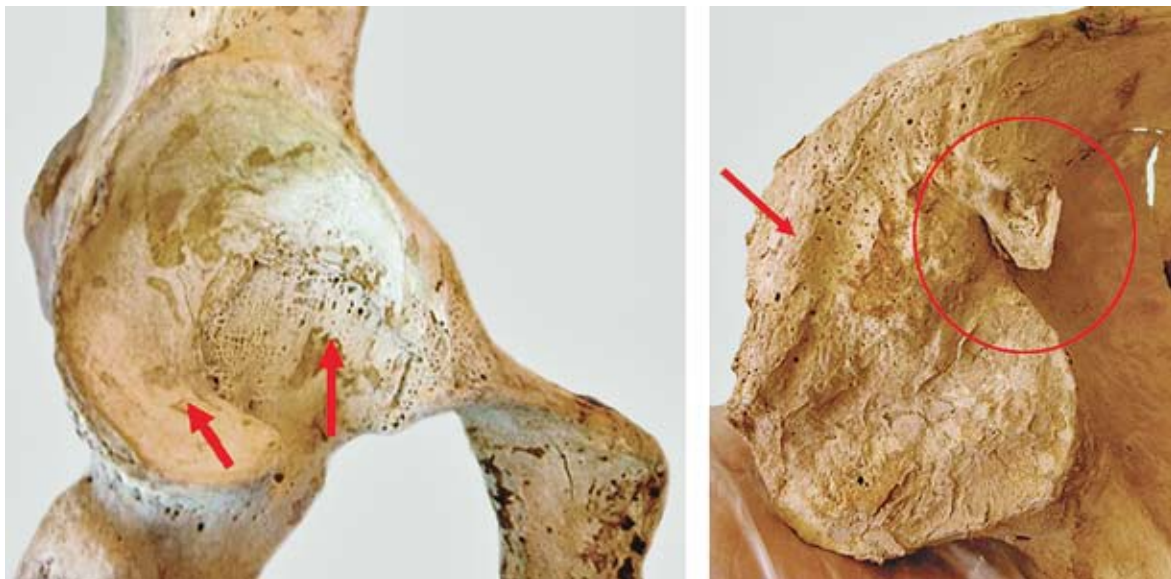


Figura 10. Coxal izquierdo con signos de osteoartritis en acetábulo. Ilium con osteitis; el círculo muestra la entesopatía del ligamento sacroiliaco anterior.

Figure 10. Left coxa with acetabulum exhibiting signs of osteoarthritis. Ilium with osteitis; the circle shows evidence of enthesopathy (inflammation) of the anterior sacroiliac ligament.

estresantes ocupacionales del mismo aparato podría deberse a que están enmascaradas por las anomalías morfofuncionales derivadas de la hipoplasia cerebelosa y mesencefálica.

Si consideramos que el nivel de expresión de estas afecciones fuese el menor, nos encontraríamos frente a tres tipos de actividad. La primera es carga sobre el eje axial del cuerpo, sobre la cabeza o lateralizado, posiblemente con los brazos sobre la cabeza, observado por modificaciones en la cintura escapular (Leiva 2006). La segunda, un moderado desgaste de las caras oclusales en los fragmentos de corona de las piezas

dentales observables, producto de un uso parafuncional y una dieta con componentes abrasivos, y un cuadro de artritis temporomandibular, agravado por el síndrome congénito; además, la pérdida de un gran número de piezas dentales estaría descompensando el aparato maxilodental y provocando núcleos infecciosos (Aufderheide & Rodríguez-Martín 1998; Leiva & Sáez 1999 Ms) (fig. 11). Esto podría explicar los restos óseos de pescado encontrados como contenido estomacal (*vide infra*). La tercera, relativa al miembro superior, destacando la impronta ósea de los movimientos pronadores por sobre los supinadores, incluyendo estrés



Figura 11. Cráneo y mandíbula; nótese la pérdida de piezas dentales.

Figure 11. Skull and jawbone; note the loss of dental pieces.

Tabla 1. Dataciones radiocarbónicas del contexto funerario A299.
Table 1. Radiocarbon dates for the A299 funerary context.

Muestra	Laboratorio	Radiocarbón convencional AP	Calibrada (Dos sigmas)
Músculo glúteo	Beta 218964	2390 ± 70	780 a 370 AC
Fragmento tejido original, cara anterior	Beta 218965	1890 ± 40	40 a 230 DC
Reparación 46, cara posterior	Beta 218966	1870 ± 40	50 a 240 DC

en la articulación del codo, se vincularía a la lesión cerebelosa (Carpenter 1997).

Cabe señalar que no se evidenciaron lesiones traumáticas ni signos de violencia (Di Maio & Dana 2003), como tampoco es posible evaluar causa de muerte.

Por último, una muestra de la porción muscular glútea del individuo arrojó una fecha Cal. 780 a 370 AC (véase Tabla 1).

EL AJUAR TEXTIL

Todos los tejidos fueron relevados por medio de una ficha de registro ampliamente usada en diversos proyectos de investigación, en la cual se consignan los atributos morfológicos (forma geométrica y dimensiones), técnicos (manufactura, ligamento, características de los hilados, materias primas a nivel macroscópico y reparaciones) y decorativos (variaciones de texturas, técnicas y colores presentes en el tejido y/o sus orillas). Con estos antecedentes, fue posible vincular los tejidos a tipos previamente establecidos (Agüero & Cases 2004), por medio de lo cual fue posible aproximarse de manera

preliminar a la situación cronológica y cultural del individuo. Cabe señalar que en esta oportunidad se realizó igualmente un registro exhaustivo de las reparaciones existentes en el tejido que cubría el cuerpo, puesto que implicaban la mayor extensión de su superficie. Además de las variables recién señaladas, se consignaron las modalidades de enlace sobre el tejido original y la relación entre reparaciones.

Una vez realizados los procedimientos de conservación, la bolsa situada cerca de la cara, muy plegada al momento de su hallazgo, resultó ser de forma rectangular de un máximo de 420 mm de alto por 260 mm de ancho, realizada en un torzal monocromo 2ZS, con grado de torsión medio y título fino, de fibra vegetal de color café medio natural.⁶ La técnica de manufactura es anillado y el ligamento es anillado y torsión (Emery 1995 [1967]), con una densidad de un anillo y corrida por cm², lo que genera una estructura elástica y abierta (fig. 12). La abertura o boca consiste en un torzal más grueso que atraviesa los anillos y que se une a un ovillo del mismo material de la bolsa. Su contenido correspondía a hojas de maíz y restos de pescado. Además de faltantes, la bolsa tiene reparaciones en la base que unen un conjunto de anillos, realizadas en fibra animal,



Figura 12. Bolsa anillada antes (izquierda) y después del tratamiento de conservación (derecha). En el círculo se destaca la bolsa miniatura.

Figure 12. Loop-stitch bag, before conservation treatment (left) and after (right). The circle highlights a miniature bag.



Figura 13. Bolsa miniatura en técnica de anillado y anzuelo de espina de cactácea.

Figure 13. Miniature bag –made with the loop-stitch technique – and cactus spine hook.

específicamente con pelos de llama (Benavente 2006 Ms). Bolsas de este tipo son frecuentes durante toda la secuencia formativa, tanto en la costa como en el interior, y tienen antecedentes desde el Arcaico Tardío en adelante, siguiendo en uso a lo largo de toda la secuencia prehispánica (Ulloa 1982; Agüero 2002; Standen 2003; Agüero & Cases 2004). De hecho, son bolsas muy populares en la ocupación formativa temprana de los sitios de Caleta Huelén en la desembocadura del Loa, pero están presentes también en Quillagua, en el curso inferior del mismo río y en Topáter, en su sector medio (Cases 2000). El que contuviera restos de pescado es bastante elocuente en sugerir un origen costero.

Al interior de esta bolsa y asociado a hilados que constituían reparaciones, durante los procesos de conservación se encontró una bolsita miniatura realizada en fibra de camélido, de 60 mm de alto por 8 a 20 mm de ancho (fig. 13). Su forma es tubular de base curva, empleando dos técnicas de anillado: sencillo en el cuerpo central y en 8 sobrepuesto y entrelazado en la base y boca de la bolsa (Emery 1995 [1967]). En el cuerpo central, la densidad es de cuatro anillos y cuatro corridas por cm^2 . Los hilados corresponden a torzaes

monocromos y molinés 2ZS, con grado de torsión flojo y título fino. En el caso de los hilados monocromos el color es amarillo pálido, en tanto los molinés suman el café medio. Esta combinación de hilados le otorga un efecto vetado.

Las miniaturas –tanto textiles como cerámicas– son características del momento tardío del Formativo Tarapaqueño (200 DC en adelante) y contamos con antecedentes de su hallazgo entre el valle de Azapa y Quillagua (Agüero & Cases 2004), donde se encontraron formando parte de los materiales ofrendados en túmulos ceremoniales fechados en 400-600 DC (Agüero et al. 2006). Adicionalmente, al interior de la bolsa miniatura se encontró un anzuelo de espina de cactácea, lo que nuevamente insinúa un vínculo con la costa y, al mismo tiempo, señala que el uso de este tipo de bolsa pudo no estar restringido exclusivamente al ritual mortuario, como se ha sugerido anteriormente, expandiendo su utilización en contextos más cotidianos.

El textil de mayor extensión, 1015 mm de alto por 640 mm de ancho, que cubría pubis, abdomen y parte del tórax (fig. 14), sobrepuesto y ajustado a ambos costados, presentaba una gran cantidad de reparaciones. No obstante, fue posible identificar un total de seis sectores distribuidos en las caras anterior y posterior del tejido (de acuerdo a su disposición sobre el individuo), en los que se puede reconocer el tejido original, que se relaciona con las túnicas del Formativo Tardío del Valle de Azapa (cfr. Agüero & Cases 2004: 602, 611, figs. 4c y 10c, respectivamente) (fig. 14). Éstas son rectangulares, generalmente de ancho mayor que el largo, tejidas a telar en ligamento faz de urdimbre. Se utilizaron hilados de fibra de camélido, en tonos beige ocre natural y café rojizo teñido con decoración estructural, es decir, lograda por la misma técnica de manufactura, para dar lugar a un diseño que alterna listas finas lisas y segmentadas. Una característica particular de estas piezas es que en la parte inferior de la túnica presentan un reborde realizado en ligamento faz de trama. Estas piezas fueron originalmente tejidas como un extenso paño rectangular con una abertura central, que posteriormente al ser doblada en sentido horizontal para constituir la pieza pasa a conformar la abertura del cuello, al tiempo que las orillas laterales se cosen parcialmente, dejando en la parte superior la abertura de los brazos.

A pesar de la similitud con sus contrapartes de Azapa, que se extiende a los atributos materiales y técnicos de este textil e incluso con aquellos ejemplares identificados en el Loa Inferior y Medio, el tejido que acompañaba al individuo presentaba una extensa serie de reparaciones, que cambiaron incluso la disposición



Figura 14. Detalle de tejido original (derecha) y túnica Alto Ramírez (izquierda).
 Figure 14. Detail of the original weaving (right) and Alto Ramírez tunic (left).

de diversos atributos de la pieza original (fig. 15). Existen dos orillas de trama en ambas caras, situadas en la parte inferior central de la pieza, que creemos habría constituido originalmente la abertura del cuello. Esto implicaría que, entre los diversos remiendos, se invirtió la túnica en sentido longitudinal y se cerraron por medio de un encandelillado la abertura del cuello y las de los brazos por la agregación por aguja de hilados en sentido horizontal y vertical. Esto tiene coherencia con que la única “abertura para los brazos” conservada igualmente constituye una reparación en la cual se cortaron tramas que fueron anudadas regularmente en la cara anterior y reforzadas por medio de una puntada de tallo en la posterior, para “improvisar” este elemento y prolongar la vida útil y funcional del tejido. De lo anterior se desprende que no existe el reborde inferior del tejido en faz de trama de las piezas “originales” y, acorde con lo señalado, el actual orillo inferior corresponde a un agregado de reparaciones.

Sin duda, la mayor particularidad del tejido es la gran extensión de las reparaciones, en un número mínimo de 79, que, como corresponde a las reparaciones precolombinas, no sugiere la intención de imitar el tejido original. Mínimo, porque es lo que macroscópicamente fue posible contabilizar, pero no se descarta que usando instrumentos ópticos adecuados sea posible que ese número se acerque e incluso supere el centenar. Las reparaciones se habrían realizado por medio de aguja y la mayor parte en sentido de la urdimbre, lo que

resulta coherente con el desempeño de la pieza en uso, en que estos elementos sufrirían mayor desgaste por roce. En consecuencia, fueron montadas sobre los hilados de trama, generalmente agrupadas en dos o tres (fig. 15). En muy pocos casos pudimos detectar con precisión el traslape de las reparaciones, lo que permitió establecer la secuencia en su realización. Lo más frecuente es que exista una fuerte superposición de hilados de muchas reparaciones entremezcladas con las urdimbres originales.

En general, las reparaciones parecían haber sido realizadas con fibra animal, posiblemente de camélido. Las únicas excepciones eran fibras más gruesas, preliminarmente identificadas como pelo humano, además del algodón y la fibra vegetal. Dentro de las dos reparaciones que parecen haber empleado pelo humano, una de ellas tiene la particularidad adicional de haber constituido un hilado 2SZ realizado con torsión inversa que, de acuerdo a los antecedentes textiles andinos, sugiere su vinculación con el ámbito ritual y, particularmente, con la muerte (Goodell 1968). Entre los hilados que no parecen diferenciarse en términos materiales, cabe destacar la presencia de cables que, salvo que se pueda tratar de camélido, guardan cierta semejanza con lienzas de pesca. Igual cosa sugieren los escasos hilados que parecen haber sido confeccionados en algodón. Otras peculiaridades dentro de los hilados usados en las reparaciones, es el escaso hallazgo de colores teñidos, que se restringen al rojo y azul piedra.



Figura 15. Túnica del contexto funerario y detalles de las reparaciones: nudos en la abertura para los brazos (superior derecha); reparaciones en el reborde inferior (inferior izquierda) y orillas de trama en sector central unidas por encandelillado (inferior derecha).

Figure 15. Funerary context tunic and detail of mended areas: knots around an arm opening (upper right); mends in the garment's lower border (lower left); and weft borders in the central area, joined by over stitching (lower right).

Los análisis de identificación de fibra practicada sobre un total de 20 muestras provenientes del tejido original y de las reparaciones dilucidaron estas observaciones (Benavente 2006 Ms). Este análisis permite precisar que el tejido original fue confeccionado con hilados realizados

por medio de la torsión de pelos de llama, los que se utilizaron tanto en la urdimbre como en la trama. En tanto, las reparaciones se hicieron principalmente en hilados de vicuña (78,57%) y de manera mucho más esporádica se utilizó pelo de llama (21,43%). Aquí debe

aclararse que lo que se había reconocido a simple vista como pelo humano resultó ser pelo de llama (*Lama glama*), específicamente de la cola, en tanto lo que se asignó como algodón corresponde a vicuña (*Vicugna vicugna*).

Por otra parte, el análisis de espectroscopia indica que el color rojo de una de las reparaciones fue teñido por medio de un colorante natural de origen orgánico, al igual que el mordiente, que posiblemente corresponda a urea animal (Lira 2006 Ms).

De este tejido se tomaron dos muestras para fechar. La primera se obtuvo de la cara anterior, en la parte superior de uno de los sectores más extensos del tejido original, el que arrojó una fecha Cal. 40 a 230 DC. La segunda corresponde al segundo nudo de la reparación 46 de la cara posterior, compuesto por un hilado de vicuña molinés irregular 2ZS, con grado de torsión medio y título grueso, que pasa entre las reparaciones 34, 36, 38 y 41. Esta muestra en Cal. 60 a 240 DC (véase Tabla 1).

Finalmente, completa el ajuar un collar dispuesto en torno al cuello encontrado durante la microexcavación en laboratorio (fig. 16). Éste se compone de un torzal monocromo irregular 2ZS, de torsión media a floja y título regular a grueso, que conforma la “cadena” que



Figura 16. Collar de fibra.
Figure 16. Plant fiber necklace.

anuda al “pendiente” conformado por un pequeño mechón de pelo ¿humano? Si bien desconocemos descripciones de objetos de este tipo, es frecuente la mención de tobilleras y pulseras realizadas por medio de hilados y en Quillagua se han encontrado collares cuyas cuentas estaban constituidas por vainas de algarrobo en contextos de enturbantados fechados en 200 ± 70 DC (Gallardo et al. 1993).

LOS RESTOS ZOOARQUEOLÓGICOS

Se trabajó con un total de 272 restos óseos de peces procedentes del contenido de la bolsa anillada; del contenido estomacal, asociado a restos de tejidos blandos recuperados del sector abdominal del individuo que fueron interpretados como porciones de órganos preservados por momificación; y por último, de escasos restos recuperados del tamizado de sedimentos, correspondientes principalmente a espinas y restos de aletas. Del contexto funerario, también proviene un roedor momificado recuperado bajo el individuo, cerca de la articulación coxofemoral derecha. La identificación taxonómica de los restos, tanto de peces como de roedores, se basó en la contrastación con esqueletos de referencia depositados en el Museo Nacional de Historia Natural y de guías osteológicas de referencia (Reise 1973, para los roedores; Wheeler & Jones 1989, para el caso de los peces; Falabella et al. 1995).

En relación a los peces, gran parte de la muestra corresponde a unidades de difícil asignación taxonómica específica o genérica (p. e., vértebras, pterigóforos, espinas, entre otros), siendo posible adscribir los restos analizados a la familia Labrisomidae a partir de la morfología de las vértebras caudales recuperadas tanto en el contenido estomacal como en la bolsa anillada (fig. 17). Se asume, por tanto, que aquellas unidades no diagnósticas corresponden igualmente a esta familia.

En el extremo norte de Chile, esta familia se encuentra representada por dos géneros y cuatro especies (Pequeño 1989; Medina et al. 2004): *Labrisomus philiphi* (Tomoyo), *Auchenionchus crinitus*, *A. microcirrhus* y *A. variolosus* (Chalaco). Se trata de especies de talla pequeña (18-35 cm) y ca. 600 g de peso (Pequeño 1989). Todas las especies presentan una etología similar, correspondiendo a organismos de vida estrictamente litoral, asociados principalmente a fondos marinos en profundidades no superiores a los 10 m (Pequeño, comunicación personal), por lo que pueden ser capturados desde la orilla.

La muestra proveniente de la bolsa anillada es la más abundante y diversa (número de especímenes identificados: 237, 87,4%), destacando una importante



Figura 17. Vértices caudales, familia Labrisomidae, provenientes tanto del contenido estomacal como de la bolsa anillada.
Figure 17. River vertebrates (Labrisomidae family) from the stomach contents as well as the loop-stitch bag.

cantidad de vértebras caudales (número de elementos identificados: 20), unidades del complejo uróforo (aleta caudal), espinas, pterigóforos, restos distales de las aletas y, en menor medida, costillas y unidades pertenecientes al anillo pectoral (coracoides y radiales). A juzgar por la orientación de la espina dorsal presente en gran parte de las vértebras caudales y atendiendo al número de hypurales (huesos de la aleta caudal) y radiales recuperados, es posible postular que se trata de un solo individuo, el que se encontraría prácticamente completo, por lo menos en su tercio distal. Es interesante destacar, no obstante, la presencia de huesos del anillo pectoral, ya que éstos articulan en último término con el neurocráneo, ubicándose, por tanto, muy cerca de la cabeza y de las vértebras precaudales.

Los restos recuperados en el contenido estomacal son menos frecuentes, lo que se relacionaría con los procesos de destrucción que sufren las unidades óseas tras la masticación y la exposición a los ácidos estomacales (Butler & Schroeder 1998). En este sentido,

diez unidades óseas presentan huellas coherentes con este proceso (en orden decreciente, pulido, agujereado y deformado). Las unidades identificadas son similares a las registradas en la bolsa, a excepción de la ausencia completa de hypurales y la presencia de dos vértebras precaudales. Se estima la presencia de un solo individuo.

Por último, el roedor identificado corresponde a un ejemplar prácticamente completo de *Phyllotis* sp., parcialmente momificado (fig. 18). El hábitat más cercano de este roedor se registra en el río Loa, por lo que su inclusión en el contexto funerario se debe a causas antrópicas, situación que se ve respaldada por la ausencia de perturbaciones en la estratigrafía y la etología no fosorial de este roedor.

EL EJE VIAL ASOCIADO AL CONTEXTO

La unidad mortuoria descrita se ubica unos 20 m al norte de un eje vial que presenta una orientación general este-oeste y muy baja visibilidad, del cual registramos sistemáticamente un segmento de unos 4 km de longitud (fig. 19). Dicho segmento corresponde a un sendero único con un trazado recto y sinuoso, con un rumbo que fluctúa entre los 102° N y 120° N, un ancho máximo que va entre los 20 cm y 60 cm y una profundidad entre los 1,5 cm y 6,5 cm. Directamente asociado al segmento vial, se consignaron ocho sitios con estructuras del tipo *paskana*, esto es, asentamientos menores, de escasa inversión y factura expeditiva, propios de aquellas estructuras que reflejan un uso de carácter transitorio y característico de la movilidad interregional (véase Núñez 1984; Berenguer 2004; Nielsen 2006; Pimentel 2006; Pimentel et al. 2007). También se identificaron en el borde norte del segmento de la ruta ocho pequeños amontonamientos de piedras con evidencia de alfarería prehispánica que sugieren algún grado de ceremonialismo en contexto de tránsito. De los materiales muebles se registraron concentraciones de materiales cerámicos que corresponden al tipo



Figura 18. Cráneo de *Phyllotis* sp., ubicado bajo el individuo.
Figure 18. *Phyllotis* sp. skull, located underneath the individual.

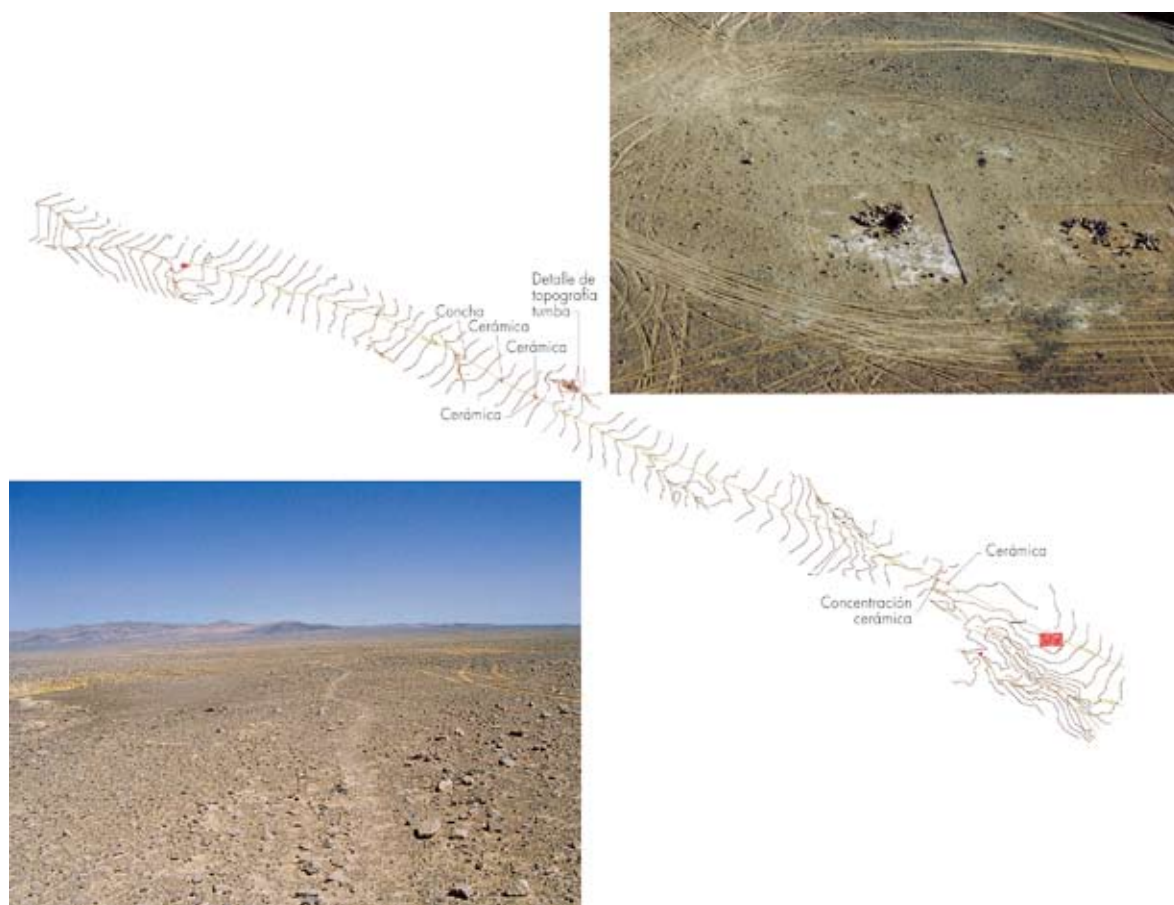


Figura 19. Ruta asociada al contexto funerario. Detalle de emplazamiento general y de estructuras tipo paskanas.
 Figure 19. Route associated with the funerary context. Detail of the general site and paskana (stopping place) structures.

Loa Café Alisado, un tipo de contenedor de tamaño mediano a grande que se vincula principalmente con el Período Formativo en la región atacameña, además de eventos discretos de talla lítica sobre materia prima local y escasa presencia de fragmentos de moluscos del Pacífico (Pimentel et al. 2008).

De acuerdo al seguimiento que se hizo de este eje vial tanto al este como al oeste del trayecto, podemos precisar que conectó hacia al este con el río Loa en el paso El Toco, no descartándose que pudiera continuar hasta el Loa Medio (Calama y/o Chiu Chiu). En tanto, en dirección a la costa, la vía pasa por el norte de los cerros Videla, comunicando posiblemente con los sitios costeros de Punta Paquica y Punta Mal Paso, unos 10 km al norte de Tocopilla. Mientras para el primer caso contábamos con antecedentes de ocupaciones prehispánicas del cementerio de Paquica (Latham 1938), para Punta Mal Paso no tenemos referencias de sitios publicados, aun cuando en terreno pudimos

identificar un extenso y complejo sitio con estructuras semienterradas de planta semicircular, en algunos casos con muros formalizados y conchales monticulares, que recuerdan el mismo patrón del sitio Arcaico Tardío de Caleta Huelén-42 (Núñez et al. 1975).

Las evidencias de cerámica exclusiva de tiempos formativos en distintos puntos de la ruta indican un uso del eje vial principal, si no exclusivamente, para momentos formativos y con usuarios que pudieron tener su origen en los ejes nodales de la costa de Punta Paquica o Mal Paso (véase fig. 1). Cabe precisar que esta es la primera evidencia reconocida como una vía transversal de un sendero único de época formativa para el área atacameña y, hasta donde conocemos, para los Andes Centro Sur. La ausencia de los típicos senderos “rastrillados” sugiere que por esta vía no se movilizaban caravanas de llamas, sino más bien grupos peatonales que pudieron tener un origen costero, discusión que ampliamos a continuación.

ACTORES Y EVENTOS EN Y TRAS ESTE ESPACIO VACÍO

La evidente discrepancia entre la fecha de tejido muscular del individuo y la del textil principal (véase Tabla 1) resultó intrigante, considerando que las últimas son bastante consistentes entre sí y con la posición cronológica de las túnicas asignadas a la Fase Alto Ramírez (Muñoz 1989). De acuerdo al Dr. Darden Hood del laboratorio Beta Analytic (Miami, FL), la diferencia entre tejido muscular y textiles se vincularía con la adscripción costera del individuo y correspondería al efecto reservorio, resultante de una dieta rica en productos marinos. En tal sentido, las fechas más confiables serían las textiles (D. Hood, comunicación personal 2006).

Con esta información y como consecuencia del análisis precedente, es obvio que el contexto funerario se enmarca en el Período Formativo, específicamente en su porción más tardía. De esto da cuenta claramente la túnica depositada en contextos funerarios del Valle de Azapa, como también la bolsa miniatura que se vincula con el Formativo Tardío de la región de Tarapacá (Agüero & Cases 2004). Refrendan estas observaciones las fechas obtenidas, que coinciden con el rango “esperado” de acuerdo a los distintos elementos que componían el contexto. A este respecto, cabe destacar que los fechados aportan precisiones que previamente eran inferidas a partir de su asociación con otros materiales. Es igualmente interesante que la bolsa miniatura se asocie a esta fecha, pues indicaría que este tipo de objetos estaba en uso al menos 150 años antes de lo que se suponía previamente (Agüero & Cases 2004).

El hallazgo sugiere que el individuo no se encontraba solo al momento de su muerte, sino que viajaba acompañado por quien(es) realizó(aron) un “improvisado” ritual mortuario. Improvisado, porque lo más frecuente durante el Formativo es la realización de fosas subterráneas para depositar un cadáver flectado que, de acuerdo a los antecedentes de Quillagua, poseen escasa ofrenda y serían individuales (Agüero et al. 2006). No es raro que incluso los túmulos, cuando comportan la función funeraria, hayan contado con una fosa (Montt 2003). De esta manera, nuestro contexto apunta a que quienes oficiaron el ritual mortuario no pudieron dedicar todo el tiempo que éste habría demandado en los poblados, que en tales contextos incluyeron cavar una fosa y flectar el cuerpo. Esto igualmente podría insinuar que el conocimiento para flexionar los cadáveres pudo no ser de dominio público. Las dos variables, tiempo y conocimiento –pero sobre todo el emplazamiento en que murió el individuo, en un lugar vacío y en un

contexto completamente inesperado–, explicarían la poca dedicación de la funebria. Esto, de algún modo, se reflejaría también en la cantidad de reparaciones del tejido que le abrigó en su última morada. No deja de ser interesante que se haya aprovechado una cárcava, formando un pequeño túmulo, en torno a lo cual no podemos olvidar la frecuencia que tienen dichas formaciones en Caleta Huelén 7, 10, 20 A y 43, que cuentan con al menos un sector de túmulos. Particularmente en este último sitio se registraron 210 estructuras de este tipo, situación que se repite con menor frecuencia en otros sitios costeros entre Arica y Cobija (Núñez 1971, 1976; Moragas 1982, 1995).

Por su parte, los análisis bioantropológicos develan una persona que sufrió de exostosis auditiva leve, otitis y sinusitis, todas las cuales son mejor descritas y explicadas en poblaciones costeras. Su condición dental, si bien pudo tener origen en una dieta abrasiva, vinculada a la incorporación en los alimentos de componentes como piedrecillas, arena, conchilla, u otros, se pudo potenciar por un uso parafuncional del aparato masticatorio. Aunque no sabemos cuál fue su dieta de manera más estable, es evidente que lo último que consumió fue el pescado que portaba en su bolsa anillada.

A pesar de las patologías que el individuo exhibe, dentro de las actividades que efectivamente realizó se contó el caminar, lo que resulta claro por su hallazgo en un espacio vacío. Esto sugiere que sus afecciones habrían sido leves y no le habrían impedido participar en actividades económicas. Así, a juzgar por su edad y por el lugar en que murió, fue un sujeto económica y, en ese sentido, socialmente activo.

En torno a los textiles concluimos que, con ciertas particularidades, el tejido más extenso originalmente correspondió a una túnica Alto Ramírez del Formativo Tardío (500 AC-500 DC) del Valle de Azapa (Mujica 1985; Muñoz 1989), cuya distribución alcanza al curso inferior y medio del Loa, Quillagua y Topáter, respectivamente (Agüero & Cases 2004). De la cantidad de reparaciones, podemos inferir que la túnica en cuestión fue de muy difícil reposición y, por tanto, valorada por su portador, justificando una fuerte inversión de fibra y trabajo en sus remiendos. Del análisis de los hilados usados en las reparaciones se podría señalar, además, que una parte de éstos no fueron realizados por hilanderos expertos y que incluso los hilados fueron “improvisados”, afirmando su origen costero. Esto, a su vez, apunta a que su portador no accedió a un reemplazo, por ende presumimos que no tejía y/o no tenía un acceso directo a “grupos tejedores”. Por otra parte, la recurrencia en el uso de fibra de vicuña en las reparaciones muestra cierta fluidez en el acceso a recursos de tierras altas y, en lo que concierne a los

hilados usados en éstas, revela que la materia prima sin procesar sería objeto de intercambio con poblaciones de la costa. Esta observación se refrenda en el hallazgo en Caleta Huelén 42 en la desembocadura del Loa de enormes cantidades de vellón, hilados y tejidos en diversas técnicas de anillado (Núñez et al. 1975; Zlatar 1983). Considerando lo consistentes que resultaron los fechados de tejido original y reparaciones, vemos un uso muy intenso de la pieza. Dado el rango temporal que muestran las fechas, cabe preguntarse si la totalidad de las reparaciones representan el desgaste que esta pieza pudo haber sufrido en una sola generación o si pudo heredarse.

Aunque los datos apuntan a un origen costero del individuo, es igualmente evidente cierta conexión con poblaciones tarapaqueñas, según lo demuestra la bolsita miniatura característica de dicha industria textil (Agüero & Cases 2004). Recordemos que en Quillagua se ofrendaron miniaturas en un túmulo ceremonial del Formativo Tardío, junto con gran cantidad de restos ictiológicos sin cuantificar ni analizar a la fecha (Agüero et al. 2006). Asimismo, en numerosos sitios formativos de Quillagua se encontró un estilo cerámico de manufactura local fuertemente emparentado con la alfarería de la quebrada de Tarapacá, por lo tanto, no resulta tan extraña la presencia de estas manifestaciones en cercanía de los cerros de Galenosa. No obstante, en la región en que se inserta nuestro contexto, la totalidad de la cerámica es característica del Formativo atacameño, evidenciando también vínculos con esta región. De esta manera, nuestro individuo costero parece coparticipar de la red de interacción formativa entre las regiones de Tarapacá y Atacama, ya anunciada desde el Loa Inferior (Agüero et al. 2006).

En relación a los restos faunísticos asociados al contexto, el análisis de frecuencia de partes de peces, considerando las tres muestras, permite sugerir que se trata de un solo individuo, el que habría sido consumido parcialmente. Esta interpretación se basa en el número mínimo de individuos totales, en la presencia casi completa del tercio distal en la bolsa anillada y en la presencia de vértebras precaudales exclusivamente en el contenido estomacal, las que, a su vez, explican la presencia de huesos del anillo pectoral en la bolsa. De esta manera se sugiere que el animal habría sido procesado inicialmente en el lugar de origen, en donde se le habría extraído la cabeza para su transporte, situación avalada por la ausencia de elementos craneales y faciales (cfr. Hoffman et al. 2000). A juzgar por la ubicación del yacimiento, es probable que el espécimen haya sido objeto de algún proceso de conservación (p. e., secado o ahumado). La presencia de radiales y de

dos vértebras precaudales en el contenido estomacal y la ausencia en la bolsa anillada de estas últimas sugieren que el individuo habría sido segmentado cerca de la primera o segunda vértebra caudal, siendo consumida la porción correspondiente al tercio central, incluyendo porciones de las aletas y las espinas. De acuerdo a Butler y Schroeder (1988) cerca de un 13% de los restos óseos de peces se conserva tras el proceso de digestión, situación coherente con la baja frecuencia de unidades registradas en el contenido estomacal. Todo lo anterior aludiría a que los personajes involucrados en este eje de tránsito, además de provenir de la costa, consumen “charquecillo” durante el viaje, y nos da pie a suponer que este podría haber sido un bien de intercambio. Suponemos un intercambio por la presencia de semillas de algarrobo y un roedor, cuya procedencia más cercana sería el Loa, sin embargo, esto es sólo hipotético, por cuanto podría igual y perfectamente corresponder a personas de la costa dirigiéndose al curso medio del río sólo para complementar su producción. En esta dirección, la presencia del roedor y de algarrobo podría sugerir que se dirigían a la costa, tras su obtención por recolección o intercambio.

Por otra parte, la presencia de múltiples *paskanas* en relativa cercanía a la unidad mortuoria de data prehispánica revela que ésta fue un área formalizada de descanso, siendo un paradero obligatorio para los viajeros interzonales, lo que representa el final de una jornada de viaje que en este caso coincide con la depositación de un viajero en un área adyacente a campamentos de descanso. A juzgar por las evidencias de un sendero único, escasa presencia de fragmentos cerámicos, ausencia de fecas de camélidos, baja variabilidad de materias primas, principalmente de origen local, en los campamentos de descanso y las características del contexto mortuario aquí analizado, se sugiere que fue una vía usada por un tipo de movilidad exclusivamente humana, vale decir, sin el apoyo de recuas de llamas, lo que hablaría de un contexto de tránsito no propiamente caravanero, sino más bien de tipo costero (Pimentel et al. 2008).

Previamente, en una revisión de los antecedentes que sugerían la existencia de tráfico de caravanas en el Norte Grande (Cases 2002 Ms), habíamos concluido que, si bien hay contactos regionales durante el Formativo Temprano, éste se consolidaría en propiedad como sistema de interacción, integración y complementación socioeconómica hacia el final del período. En estos momentos sí encontramos al menos en los principales asentamientos del período –Tarapacá, quebradas y oasis atacameños– espacios aptos para tener animales y para almacenar excedentes. Por otra parte, si bien

pudo existir tráfico, éste tendría un carácter incipiente al comienzo del Formativo, perfilándose con mayor nitidez durante su etapa final, cuando se observa la circulación no sólo de objetos, sino de ciertas “ideas”, al menos en lo referente a maneras de hacer cerámica y en rasgos arquitectónicos (Ayala 2001). Destacábamos igualmente que el caravaneo no alcanza la visibilidad de momentos posteriores, lo que nos sugería que parte importante del tráfico se podría haber realizado sin la intervención de animales, sino sólo por tracción humana (Cases 2002 Ms).

En suma, a la luz de nuestra evidencia, vemos un contexto que, no obstante sus particularidades, tiene semejanzas materiales con la costa, el Loa Inferior y Medio y Tarapacá.⁷ Esto apuntaría a que el tráfico en el Formativo Tardío está bien consolidado localmente, aunque no fue con el uso de caravanas. De esta manera, junto a la mejor visualización y condiciones para la operación de caravanas en otras zonas como Tarapacá, Loa Superior y San Pedro de Atacama (Cases 2002 Ms) vemos que, paralelamente, existieron particularidades de un carácter más local, como caminantes costeros, lo que sugiere una segmentación social o zonal en las modalidades de tráfico. De hecho, en el mismo marco espacial del contexto tratado aquí existen rutas que fueron caravaneras, evidenciando la existencia de estrategias diversas usadas por distintos grupos: costeros caminantes e interiores caravaneros (Pimentel et al. 2008). La ruta directamente asociada a nuestro hallazgo muestra que sin constituir caravanas se trataría de un tráfico especializado (*sensu* Nielsen 2006), constituyéndose en un espacio privilegiado para reconocerlo y, en este caso particular, ilustrando la agencia de caminantes que articulan espacios distantes y complementarios. Es indudable, igualmente, que al menos en esta región y período específicos, si bien podrían haber literalmente aliviado la carga, los animales no fueron imprescindibles. En este caso su ausencia se traduce en volúmenes discretos de productos movidos entre el Loa y la costa, bajo una estrategia que nos parece más de aprovisionamiento logístico de materias primas líticas, algarrobo y otros productos del interior (maderas, por ejemplo) y no necesaria y exclusivamente por intercambio con otras poblaciones, como pudo ser la obtención de fibras de llama y vicuña para las reparaciones.

Finalmente, ¿qué nos muestra este contexto? Por una parte, que un sujeto con patologías leves pudo participar en circuitos de movilidad, de otro modo nuestro individuo jamás habría muerto en este espacio vacío. Aunque posiblemente esta no fue la más representativa de la

movilidad interzonal, sí constituye un cable a tierra en torno a como solemos imaginarla. En nuestro caso particular sugiere una actividad desarrollada en el seno de una unidad doméstica, en que participan los individuos “disponibles”. Nos informa también de un eje restringido: costa-Loa Inferior, lo que cuestiona en alguna medida la extensión de los circuitos de movilidad “costa-altiplano” (Núñez & Dillehay 1995 [1979]); si bien nuestro contexto no permite evaluar cabalmente dichas afirmaciones, nos advierte de una posible segmentación de lo distante en circuitos más discretos y, si se quiere, más local de enfrentar el tráfico interzonal. Por otra parte, la información zooarqueológica señala procesos de faenamiento y tratamiento de lo que podría constituir el principal producto en tráfico desde la costa: el pescado seco o charquecillo, que en este caso implica mínimamente la extracción de la cabeza y la conservación del cuerpo.

Con lo anterior, para este lugar y tiempo específicos sugerimos que la movilidad pudo operar sin la presencia de caravanas de llamas, advirtiéndonos del carácter más limitado en términos de distancias. Asimismo, la vigencia del paradigma de complementariedad, que sin duda se vio favorecido por la incorporación de animales, no fue sino hasta tiempos más tardíos y tal vez sólo para algunos grupos, una condición *sine qua non*. En tal dirección, como lo hemos planteado en otras ocasiones y contextos (Cases 2004), creemos ver en los asertos que dirigen el modelo caravanero en esta región para el Formativo (Núñez & Dillehay 1995 [1979]) una mirada filtrada por el lente de tierras altas (sobre los 2400 m snm), para observar la pampa y su articulación a la costa. Este contexto y ruta asociada nos muestra la movilidad desde la costa hacia ámbitos del interior, evidenciando actores, conocimientos y necesidades poco representados en el imaginario arqueológico del período, con lo cual aquí hemos aportado a una perspectiva internodal y, en ese sentido más local, del tráfico interzonal.

RECONOCIMIENTOS: Primeramente a Richi, nombre que el equipo dio al protagonista de este escrito; a José Berenguer por motivarnos a publicar este artículo y a los cuatro evaluadores anónimos cuyas observaciones y sugerencias permitieron mejorar el texto original; a la totalidad del equipo involucrado en el desarrollo del proyecto que dio origen a este estudio: Lorena Arancibia, José Blanco, Liliana Bueno, Adriana Capaldo, Carlos Carrasco, Paz Casanova, Rosario Cordero, Patricio de Souza, Francisco Gallardo, Kenneth Jensen, Cecilia Lemp, Magdalena de la Maza, Pablo Mendes-Quiros, Claudio Mercado, Carolina Odone, Virginia Popovic, Camilo Robles, Claudia Silva, Catalina Soto, Ignacio Torres, Flora Vilches y al equipo de topografía. También agradecemos a Verónica Silva y Arturo Sáez, Licenciados en Antropología Física, Universidad de Chile, y al arquitecto Claudio Águila Carvajal, por el traspaso de planos autocad a jpg y su desinteresado aporte a la prehistoria de Chile.

NOTAS

¹ Este artículo fue presentado originalmente como ponencia bajo el título “¿Un caravenero muerto en ruta? Análisis y discusión de un contexto funerario internodal”, en el Simposio “Arqueología de los ‘espacios vacíos’: una aproximación internodal a las relaciones sociales” organizado por José Berenguer y Gonzalo Pimentel, en el XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, octubre 9-14, 2006.

² La diferenciación entre ambas se realizó atendiendo la variabilidad en la compactación y menor o mayor proporción de costra y gravilla, atributos que, sin embargo, no eran constantes en todas las unidades.

³ Además de la microexcavación, en la etapa de laboratorio se realizó la toma de muestras para análisis de metales pesados e isótopos estables para reconstrucción dietaria (fanerios, i. e., pelos, uñas); sección rectangular de diáfisis en fémur derecho y porción muscular pectoral mayor; análisis genéticos (sección rectangular para análisis de DNA mitocondrial y muestra de roedor para DNA nuclear) y contenido intestinal para parásitos.

⁴ Durante los análisis de laboratorio y dependiendo del nivel de desecamiento de las estructuras, se consolidaron con Paraloid al 5%, al 7% y al 10%. El cráneo –fracturado en más de 60 fragmentos– fue restaurado con silicona líquida antifonnación de hongos (UHU), puentes de papel japonés (Paraloid al 10%) y de madera, como puntales de apoyo. Se utiliza agua bidestilada para conservar la integridad de las estructuras dependiendo de su nivel de conservación.

⁵ Platibasia unilateral leve: ni el lóbulo derecho cerebral ni cerebeloso crecen lo suficiente para inducir el crecimiento de esta región del cráneo.

⁶ Cabe señalar que los procedimientos de conservación realizados a las piezas textiles –principalmente limpieza mecánica, humidificación y eliminación de pliegues– fueron fundamentales para la posterior realización del análisis técnico-textil. Estos procedimientos, tanto en terreno como en laboratorio, fueron realizados por Paz Casanova y Cecilia Lemp.

⁷ L. Núñez (comunicación personal, 2002) señala la existencia de túmulos en el Loa Medio.

REFERENCIAS

- AGÜERO, C., 2002. Textilería de “los aborígenes de Arica”. La Colección Uhle del Museo Nacional de Historia Natural (Santiago de Chile). *Gaceta Arqueológica Andina* 26: 171-191. Lima: Instituto Andino de Estudios Arqueológicos.
- AGÜERO, C. & B. CASES, 2004. Los textiles formativos del norte de Chile. En *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Chungara* Vol. Especial: 599-618, Arica.
- AGÜERO, C.; P. AYALA; M. URIBE; C. CARRASCO & B. CASES, 2006. El Período Formativo desde Quillagua, Loa Inferior (norte de Chile). En *Esferas de Interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas: los Andes sur centrales*, H. Lechtman, Ed., pp. 73-120. Lima: Institute of Andean Research.
- AUFDERHEIDE, A. & C. RODRÍGUEZ-MARTÍN, 1998. *The Cambridge Encyclopedia of Human Paleopathology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- AYALA, P., 2001. Las sociedades formativas del altiplano circuntitica y meridional y su relación con el Norte Grande de Chile. *Estudios Atacameños* 21: 7-39, San Pedro de Atacama.
- BEHAVENTE, A., 2006 Ms. Análisis de pelíferos de la pieza textil proveniente de la Localidad de María Elena (Provincia de El Loa, II Región).
- BERENGUER, J., 2004. *Caravanas, interacción y cambio en el desierto de Atacama*. Santiago: Sirawi Ediciones.
- BERENGUER, J. & G. PIMENTEL, 2006. Arqueología de los “espacios vacíos”: una aproximación internodal a las relaciones sociales. En *XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Valdivia*. En Prensa.
- BUKSTRA, J. & D. H. UBELAKER, 1994. *Standards for data collection from human skeletal remains*. Proceedings of a Seminar at the Field Museum of Natural History, Archaeological Survey Research Series 44. Fayetteville, Arkansas.
- BUTLER, V. & R. SCHROEDER, 1998. Do digestive processes leave diagnostic traces on fish bones? *Journal of Archaeological Science* 25: 957-971, Amsterdam.
- CALABUIG, G., 2004. *Medicina legal y toxicología*. Barcelona: Editorial Masson S. A.
- CARPENTER, M., 1997. *Neuroanatomía, fundamentos*. Buenos Aires: Editorial Médica Panamericana.
- CASES, B., 2000. Textiles Formativos de la Cuenca del Loa y de Atacama. En *Actas XIII Reunión Anual Comité Nacional de Conservación Textil*, pp. 35-43, Santiago.
- 2002 Ms. Caravanas en el Formativo. Informe Proyecto FONDECYT N° 1990168.
- 2004. Un acercamiento a las bolsas domésticas de Quillagua en relación a las caravanas del Período Intermedio Tardío (Loa Inferior, II Región). Memoria para optar al título profesional de Arqueóloga. Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología, Universidad de Chile.
- DI MAIO, V. & S. DANA, 2003. *Manual de patología forense*. Barcelona: Ediciones Díaz de Santos S. A.
- EDER, M. & P. GEDIK, 1979. *Manual de patología general y anatomía patológica*. Barcelona: Editorial Científica-Médica.
- EMERY, I. 1995 [1967]. *The primary structures of fabrics. An illustrated classification*. Washington, D.C.: Watson-Guipill Publications/Whitney Library of Design, The Textile Museum.
- FALABELLA, F.; R. MELÉNDEZ & M. L. VARGAS, 1995. *Claves osteológicas para peces de Chile central. Un enfoque arqueológico*. Santiago: Editorial Artegrama Ltda.
- GALLARDO, F.; L. CORNEJO; R. SÁNCHEZ; B. CASES; A. ROMÁN & A. DEZA, 1993. Arqueología en el valle de Quillagua, río Loa, Norte de Chile. *Gaceta Arqueológica Andina* 23: 125-138. Lima: Instituto Andino de Estudios Arqueológicos.
- GOODELL, G., 1968. A study of Andean spinning in the Cuzco Region. *The Textile Museum Journal* 2 (3): 2-8, Washington D.C.
- HOFFMAN, B.; J. CZEDERPLITZ & M. PARTLOW, 2000. Heads or tails: The zooarchaeology of Aleut Salmon Storage on Unimak Island, Alaska. *Journal of archaeological science* 27: 699-708, Amsterdam.
- ISCAN, M. Y. & R. P. HELME, 1995. *Forensic analysis of the skull*. New York: Wiley-Liss, Inc.
- KENNEDY, K. 1989. Skeletal markers of occupational stress. *Reconstruction of Life from the Skeleton*, 129-160.
- LATCHAM, R., 1938. *Arqueología de la región atacameña*. Santiago: Prensas de la Universidad de Chile.
- LEIVA, D., 2006 Ms. Informe bioantropológico proyecto salvataje quincho (tpi-copec), sitio arqueológico s-bato 1.
- LEIVA, D. & A. SÁEZ, 1999 Ms. Indicadores osteológicos de estrés ocupacional por grupos etarios en cementerio prehistórico de punta Teatinos, un primer acercamiento. En posesión de la autora.
- LIRA, M., 2006 Ms. Análisis de microscopía óptica para procesos de restauración y conservación de obras de arte.
- LOVEJOY, C. O.; R. S. MEINDL; T. R. PRYZBECK & R. P. MENSFORTH, 1985. Chronological metamorphosis of the auricular surface of the ilium. A new method for the determination of adult skeletal age at death. *Amer. Jour. Phys. Anthropol.* 68 (1): 15-28.
- MEDINA, M.; M. ARAYA & C. VEGA, 2004. Alimentación y relaciones tróficas de peces costeros de la zona norte de Chile. *Investigaciones Marinas* 32 (1): 33-47, Valparaíso.
- MONTT, I., 2003. Representaciones sociales en torno a la vida y la muerte: una (re)visión de las instalaciones funerarias en Atacama, períodos Intermedio Temprano e Intermedio Tardío. *Gaceta Arqueológica Andina*. Lima: Instituto Andino de Estudios Arqueológicos. En prensa.

- MORAGAS, C., 1982. Túmulos funerarios de la costa sur de Tocopilla (Cobija), II Región. *Chungará* 9: 152-173, Arica.
- 1995. Desarrollo de las comunidades prehispánicas del litoral de Iquique - desembocadura río Loa. *Hombre y Desierto* 9: 65-80, Antofagasta.
- MUJICA, E., 1985. Altiplano-coast relationships in the South-Central Andes: From indirect to direct complementarity. En *Andean Ecology and Civilization*, S. Masuda, I. Shimada & C. Morris, Eds., pp. 103-140. Tokyo: University of Tokyo Press.
- MUNOZ, I., 1989. El Período Formativo en el Norte Grande. En *Culturas de Chile. Prehistoria: Desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, pp. 107-128. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- NIELSEN, A., 2006. Estudios internodales e interacción interregional en los Andes Circumpuneños: Teoría, método y ejemplos de aplicación. En *Esféras de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas en los Andes Sur Centrales*, H. Lechtman, Ed., pp. 29-62. Lima: Instituto de Estudios Peruanos e Institute of Andean Research.
- NÚÑEZ, L., 1971. Secuencia y cambio en los asentamientos humanos de la desembocadura del río Loa en el norte de Chile. *Boletín de la Universidad de Chile* 112: 3-25, Santiago.
- 1976. Geoglifos y tráfico de caravanas en el desierto chileno. En *Homenaje al Dr. Gustavo Le Paige, s.j.*, pp. 147-201. Santiago: Universidad de Chile.
- 1984. Tráfico de complementariedad de recursos entre las tierras altas y el Pacífico en el área centro sur andina. Tesis Doctoral, Departamento de Antropología Cultural, Universidad de Tokio.
- NÚÑEZ, L. & T. DILLEHAY, 1995 [1979]. Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes meridionales: patrones de tráfico e interacción económica. Antofagasta: Universidad del Norte.
- NÚÑEZ, L.; V. ZLATAR & P. NÚÑEZ, 1975. *Caleta Huelén 42, una aldea temprana en el norte de Chile (Nota preliminar)*. Panamá: Universidad de Panamá.
- ORTNER, D., & W. PUSTCHAR, 1981. *Identification of pathological conditions in human skeletal remains*. Smithsonian Contributions to Anthropology N° 28. Washington D. C.: Smithsonian Institution Press.
- PEQUEÑO, G., 1989. Peces de Chile. Lista sistemática, revisada. y comentada. *Revista de Biología Marina, Valparaíso* 24 (2): 1-132.
- PIMENTEL, G., 2006. Arqueología vial. El caso de una ruta de interacción entre el altiplano meridional y San Pedro de Atacama. Tesis para optar al grado de Magíster en Antropología, Universidad Católica del Norte y Universidad de Tarapacá.
- PIMENTEL, G.; I. MONTT; J. BLANCO & A. REYES, 2007. Infraestructura y prácticas de movilidad en una ruta que conectó el altiplano boliviano con San Pedro de Atacama (II Región, Chile). En *Producción y circulación prehispánicas de bienes en el sur andino*. A. Nielsen, M. Rivolta, V. Seldes, M. Vásquez, & P. Mercolli, Eds., pp. 351-382. Córdoba: Editorial Brujas.
- PIMENTEL, G.; C. REES; P. DE SOUZA & P. AYALA. 2008. Estrategias de movilidad del Período Formativo en la Depresión Intermedia, desierto de Atacama. En *XVII Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Valdivia*. En Prensa.
- REICHS, K., 1997. *Forensic osteology: Advances in the identification of human remains*. Springfield, Illinois: Charles C. Thomas Publisher Ltd.
- REISE, D., 1973. Clave para la determinación de los cráneos de marsupiales y roedores chilenos. *Gayana Zoología* 27: 1-20, Santiago.
- RODRÍGUEZ CUENCA, J. V., 1994. *Introducción a la antropología forense. Análisis e identificación de restos óseos humanos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- STANDEN, V., 2003. Bienes funerarios del cementerio Chinchorro Morro-1: Descripción, análisis e interpretación. *Chungara* 35 (2): 175-207, Arica.
- STANDEN, V.; B. ARRIAZA & C. SANTORO, 1997. External auditory exostosis in prehistoric Chilean populations: A test of the cold water hypothesis. *American Journal of Physical Anthropology* 103: 119-129. New York: Wiley-Liss, Inc
- ULLOA, L., 1982. Evolución de la industria textil prehispánica en la zona de Arica. *Chungara* 8: 97-108, Arica.
- WHEELER, A. & A. JONES, 1989. *Fishes*. Cambridge Manuals in Archaeology. Cambridge: Cambridge University Press.
- ZLATAR, V., 1983. Replanteamiento sobre el problema Caleta Huelén 42. *Chungará* 10: 21-28, Arica.

GUÍA PARA LA PUBLICACIÓN DE ARTÍCULOS EN EL BOLETÍN DEL MUSEO CHILENO DE ARTE PRECOLOMBINO

El *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* es una revista bianual fundada en 1985. Se publican ensayos, artículos e informes de investigación en español o inglés sobre arte aborigen americano, especialmente arte preeuropeo. Se reciben contribuciones en áreas tales como arquitectura, artes visuales, cognición, cosmología, ecología, economía, etnicidad, historia cultural, ideología, musicología, simbolismo, tecnología y otras materias relacionadas, siempre que el contenido y el material gráfico de estas contribuciones muestren una clara y justificada vinculación con el tema central de la revista (arte aborigen de América). Aquellos artículos que combinan dos o más de estas áreas temáticas son especialmente bienvenidos.

El acuso de recibo de un manuscrito es vía e-mail y no supone su aceptación. Todos los manuscritos son revisados por el Editor, el Comité Editorial del *Boletín* y, anónimamente, por al menos tres consultores externos calificados. El proceso de evaluación puede requerir varios meses, pero es responsabilidad de la Coeditora informar a los autores tan pronto como sea posible acerca de la aceptación o rechazo de un manuscrito.

Es responsabilidad de los autores el contenido de sus contribuciones, la exactitud de las citas y referencias bibliográficas y el derecho legal de publicar el material propuesto, por lo que deben obtener el permiso para reproducir figuras y datos protegidos por la legislación vigente. Los trabajos deben ser originales e inéditos durante el proceso de edición en esta revista y no pueden estar bajo consideración editorial en otra publicación.

Presentación del escrito

Los manuscritos se reciben en cualquier momento y serán publicados en orden de aceptación. Los trabajos deben enviarse grabados en un CD, más dos copias en papel, dirigido a:

José Berenguer R.
Editor *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*
Bandera 361, Casilla 3687
Santiago, Chile.

Se solicita enviar también el texto (y las figuras sólo en una versión de baja resolución) vía email al Editor, con copia a la Coeditora, Andrea Torres, a las siguientes direcciones electrónicas:

jberenguer@museoprecolombino.cl
atorres@museoprecolombino.cl

Se asume que los autores retienen en su poder una copia del material impreso y otra copia electrónica de su artículo.

Formalidades de la presentación

El texto impreso y digital debe estar en versión de procesador de textos Word (versión 6.0 mínimo), con sus páginas correctamente foliadas, en tamaño carta (216 x 279 mm), en una fuente de tamaño 12, a doble espacio, con márgenes de 3 cm en todas las direcciones de la página. Considerando todas las secciones (resumen y *abstract*, texto, referencias, notas, figuras, anexos, etc.), el trabajo no debe sobrepasar las 9000 palabras.

Primera página

Incluye solamente el nombre, filiación institucional (si corresponde), dirección postal y dirección electrónica del autor, así como los agradecimientos (si los hay). Esto se hace con el fin de facilitar el anonimato en el proceso de revisión.

Segunda página (previa al texto)

Incluye el título en castellano e inglés del artículo, además de un resumen de no más de 150 palabras, también en versión bilingüe. Se debe incluir además una lista de tres a siete palabras clave en ambos idiomas. Las traducciones al inglés serán revisadas por un profesional y modificadas de acuerdo a su criterio, pero con la supervisión del Editor.

Titulaciones

El título del artículo y los subtítulos en el texto deberán ser concisos, en particular estos últimos. El Editor se reserva el derecho de modificarlos, si es necesario. Los subtítulos primarios, secundarios o terciarios deben estar claramente jerarquizados, ya sea por tamaño de letra, números u otro tipo de notación.

Numeraciones

Los autores procurarán evitar el exceso de numeraciones (p.e., itemizaciones o descripciones “telegráficas”), en favor de un desarrollo más literario y fluido.

Notas al texto

Se acompañan en hoja aparte bajo el epígrafe de “Notas” y sus llamados en el texto se indican en forma consecutiva con números arábigos en modo superíndice. Estos últimos van siempre después de un punto seguido o punto aparte, nunca en medio de una oración. Debe evitarse el exceso de notas y limitarse su extensión. El Editor podrá reducir aquellas demasiado extensas.

Citas en el texto

Las citas textuales deben ir entre comillas y claramente referidas a la bibliografía, incluyendo paginación, según la siguiente fórmula: (Cruzat 1898: 174-178).

Si en el texto se menciona el autor, su apellido puede aparecer seguido del año de publicación del título entre paréntesis, y con el número de página si la referencia lo amerita: Cruzat (1898: 174-178) afirma que...

Se citan hasta dos autores. Si son más de dos, se nombra al primer autor y se agrega et al.: (Betancourt et al. 2000: 312).

Los autores de diferentes publicaciones citados en un mismo paréntesis o comentario, deben ordenarse cronológica y no alfabéticamente.

Aquellas citas que excedan las 40 palabras, van sin comillas y a renglón seguido del texto (hacia arriba y hacia abajo), con sangría en su margen izquierdo y con una fuente de tamaño 10, es decir, dos puntos inferior al texto general. Al término de la cita se deberá indicar entre paréntesis la referencia correspondiente (autor, año y página). Para estos efectos no se deben utilizar notas, salvo que la cita requiera de alguna precisión o comentario. En ese caso, el número de la nota va inmediatamente después de la referencia entre paréntesis.

Referencias

En hoja aparte y bajo el epígrafe de “Referencias”, debe incluirse un listado bibliográfico limitado exclusivamente a aquellas referencias citadas en el texto, en las notas al texto y en los pies de ilustraciones, tablas y cuadros. Dicho listado va ordenado alfabéticamente por autor y cronológicamente en el caso de dos o más títulos por un mismo autor.

Los datos editoriales de cada referencia deben estar completos y deberán ordenarse de la siguiente manera: autor(es), año de edición, título, lugar de publicación, imprenta o editorial y otros datos cuyas características variarán según se trate de una referencia a libro, artículo, revista, etc. Los siguientes son algunos ejemplos para distintos tipos de obras:

Libros

MURRA, J., 1978. *La organización económica del Estado Inca*. México, D.F.: Siglo XXI Editores.

Si corresponde, se debe poner año de primera edición o del manuscrito original entre corchetes, principalmente en el caso de las fuentes coloniales:

BERTONIO, L., 1956 [1612]. *Vocabulario de la lengua aymara*. Cochabamba: Ediciones Ceres.

Capítulos o artículos insertos en libros

Todos los artículos de revista o los artículos insertos en publicaciones de libros, deben llevar el número de páginas. El nombre de la publicación debe ir en cursivas.

KUBLER, G., 1981. Period, style and meaning in ancient American art. En *Ancient Mesoamerica*, J. Graham, Ed., pp. 11-23. Palo Alto: A Peek Publication.

Artículos en revistas

CONKLIN, W. J., 1983. Pukara and Tiahuanaco tapestry: time and style in a Sierra weaving tradition. *Ñawpa Pacha* 21: 1-44. Berkeley: Institute of Andean Studies.

LLAGOSTERA, A.; C. M. TORRES & M. A. COSTA, 1988. El complejo psicotrópico en Solcor-3 (San Pedro de Atacama). *Estudios Atacameños* 9: 61-98, San Pedro de Atacama.

Artículos en publicaciones de congresos o anales

IRIBARREN, J. & H. BERGHOLZ, 1972. El camino del Inca en un sector del Norte Chico. En *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena*, H. Niemeyer, Ed., pp. 229-266, Santiago: Universidad de Chile/Sociedad Chilena de Arqueología.

Manuscritos

SINCLAIRE, C., 2004 Ms. Ocupaciones prehispánicas e históricas en las rutas del despoblado de Atacama: primera sistematización. Informe parcial arqueológico, Proyecto FONDECYT N° 10400290.

Memorias, seminarios de título o tesis

VILCHES, F., 1996. Espacio y significación en el arte rupestre de Taira, río Loa, II Región de Chile: Un estudio arqueoastronómico. Memoria para optar al título de Arqueóloga, Departamento de Antropología, Universidad de Chile.

Recursos electrónicos

MERCADO, C., 1996. Música y estados de conciencia en fiestas rituales de Chile central. Inmenso puente al universo. *Revista Chilena de Antropología* 13, 1995-1996 [online] pp. 106-125 <http://csociales.uchile.cl/publicaciones/antropologia/13/docs/antropologia_13.pdf> ISSN 0716-2790 [Citado 21-07-06].

Películas

MENESES, M., 1994. *Wichan: El juicio*. 25 min. Kien Producciones, Chile.

Figuras

Cada trabajo puede contener hasta 25 ilustraciones, considerando fotografías, diagramas, planos, mapas y dibujos. Todas las ilustraciones se denominan "Figuras" y en el texto deben ser llamadas de forma abreviada: (fig.1), (figs. 3-7). Además, deben ser numeradas secuencialmente, en el mismo orden que son citadas en el texto. En documento aparte deben entregarse los textos asociados a las imágenes, también numerados correlativamente. Los textos deben ser breves (no más de 30 palabras), pero señalando los créditos correspondientes.

Toda ilustración *que lo precise* debe llevar indicaciones de tamaño en sistema métrico; una escala gráfica en el caso de los mapas y dibujos, y medidas en el caso de las fotografías (ancho, largo o alto). Las leyendas que vayan dentro de la caja de ilustración serán hechas digitalmente o a través de otro procedimiento estandarizado (en ningún caso irán manuscritas).

Las figuras deben entregarse en formato digital (en un archivo distinto del texto), e impresas en papel junto con el manuscrito. Si se envía además el texto por correo electrónico, se puede adjuntar un archivo de las figuras escaneadas en baja resolución (sólo para efectos de facilitar el reenvío por email a los respectivos evaluadores). Es posible enviar sólo fotografías convencionales en papel, así como dibujos, diagramas, mapas y planos impresos, pero siempre que su calidad sea óptima y a nivel profesional. Si se dispone de material impreso que deba ser escaneado, es preferible la entrega de los originales.

El Editor se reserva el derecho de decidir el tamaño de las ilustraciones y de evaluar su publicación a color o en blanco y negro, a menos que el autor señale expresamente la necesidad de uno u otro. La calidad técnica y artística de las ilustraciones es un criterio importante en la aceptación del artículo.

Las fotografías originalmente deben tener una resolución no inferior a los 300 dpi o 120 píxeles por centímetro, por lo que el tamaño del archivo digital debiera ser de 1 mega como mínimo. Con 1 mega de tamaño, se consigue una imagen de 10 x 5 cm, a 300 dpi. El tamaño máximo de las imágenes en el *Boletín* es de 20 x 15 cm, para lo cual se requiere un archivo de unos 20 mega.

En el caso de los mapas, no es necesaria una resolución ni tamaño de archivo específico, ya que los mapas son rediseñados con un estilo ya definido. En una fotocopia de un mapa que represente el área aludida, los autores deben marcar los principales topónimos citados en el texto.

Tablas, cuadros y gráficos

Todas las tablas, cuadros y gráficos deberán entregarse en la forma de archivos del procesador de palabras Word (mínimo versión 6.0). El material debe identificarse con un breve título descriptivo, debe ordenarse correlativamente con números arábigos y presentarse en hoja aparte bajo el epígrafe de "Tablas", "Cuadros" o "Gráficos". Este tipo de material debe aparecer citado en el texto.

